Federico Morador O.

EL MESIAS PERPLEJO

Zig-Zag

BS2420
.M825

I N D I C E

P R O L O G O

El problema religioso y, más particularmente, la vida y la doctrina de sus predicadores han dado origen a muchas y variadas interpretaciones que han preocupado a los hombres —creyentes o no— de todos los tiempos y de todas las latitudes.

El avance, en cierto sentido, de lo que llamamos civilización no ha significado en absoluto abandono de esta actividad; al contrario, se han fundado cátedras y aumentan día a día las publicaciones en que se trata de dilucidar estos problemas de carácter religioso o moral.

Parece que el hombre, abrumado por las preocupaciones económicas y sociales, las que día a día plantean situaciones que parecen insolubles y complejas, desea y anhela, más que antes, dedicar algunos momentos a otra clase de especulaciones del espíritu, y uno de los temas que siempre serán importantes y de actualidad es el referente a Jesucristo, su vida y su doctrina.

La humanidad nunca ha experimentado un trastorno más grande y de mayores consecuencias en todos los aspectos de

la vida individual y colectiva que el que significó la aparición de Jesús y la propaganda de su doctrina.

Han pasado muchos años y siglos, y los problemas que él planteó siguen casi todos aun sin solución: el alma humana ha demostrado ser reacia y refractaria a toda transformación fundamental.

Pero los hombres siguen esperando aún que se verifique la transformación benéfica que la dulce y humana doctrina de Jesús coloca en primer término.

Todo justifica, pues, la permanente y cada vez creciente preocupación respecto del predicador del cristianismo.

Muchas interpretaciones ha experimentado su doctrina; su vida entera —hasta en sus menores actos— ha estado sometida a una constante y cuidadosa investigación.

Y aquí tenemos uno de los últimos ensayos referentes al fundador del cristianismo, el de F. Morador Otero, titulado "El Mesías perplejo"; estudio interesantísimo —lleno de sólidas reflexiones— en que el autor ha ensayado una inteligente y, en algunos aspectos, muy novedosa interpretación.

Verdad es que en nuestro ambiente intelectual tienen poca importancia los libros referentes a temas religiosos; sólo interesa el tema superficial y pasajero que no demanda esfuerzo mental; sólo para un grupo, muy pequeño aún, existen problemas de mayor importancia: los económico-sociales. Se ha formado, en realidad, una generación sin preocupaciones morales, filosóficas o religiosas. Y esto no está bien, porque significa pobreza espiritual y limitaciones que pueden ser fatales para la mejor comprensión de problemas de más inmediata realización.

Es necesario que esta situación se modifique, no en el sentido de que nos preocupemos exclusivamente y de manera artificial del sentimiento religioso, sino en el sentido de conseguir que los temas, hechos o acontecimientos que han preocupado siempre a la humanidad, y cuyas consecuencias es-

tamos palpando diariamente, llamen más la atención de parte de nuestros estudiantes y estudiosos.

Y nos encontramos nuevamente con que hay pocos temas más apasionantes que tratar de conocer la vida de Jesús y entender su doctrina. Ambas han estado sometidas a diversas y, a veces, contradictorias apreciaciones.

"El Mesías perplejo" nos presenta, precisamente, una interpretación interesante: numerosos aspectos de la vida de Cristo y los puntos principales de su doctrina son analizados con inteligencia y acopio de datos.

En estilo rico en vocabulario y con ideas a menudo bellamente expresadas expone el autor sus puntos de vista y nos pasea por toda la vida de Jesús y hace un análisis completo de su doctrina.

Hay en esta obra cuadros y momentos que quedarán grabados para siempre en el ánimo del lector: corresponden a aquellos momentos en que Jesús, sobreponiéndose a los prejuicios y limitaciones del ambiente, ha podido ver lo que hay de grande, noble y permanente en las almas, sobre todo las almas de aquellos seres que sufren porque han sido víctimas de injusticias, menosprecios e incomprensiones.

Por eso Jesús defiende siempre al caído —hombre o mujer—, a esa humanidad que sólo ha conocido los vicios y defectos creados por una civilización imperfecta, corrompida y desorientada.

La hipocresía, la mentira, el desmedido amor a la riqueza, todo eso es combatido por Jesús con implacable energía.

Al enfocar el proceso que como término llevó a Jesús a ser crucificado, hace el autor reflexiones verdaderamente notables. Y ha hecho muy bien, porque, después del proceso seguido a Sócrates, la humanidad no ha conocido una situación más tremenda y que haya traído mayores consecuencias que el proceso seguido en contra de Jesucristo. Todas las bajezas del alma humana y todas las cobardías y traiciones, aun las más repugnantes, se manifestaron ahí de golpe: Jesús

era el caído, y para esa gente el que está caído es siempre culpable.

Lo que desalienta y entristece cuando se conocen detalles y apreciaciones que les dan mayor realidad a los hechos es constatar que, a pesar del tiempo transcurrido, en que se ha ido formando una humanidad a base de la contemplación de estos grandes hechos, siempre, al presentarse estas circunstancias desgraciadas, se repiten las mismas cobardías, idénticos renuncios.

Pero indudablemente que ha de ejercer un gran papel educador la presentación viva de estos momentos estelares de la humanidad; por lo menos, algunos espíritus selectos se sentirán atraídos por este magnífico espectáculo, por esa hermosa defensa —hasta con la vida— de ideales superiores, y es probable que se formen el propósito de encuadrar su vida dentro de esos nobles ideales, los únicos capaces de justificar la existencia y de hacer progresar a la humanidad.

Zig-Zag, pues, al publicar el interesante libro de F. Morador Otero, "El Mesías perplejo", ofrece una magnífica oportunidad para que el lector dedique algunos momentos a meditar y a vivir los aspectos cumbres de la vida de Jesús y de su doctrina.

JOSE DEL C. GUTIERREZ

INTRODUCCION

No puedo decir cuál es la finalidad que persigo al escribir este libro, porque no la sé. Ninguna, probablemente.

Es producto de la necesidad de verter algunas sugestiones que un afán hormiguero y tiempos de bibliofagia me llevaron a cosechar.

Hay también aquí fruto de intrepidez, sobre todo si se piensa que nada ni nadie ha podido detenerme en alguno de los intrincados corredores del laberinto en que, después de veinte siglos de exégesis menuda, ha venido a convertirse la vida del Hijo del Hombre.

He explorado como he podido a través de extensa bibliografía cristiana.

Como un infiel salvaje que hubiese aguantado durante años a los misioneros catequistas, me he biblificado en lo externo, y en lo interno, como uno de los más civilizados de entre aquellos a quienes Satanás arrebaña en esta orgía del mundo, lleno, sobre todo en sus intersecciones con la divinidad, de simiente diabólica.

Y no ha sido solamente al escribir esta *Introducción*, el

preguntar la causa de mis infatigables empeños en seguir tan áspero camino.

¿Ambición literaria? ¿Deseo de explicar causas y efectos que han venido endureciéndose en la conciencia de la humanidad desde hace siglos?

¡Qué se yo! Aparte de lo que pueda haber de costumbre en mi profesión de escritor, respecto a la cual pido que no se me reproche falta de claridad, porque ella es inherente a mi deseo de ser veraz, debo repetir que desconozco la fuerza que me impulsó.

Y aunque en el tema de este libro el escarbar es poco menos que infructuoso, si lo que se busca es hacer manar un agua transparente, se siente que los hilos de viva linfa son muchos y están en todas partes. Pegando el oído a la tierra escuchamos claramente su rumor, y los ojos pueden verlos pasar cantando por la superficie vocinglera del mundo, absurdos y eternos como la fe.

Muchos de los que se han ocupado de la vida y la prédica de Jesús, creyentes e increyentes, no lo hicieron con el ánimo de cobrar algo, de buscar alguna cosa, sino para aportar la modesta cuota de una deuda milenaria contraída desde que el Cristo se dió a la humanidad, sin que todavía hayamos sabido explicárnoslo bien por qué.

Egoístas, nos hemos venido aprovechando bastante de El. Ha servido y sirve de mucho y para mucho, sin que nos sea posible calcularlo, porque es inagotable la tolva de amor que suspendió sobre nosotros.

Pero..., un día. El se niega a una cosa, a cualquier cosa, a una fruslería, y los egoístas no podemos soportarlo y nos alejamos indignados.

Pasa el tiempo, y el tiempo enferma a Jesús. Por lo menos, nosotros lo notamos así, y empezamos a aproximarnos insensiblemente a El.

¡Ah!, los egoístas que tanto lo habíamos extrañado, precisamente por aquella negativa, reconocemos que es el úni-

co a quien podemos soportar y vamos a servirlo a su lecho de enfermo. Pero los egoístas mueren, los egoístas seguirán muriendo al lado suyo, y el enfermo disfruta de eternidad, de una eternidad que muchos niegan, no con pruebas, sino con la infamia de la negación, y otros muchos afirman, tampoco con pruebas, sino con el soborno optimista de los propios deseos.

Es en la doble contradicción histórica y profética que parte de esta manera de negar y de afirmar donde gusto hallar a veces la causa de este libro. Encántame preferirla a todas las otras, porque tiene la ventaja de llevarme a cierta condición graciosa indispensable para familiarizarse con la divinidad. Sí, con esa divinidad suya, afondada en la triple serenidad de su vida, de su pasión y de su muerte, una divinidad semejante a la de un hombre capaz de ver acontecer como quien ve llover desde una ventana, de un hombre que circule por las crujías de los acontecimientos, todos vinculados a su humanidad, y pareciendo siempre extraño a ellos esté realmente inmerso en lo que tienen de esencial.

¿Es que miraba sufrir, vivir y morir a otro aquel poderoso hombre que laboraba tan pacientemente su divinidad?

Solamente así se nos hace comprensible lo que hay en El de desamor a la vida. Sin embargo, fué fructuoso el misterioso río que desató tras sí y que rumorea a través de los siglos penetrados de su memoria.

Es que aquel que no amaba la vida resumió en sueño la futura vida de todos. Cuando Jesús murió en la cruz, las nubes siguieron pasando por encima de nuestras cabezas alborotadas; el agua siguió corriendo por la tierra y siguió palpitante la extensión ecuórea que sus pies habían hollado sin hundirse; no dejó de brillar en el cielo el sol; las aves continuaron cantando en los árboles, y las guerras sin sentido prosiguieron igual que antes; ganaba esta vez uno, esta vez otro, pero nunca la justicia, con lo que queda dicho que los hombres y las bestias siguieron amando y odiando, sin te-

ner otra seguridad, para apoyarse en ello, que la de estar siempre equivocados.

Porque todo siguió igual que antes hay quienes todavía no pueden ver la luz, quienes dejan de escuchar el rumor del agua, quienes no saben dónde reside la justicia y quienes no pueden reconocer a los hombres. Trémulos, pálidos, sin savia, con los ojos puestos en una cosa invisible y las manos alzadas hacia una inalcanzable, siempre postergable y siempre definitiva, estos hombres forman la mayor parte de una humanidad desde hace siglos enmudecida que, como un cardumen de peces ciegos, pugna por asomarse a la superficie y a la luz. Desde la concepción hasta la muerte hay en la vida de Jesús una larga perplejidad simbólica. Son treinta y tres años de vida colocada en un cruce del tránsito obrador de la historia, de vida a la cual durante veinte siglos los brazos humanos desmesuradamente alargados no alcanzan a medir la prolija cintura. ¡El Mesías Perplejo! Enseñó que cada cual debe obedecer tan sólo a su conciencia; pero cada cual debe aprender de por sí a adiestrarla contra las múltiples sofisticaciones a que está constantemente expuesta.

¡Defender la propia conciencia! ¿Quién sabe cuándo lo hace?

Antes de que otros acusen a la mía de desviaciones y disconformidades, debo dejar a salvo de toda duda lo que tengo de fe en Cristo.

¿Qué fe? ¿Qué fe es la fe? Si ayer fué una y hoy otra, ¿mañana cuál será? Es que el órgano hueco de la fe se encoge o extasía de acuerdo con las épocas y las necesidades de los hombres.

También, para que más tarde algún interesado sepa adónde ubicarme, adelantándome un poco sospechosamente, pido que se me haga sitio en el lugar en que se encuentran los santos que han pecado más concienzudamente, y que no se me acuse de que, por no haberme sido dado ser blanco, ni negro, me esfuerce en aparecer gris.

UNA PAUSA EN LA NATURALEZA

Es sumamente difícil, aun para los que han hecho de la historia una rigurosa disciplina intelectual, navegar con seguridad y calcular con precisión sobre acontecimientos y personas que pertenecieron a épocas muy reculadas y deficientemente documentadas.

Por más referencias y datos puestos sobre la mesa y acumulados en la memoria del que quiere reconstruir (y conste que no es éste mi estricto propósito) la madeja se entresija, el oleaje de la imaginación arrastra cabos y tablones naufragados en el tiempo y se corre riesgo de echar mal las anclas o de navegar a la deriva.

Asidos a la luz de cualquier indicio que haya perdurado, sin desconfiar de la inconstancia y de la inconsistencia de los datos, los hombres se creen seguros y, con la autoridad irrefragable de sus presuntuosas inteligencias, osan timonear entre el misterio con la misma tranquilidad que si se tratase de un simple cabotaje.

Sin embargo, no es de otra manera como puede lanzarse un hombre de hoy a estudiar cualquiera de los fenómenos o

los individuos de aquellas épocas. En lo que respecta a Jesús, sobre el que tantos escrutinios han hecho las generaciones incontables que vienen sucediéndose desde hace siglos, atraídas por la grandeza simbólica de su figura, el caso es igual.

Cuesta mucho encontrar la materia histórica a que asirse y se desespera de que la realidad no sea otra cosa que un miraje, una perspectiva ilusoria, sobre todo después de recientes descubrimientos arqueológicos, de indagaciones en la materia astrológica contenida en los documentos relativos a su vida y desde que el racionalismo hincó los dientes de su duda en aquella existencia amada y reverenciada.

La palabra invención tiembla en los labios temerosos de profanar una verdad que, por su misma grandeza, hace que se dude de ella, aunque multipliquemos esfuerzos por salvar la flaca inteligibilidad de la lengua de los evangelistas y sus traductores.

Sin embargo, hoy nadie pone en duda que Apolo, Osiris, Krisna y Mitra sólo son materia mítica, y materia mítica muerta, pero que estuvo cargada de la suficiente electricidad para conmover y deslumbrar a pueblos sedientos de normas morales, ansiosos de un fundador o de un salvador.

Jesús está todavía imantado de esa fuerza eléctrica, y tenemos que considerarlo, a pesar de todos los pesares de los racionalistas empecinados y de los creyentes indisolubles, como a algo que ha tenido, junto a su religión, un nacimiento que oscila en los límites de lo histórico y de lo legendario y una realidad que circunda y se mezcla a la atmósfera que respiran las sociedades contemporáneas y hacia la que con frecuencia manoteamos, sobre todo los incrédulos.

Es que de entre todos los dioses hechos por los hombres, impresionablemente torpes en esa materia, sólo los hechos sobre cimiento humano y con cemento humano han resultado pasablemente buenos, como Gautama y Jesús.

Y buenos son, no porque pusieran distancia inmensura-

ble entre ellos y el hombre, como Zeus, sino porque tenían el "pathos" de la distancia, lo humano de la lejanía y la altura.

Vacilando es como tengo que pasar sobre este primer puente de frágil alambre tendido sobre el abismo.

Entre las dos hermosas orillas de la verdad y de la leyenda, el río de la meditación debe seguir sin detenerse para otra cosa que para limpiar los ojos de los espejismos que puedan haber sobre la arena histórica y para cuidar de no enredarse demasiado en los zarzales maravillosos de la orilla mítica.

Tanto la religión como la razón son imprescindibles para que tenga sentido la vida, pero ninguna de ellas, por sí sola, es capaz de dárselo.

Es tarabilla, soltada a menudo por escritores y la sociología, referirse, no sólo en lo que respecta a otras épocas sino a la presente también, a períodos de transición en la vida de los pueblos, como si el tiempo no concatenase perfectamente los acontecimientos y admitiese lagunas y eslabones rotos.

Que los hombres no podamos comprender algunos hechos o que no tengamos datos para relacionarlos entre sí, que percibamos nebulosa o vacilante una época, no quiere decir que éstos lo sean.

Nada hay esporádico en el rigor del tiempo que no fuese imaginado por el hombre mismo para su comodidad y para su impotencia.

Y de todas las imaginaciones del hombre, ninguna se resiste tanto a ser fundida con la sociedad como las brotadas del ansia religiosa.

Los dioses que fabrican, aunque obedezcan a una íntima oculta necesidad de la época, y estén preñados de sentido político, son siempre producto de larga gestación anónima, donde la colaboración del alma humana se hace con el más misterioso de sus elementos.

Entre los años 1600 y 600 antes de Jesucristo, empezó a

tener significación un pequeño pueblo semita, el de los hebreos. Mejor dicho, este pueblo mediterráneo que vivía detrás de las costas ocupadas por fenicios y filisteos adquirió sentido muy posteriormente, pero ya entonces elaboraba una literatura histórica, profética y sabia, que pasó a ser reunida en un volumen, la Biblia, más que un libro, una patria, una razón de su existencia más que una prueba de ella.

En la cautividad de Babilonia, que duró hasta el año 583, se consolidó, unió, soldó íntimamente y llegó a su apogeo bajo David y Salomón, en Jerusalén reconstruída.

De esta pausa que fué la cautividad de Babilonia, los hebreos salieron totalmente transformados, con una cultura propia, con un libro que los distinguía y unía y habría de servirles, en lo futuro, de fuerte soldadura moral.

En este período del cautiverio se oculta el misterioso nacimiento de una idea religiosa que hasta nuestros días ha venido satisfaciendo, en lo esencial, las necesidades divinas de las tres cuartas partes de la humanidad: un dios invisible, impalpable, irrepresentable, señor universal de la justicia.

Prosperó esta idea, hasta derrocar a infinidad de pequeños dioses nacionales y locales, cuya voz había terminado por no penetrar bien en el corazón de los hombres, después de haber surgido de entre unos miles de expatriados, quizá para sustituir a la patria, y después de saturar al pueblo que la originó, extendiéndose como una inmensa nube por todo el mundo.

Todavía cubre el cielo, sin que nada haya podido contra ella, ni la escisión del pueblo hebreo entre los dos reinos de Israel y de Judá, ni la vecindad de naciones fuertes como Siria, Asiria, Babilonia y Egipto, ni la barbarie de algunos de sus reyes, ni el esplendor de las civilizaciones griega y romana.

En la cautividad del pueblo hebreo había nacido un dios, al que todavía se le considera supremo habitante de los cielos, ubicuo, dueño del tiempo y que reina sobre los hom-

bres..., ¡ay!, y por los hombres, pues es en la tierra donde están las llaves del cielo, y si algún día al más perfecto creyente se le asegurase que es Dios quien las tiene, su fe se derrumbaría sin remedio.

A ese dios se remitió el pueblo judío cuando quiso saber de su destino común, a él se dirige la ignorancia de cada uno de nosotros cuando quiere saber algo del suyo particular.

Y todavía, que yo sepa, no ha habido ningún otro capaz de darnos tan bien la apariencia de una satisfacción absoluta, alimentando, sin cansarse jamás, la devoradora hoguera de la esperanza.

El es el punto en que nos hemos venido acostumbrando a suspender todo nuestro orgullo, toda nuestra sapiencia, toda nuestra fuerza, toda nuestra moral, toda nuestra vida.

Queremos que sea la solución de nuestras vacilaciones, de nuestros titubeos, de nuestras dudas: la seguridad misma.

La única respuesta que los hebreos obtuvieron de la insaculación de sus penurias, de sus desastres, de sus quejas, de sus amarguras, fué El.

Es la única que nosotros obtenemos para los infinitos misterios que nos acorralan y nos urgen; pero no podemos entenderlo más que como una nube premonitoria.

Para dar nacimiento a un nuevo tipo de hombre y a un nuevo tipo de comunidad, en el que ya están contenidas todas las perplejidades del alma del hombre actual y todos los problemas que agitan a las sociedades de ahora, la naturaleza hizo una pausa arrebañando en las apreturas del cautiverio a unos miles de hombres que se pusieron a crear un dios.

Pero no lo hicieron para explicarse todos los bienes de que se puede disfrutar en la tierra, que para ello hubieran creado muchos, como los griegos, sino para reemplazar su falta.

Por ello, fué un dios de consuelo y de venganza.

No se trata, indudablemente, de una pauta formal y medible hecha por la naturaleza, cosa absurda. La tierra siguió siendo el mismo paisaje. La pauta, la escisión vertical y profunda se produce en la concepción de lo divino.

Esto sucedía en el siglo VI antes de Cristo, un siglo originalmente destinado; pues, en medio de destrozos, inseguridades, injusticias, el espíritu de los hombres adquiere una vivacidad extraordinaria y una audaz sonoridad que habría de repercutir bajo el cielo hasta nuestros días con la claridad de una inmensa campana.

Isaías en Babilonia, Confucio en Lu, Heráclito en Efeso, y Gautama en Benarés, son las cuatro firmes sopandas de esta época.

Sobre ellas se apoya una construcción que hace veintiséis siglos la humanidad viene ampliando sin cesar, remitida a las profecías cargadas de preocupaciones de justicia del hebreo, a las investigaciones especulativas sobre la naturaleza de las cosas del griego, a la necesidad del Nirvana como medio de destruir los deseos insaciables del individuo predicada por aquel hindú en cuclillas, y a la conducta personal del hombre frente a la sociedad y a sí mismo, enseñada por el chino.

La muchedumbre de divinidades, de divinidades que tienen muy débil existencia humana, lo que les hacía perder consistencia divina, por una parte, y el exceso de propensión analítica en el conocimiento de las cosas exteriores, por otra, además de la confusión e imprecisión en la jerarquía de los dioses, han hecho que las religiones politeístas se perdiesen en un irremediable desorden.

Los mismos profetas hebreos, que se movían en la esfera del sentimiento y de la imaginación, llegan con dificultad a exprimir el pensamiento de un dios de inaccesible altura y vertiginoso poderío, tal como las abstracciones creadas por la filosofía griega.

Es la dialéctica posterior la que sublimiza totalmente al

viejo dios nacional que reverenciaban los semitas cautivos en Babilonia, convirtiéndolo en puro espíritu, en apenas un soplo, como el que se movía por encima de las aguas en el Génesis, eliminando todo rastro de antropomorfismo y postergando con visible instintiva repulsión la encarnación mesiánica.

Cristo, el cristianismo, revoluciona esto, pero también lo reverdece. Es un fecundo renuevo en el viejo árbol de la teodicea hebraica, tan poderoso, que ha resistido y resiste, y quizá por ello se fortifique, todos los embates exteriores no completamente despreciables y los interiores con que la indignidad de los cristianos compromete la fe adulterando los principios con papocesarismos y césaropapismos, con hipocresías, depravaciones, concupiscencias, simonías, traiciones y sobornos.

El Jehová, envidioso, irritable, vengativo, iracundo, menguado con los defectos de los hebreos cautivos en Babilonia, perdura en el retoño cristiano, bajo la anchurosa bóveda de la Iglesia, que, fuera de toda representación simbólica de la divinidad, que detenta, es una institución humana, un ente político con los defectos inherentes a los organismos gubernamentales y la ostensible debilidad de toda creación humana, acentuada por el desequilibrio que existe entre su fuerza institucional y su calidad de órgano espiritual.

Tiene la bárbara preocupación de organizar los instintos del hombre: siempre tendrá al individuo en contra.

Jehová, colocado en el cielo por el pueblo que entre todos los de la antigüedad tenía más arraigado el sentimiento de lo sublime, pero también por el pueblo que ha sido más inhumana y desconsideradamente torturado, transmitió al retoño cristiano una savia simultáneamente divina y humana.

Así vemos que, en él, lo divino pasa a veces las lindes de lo imaginable, y otras, lo humano suspende y seduce totalmente a lo divino.

Este teandronismo, que es la vida de Dios, es también

su eterno estar muriendo, lo desesperador de su inmensidad pendulante ante nuestra retina espiritual velada por lo humano y deslumbrada por lo divino.

Es que, ¿cómo podría captar ella esa pura perplejidad (achaque de lo intemporal) que es Dios y que se produce contradictoriamente por una carga íntegra de suma resolución?

Imaginemos a un hombre de aquel siglo VI queriéndose explicar cómo es posible tanta superabundancia de pecados y de injusticias e interrogando al Dios, a cualquier dios, sobre la manera de extirpar la infección de crímenes de que padecía y padece la humanidad; es decir, queriendo moralizar.

El dios respondería: "Si esto no os gusta, no lo hagáis."

Y ni una sola palabra más, porque la perplejidad estrangula el Verbo.

Nunca, desde entonces, se ha podido obtener de Dios otra clase de respuestas. El no debe, no puede particularizar.

Por otra parte, los hombres sabemos que de las pocas cosas de las que casi nunca se tienen motivos de arrepentimiento, es de haber callado.

L A P A T R I A

Dijo Micheas: "Y tú, Bethelem, llamada Ephrata, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad."

Por ello, el carpintero José y su esposa María emprendieron el viaje de Nazaret a Jerusalén y Belén; pero también porque en aquella época el César había ordenado un nuevo censo del imperio y la costumbre quería que se hiciese por familia y por tribu, en el lugar mismo donde ésta se había formado.

La que había sido visitada por los ángeles y su marido sabían lo que había dicho Micheas y lo que Isaías había anunciado: ..."Sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emanuel, o Dios con nosotros."

Mejor sería que no lo hubiesen sabido, como Marcos, que no cita una sola vez el Antiguo Testamento.

¡Ojalá todos los evangelistas, para ahorrar infinidad de conjeturas a los hurgadores de misterios, hubiesen ignorado esa relación que suele hacer olvidar la individualidad de

Cristo para hacerlo pasar como rueda de un gran engranaje predeterminado!

Dicen los viajeros que han tenido oportunidad de visitar la Palestina, "el escabel de los pies del Señor", como la llama Jeremías en una de las lamentaciones, y que llevan en la memoria la visión de los Evangelios, que no tienen necesidad de gran esfuerzo para ver la repetición de los cuadros narrados por los evangelistas.

Esta visión, conmovedora y tierna, de quienes bajo el amparo de la fe han venido colmando su espíritu con las escenas del drama cristiano, no impide a muchos una imparcial y objetiva consideración de aquellos territorios.

Es a ellos a quienes debemos recurrir los que no hemos tenido la suerte de visitar los viejos lugares enriquecidos de tradición y empapados de leyenda y divinidad, para representárnoslos.

La antigua expresión "de Dan a Bersabé", que servía para designar la magnitud de la patria de los profetas y de los reyes de Israel, que abarca una superficie aproximada de treinta mil kilómetros cuadrados, debe ser reducida para referirnos al campo de acción de Jesús.

Este está comprendido entre dos puntos apartados entre sí: Cafarnaúm, al Norte, y Jerusalén, al Sur. Claro está que para ello se prescinde de las salidas que hiciera hacia Tiro y Sidón, en las riberas del Mediterráneo, a la Cesárea de Filipo y a la Perea, donde está el Monte Galaad, llevado por lo que algunos han dado en llamar su dromomanía, como si bastase un casillero científico para expresar quién sabe qué ininvestigada necesidad espiritual de Jesús, aparte de la conveniencia de abandonar lugares donde se burlaban de El y le apedreaban.

Galilea, es el escenario donde se desenvolvió el paisaje que pudo haber influído en su espíritu. Está situada en el medio de la Palestina, rodeada por Samaria, Fenicia, el Líbano, Judea y Basán.

Es más fértil que las otras comarcas, lo que ha hecho que algunos, con evidente exageración, según Ch. Guignebert, la comparasen al Paraíso.

El mismo autor nos dice que sus campos están siempre verdes y floridos, sobre todo en abril, y que son gratos si se les compara a los de la seca Judea; pero nos habla también del "abandono de un suelo entregado desde hace siglos a los carneros y de trecho en trecho solamente al débil arado del sedentario árabe o beduíno".

El ancho cauce del Jordán parte en dos este territorio, dejando al Oeste un macizo de montañas y un declive al Este.

En los evangelios, y ello es una prueba del conocimiento que sus autores tenían de estos lugares, se habla con bastante propiedad de la topografía de aquel escenario trascendente: "subir a Jerusalén", "bajar de Caná a Cafarnaúm", "bajar de Jerusalén a Jericó", etc.

En lo referente al clima, sólo se conocen dos estaciones allí: la de las lluvias y la de la sequía.

San Mateo y San Juan nos dicen que Jesús pasaba muchas noches a la intemperie, al campo raso o bajo los olivos, sicomoros, algarrobos y viñas, árboles mencionados en los Evangelios y que son las mismas especies que todavía ofrecen sus frutos a los habitantes de la región.

Grandes rebaños de blancos corderos y negras cabras apacentaban en las soleadas praderas, y el viajero de hoy, al verlos, tal como hace veinte siglos, alimenta la ilusión de que nada ha variado en los campos donde Jesús jugó en su misteriosa niñez y que sólo dejaba para entregarse a las prácticas devotas del clan de galileos de que formaba parte, clan en el que, sin duda alguna, abundaban los enemigos de los romanos y del rey Herodes, y del que debió salir fortificado para presentarse por primera vez en la Sinagoga.

Yo quisiera encontrar la clave de Jesús de Nazaret en el paisaje de Galilea, como se ha pretendido hallar la de San

Francisco en la Umbría y la de Santa Teresa en Castilla; pero esta clave es insuficiente para siquiera vislumbrar solución a la cantidad de problemas que pueda plantear el Hijo del Hombre a la más elemental de las curiosidades.

Las tranquilas jornadas agrícolas en sembradíos de doradas espigas; el descuidado apacentar de los ganados en las verdes praderas; la pedregosa serranía lejana contra el horizonte; las tareas piscatorias en lagos pródigos en variedad de peces; las esperanzadas oraciones del pueblo a su dios único, "que truena sobre el globo de la tierra..., que ha extendido los cielos como un velo y que los despliega como una tienda para habitar en ella", según Isaías, y Roma, que empuja por medio de sus delegados, que presiona, que corrompe, que soborna a los sacerdotes y se adueña del aristocrático Sanedrín, debieron dejar invisible levadura en el tierno corazón de Jesús, el hijo del carpintero José, la suficiente como para no encontrarse a gusto en el oficio en que su padre ha debido quererlo iniciar infructuosamente.

Desde cinco siglos antes de Jesús todo el pueblo judío concentraba sus principales esfuerzos en un solo absorbente fin: mantener sobre todo y contra todo su individualidad religiosa.

Después de la conquista de Alejandro, el griego se convierte en lengua de la aristocracia judía y el pueblo se conforma con que le dejen la libertad religiosa, lo cual no molestaba para nada al conquistador.

Los nobles cambian hasta sus nombres por nombres griegos. Así, Ieschua pasa a ser Jasón; Janiu, Menelao; Rabot-Amón, Filadelfio; Har-Boab, Ariópolis, etc.

La resistencia del pueblo a estas crecientes invasiones del helenismo pagano lo agrupa en un partido llamado Jasidim (devotos), que se esfuerza por conservar las tradiciones de la Tora.

La ascensión de los Asmoneos al poder termina en parte con la encarnizada rivalidad de estos dos partidos, pues

ésta casta gobernante fué en sus comienzos defensora celosa de los intereses religiosos del pueblo; pero más tarde la presión romana los conquista, y de los restos de los dos partidos antiguos surgen dos nuevas tendencias, ambas aristocráticas, la de los saduceos y la de los fariseos.

El pueblo se mantiene alejado de estos dos partidos, soportando con resignación la dominación política de los romanos, a la que oponía, como infranqueable muralla, tras la que se abroquelaba la esperanza de Israel, el Sanedrín.

Pero esta asamblea de jefes de familias sacerdotales y de doctores de la ley, a la que Roma cercenó algunos de los derechos, el "jus gladii", por ejemplo, aunque siempre disfrutó de amplios poderes como consejo supremo de justicia, y en todo lo relativo a la resolución de los problemas religiosos, fué lentamente minada por Roma.

Sin embargo, en las medidas de esta especie de senado de un pueblo torreado en lo sublime, residía toda la autoridad espiritual del pueblo judío, opuesta a la autoridad material de los romanos.

Este estado de cosas que implicaba un intolerable divorcio no podía continuar. Los romanos, por intermedio de sus procuradores, se fueron adueñando con habilidad de la dirección sacerdotal de los judíos, fomentando discordias entre ellos, hasta llegar a dominar a su arbitrio la dignidad del Sumo Sacerdote, que antes era hereditaria y vitalicia.

Valerio Grato, que antecedió a Pilatos, elevó a dicha dignidad, y luego destituyó, de acuerdo a sus conveniencias y caprichos, a tres Sumos Sacerdotes en un corto lapso.

Los evangelistas mencionan a Anás y a Caifás, que fueron destituídos en los años 14 y 37, respectivamente.

La autoridad del Sanedrín, que debería ser instrumento perfecto del contacto de aquél pueblo con lo infinito, a causa de su inestabilidad no satisfacía las necesidades de las almas más que como un paisaje siempre dispuesto a variar.

Mucho antes de Jesús, el formalismo y los sacrificios,

cruentos, incruentos y holocaustos, con desmedro de la fe, acabaron por cobrar una simple expresión exterior.

Cuando Jesús aparece eran cuatro las principales sectas. Dos de ellas están mencionadas en los Evangelios, donde se las caracteriza por su intransigencia para con el Hijo del Hombre: la de los Fariseos y Saduceos (Peruchim y Zakidim), voces que significan Separados y Justos.

Aunque ambas sectas fueron seducidas por la influencia romana, la segunda la aceptaba extremadamente.

La falta de hábiles maestros que las orientasen, hizo que degeneraran. La primera exageró su formalismo legalista, haciendo de la religión cosa exterior, y a veces simple política antirromana o inquieto juego causuístico propicio a la formación del orgullo intelectual y de la pedantería, como las investigaciones (darasch), y el Kal Vejomer (deducir lo difícil de lo fácil), que hacían acerca de la Tora con el objeto de modernizarla, y legaron la Midrasch Halaja y la Midrasch Hagada del Talmud.

La segunda, reclutada entre las clases aristocráticas abiertamente adheridas a la política de Roma, y, en consecuencia, con el poder administrativo, y la mayoría del Sanedrín en sus manos, se transformó en un barco sin rumbo, claudicante, removido de aquí para allá por el oleaje de infinidad de transacciones y contemplaciones originadas por el deseo acuciador de mantener los bienes materiales del poder.

En Hechos de los Apóstoles (Cap. XXIII) se refiere cómo Pablo, después de haber ofendido al príncipe de los sacerdotes, Ananía, provoca una disputa entre fariseos y saduceos asistentes al tribunal que habría de juzgarlo: "Sabiendo, empero, Pablo que parte de los que asistían eran saduceos y parte fariseos, exclamó en medio del Sanedrín: Hermanos míos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, y por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos es por lo que voy a ser condenado. Desde que hubo proferido estas palabras se suscitó discordia entre los fariseos y saduceos, y se dividió

la asamblea en dos partidos. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; cuando, al contrario, los fariseos confiesan ambas cosas".

Los saduceos eran opuestos, por conservatismo político, a todo entusiasmo popular, a toda peligrosa ilusión, y terminan negando el advenimiento del Mesías, la resurrección, la vida futura, la soberanía del destino, y creyendo sólo en la libertad de la voluntad humana.

En el Esclesiastés, que se afirma fué escrito por un saduceo (Graetz y Haup), encontramos cantidad de expresiones de color epicúreo, y hasta dudas sobre la vida futura y la redención, ésta por ejemplo (Cap. II, 19): "Porque muere el hombre a semejanza de las bestias, y en tener que morir son ambos de igual condición; pues como el hombre muere, así mueren ellas: todos respiran de la misma manera; y el hombre, después del pecado, no tiene ninguna exención sobre la bestia: todo está sujeto a la vanidad del sepulcro, y todo va a parar a un mismo lugar: de la tierra fueron hechas todas las cosas, y en la tierra, igualmente, o polvo, vuelven a parar".

Guinzburg hace resaltar también muchos pasajes del Talmud, donde el punto de vista saduceo se pone de manifiesto: "Joven, agarra y come, agarra y bebe, porque el mundo del cual nos vamos se parece a un festín". "Hijo mío, si tienes, mejor para ti; la muerte llega con seguridad, y en la tumba no hay placeres, y si pretendes legárselo a tus hijos, pregunta, ¿de qué te servirá en la tumba? Los hombres son como la hierba, unos florecen y otros se agostan."

Entre los fariseos, en cambio, que conservaban con mejor celo las tradiciones religiosas, fué prosperando un extremo racionalismo, hasta que importantes dogmas y artículos de fe principalísimos fueron desechados u olvidados, no sin sostener a pie juntos que sus innovaciones estaban contenidas en el lenguaje oculto de la Tora.

Las esperanzas de la nación hebrea, circunscritas a la letra de la Tora, habrían desaparecido pronto en manos de los

saduceos, y se hubieran disipado en una fina neblina casuística en labios de los fariseos, esos forjadores del Talmud, "la Palestina espiritual de los judíos", como tan propiamente se le llama.

La tercera secta a que me he referido, la de los esenios, estaba constituída por unos pocos místicos exagerados, especie de monjes trapenses actuales, ascetas obscuros, severamente enclaustrados o alejados en los desiertos, que mezclaban a su culto el del sol, y diversas prácticas neopitagóricas.

La última, la de los zelotas o cananeos, pietistas y mesiánicos, estaba integrada por algo así como los terroristas de entonces, la extrema izquierda farisea, animada por incitantes inspiraciones proféticas y por una resolución y actividad políticas violentamente contenidas por los romanos que los calificaban de sicarios y asesinos.

He tratado de representar lo más sintéticamente posible las condiciones de la naturaleza, de la religión y de la política en la época en que apareció Jesús.

El viejo jehovismo babilónico se hallaba dividido en grupos que se odiaban entre sí, y a los que pequeños intereses materiales o grandes problemas morales apartaban o acercaban según las circunstancias; pero todos los cuales pretendían tener la interpretación de la ley divina de Moisés.

Hoy día es imposible saber a cuál de esos grupos pertenecieron José y María, y de acuerdo con cuál de ellos fué educado Jesús en su niñez.

Todos los documentos que poseemos sobre las diversas prácticas y creencias de esos partidos son insuficientes.

Hay quienes hallan muchos puntos de contacto entre la fe de la hermandad de los esenios y la prédica cristiana; pero es muy poco lo que sabemos de los esenios, y los Evangelios parecen ignorarlos.

En cambio, los fariseos, a quienes Jesús llama hipócritas, y a quienes Mateo y Marcos hacen que el Bautista califique de "raza de víboras", han estado, a juzgar por otras referen-

cias (entre ellas, la muy valiosa de San Pablo), mucho más cerca de la doctrina cristiana que los otros.

Pero en todas esas sectas y otras mucho menos importantes que se desprendían como ramas del viejo árbol de la Biblia, con la sola excepción de la de los saduceos, el mesianismo daba sus frutos agridulces.

Era la esperanza en medio del desastre y la opresión, era la necesidad de consuelo, era el ansia de reparación y de justicia en una sociedad desquiciada y vejada, que pensaba en la vejez de los tiempos, como ahora piensan muchos hombres de la postguerra, sin darse cuenta de que vejez es estado madurante, y no caducidad, como quien dice empezamiento experimentado y no extinción de jugos. Muchos fueron los que aparecieron y elevaron entonces sus voces más o menos cargadas de sentido profético y de intenciones proselitistas, comprometiendo muchedumbres y sembrando confusión. Entre ellos, el Cristo Eleazar y el Cristo Simón arrastraron a la mayoría de los discípulos del Bautista.

Pero todos esos hombres vocados a papeles protagónicos resbalaron sobre la conciencia del pueblo judío, como figuras en un espejo.

Caminaban sobre una gúmena colocada a demasiada altura, encima del abismo de la vida, al mismo tiempo que gritaban: "¡Viva la vida!".

Sólo Jesús, desde la maroma en que se mantuvo haciendo admirable equilibrio, puso sus ojos que sabían descubrir el terrible gusano gordo que hay en el corazón de los hombres, y que no retrocedían ante nada, sobre los que padecían; posó la suave pluma de su voz sobre el rancio aire de las almas estancadas y dijo: "¡Seguidme. Hay una vida futura!", y con ello se lanzó a preparar solución ejemplar al gran teorema de la vivencia de la vida.

¡Seguirlo a El! Es como caminar en las entrañas de una finísima neblina; no se sabe quién se es; no se sabe dónde se está; se flota como en medio de la nube de la Reserva.

Había subido más alto que los demás; pero no tanto que no se le pudiese ver y que algunos no lo pudiesen seguir y escuchar la voz de su amor, que no era la del viejo amor hostil, profundo amor usado y combativo, cargado de cólera y soledad que empleara Jehová para que los monarcas todopoderosos que escribieron la Biblia la transmitiesen a los hombres, sino la voz de un pobre que no tiene el apoyo de la fuerza y debe expresar su rebeldía, su herejía y su amor agresivo de superhombre.

Por eso su tono fué cariñosamente despreciativo, altaneramente desdeñoso, e hizo de sus relaciones con los apóstoles, para que sirvieran de pauta a la humanidad, la de unos náufragos a la deriva con una estrella.

¡Qué bello medio silencio, en el que cada cual halla la promesa que quiere o que puede, el de los astros!

Sin embargo, El, porque conocía el trémulo y poderoso secreto de la virginidad de las almas y sabía encontrar lo natural para cualquiera, aun para los dotados de varios corazones de repuesto bajo el hollejo de uno solo, aunque pudo haber considerado la existencia de los hombres tan poco natural como la de los erizos, dejó las puertas de su entraña cenceña abiertas para que todos se acercasen, incluso los que tienen la necesidad de ver o la voluptuosidad de dudar.

L A N A T I V I D A D

Sí, ha sido en la pequeña aldea de Belén, no en la humilde casa del viejo carpintero José, sin puertas, como todas las de la región, así dispuesta para que por el negro vano todas las noches entrase la luz de las estrellas, o de la luna, y la tibia brisa que baja de las montañas a los valles, sino en el pesebre de una posada de la misma Belén, como lo dice solamente Lucas (II, 7), "porque no había lugar para ellos en el mesón en que se hospedaban".

Algunos animales domésticos descansaban en el suelo, preparados por el destino para ser testigos del extraordinario acontecimiento.

Sobre la tierra reinaba un silencio profundo, cuando la buena judía María, para salvarse de la tremenda maldición que los de su raza hacían recaer sobre las estériles, después de haber sentido agitarse durante nueve lunas al Verbo Inconsciente en sus entrañas, se acostó sobre las pajas del dornajo y parió.

Y es fama de que ello sucedió sin que varón la impregnase, con lo que se consuma la santidad de José, y también

su martirio, porque esa irrupción del Espíritu Santo en vías de su legal propiedad, aunque antes ésta nunca fuese usada (con el objeto de que el Espíritu Santo pudiese honrar la virginidad haciéndola fecunda), agrega a la de santo la calidad de mártir, protomártir del cristianismo.

Desde entonces, la perpetración y la perpetuación de un sacrificio es la base de la martirología cristiana, que ostentará, como la suya, el signo de la serenidad frente al dolor.

Sin asistencia de partera, ayudada tan sólo por la monótona música de la vaca rumiadora y por la dulce mirada de la blanca oveja, acariciada por el abanico de la cola del nudoso asno, María puso a Jesús sobre el lomo de esta tierra, joven aún (y esto nos desespera, porque ni siquiera podemos sospechar cuál será su madurez), vacilante en sus blancas, temblorosas carnes, como el resplandor de una luciérnaga en la noche de un bosque.

Nada se nos dice del nacimiento de otro sobresaliente personaje; pero no hay ninguna razón para poder negar que haya debido acontecer en el mismo minuto de la misma importante noche.

Quizá sobre el mullido colchón de una rica cama fabricada con cedro de la región por las manos de callo de José, una mujer, asistida quién sabe de qué infernal comadrona, lanzaba al mundo a uno de los más significativos colaboradores en la tragedia de Cristo, Judas.

Para que la limpieza del símbolo pudiese llegar hasta el corazón de los hombres en su total esplendor, y reflejarse para siempre en la historia del mundo, salieron a tomar la luz en el mismo instante las blancas manos del niño Jesús, que no habrían de mancharse sino con su propia sangre, y las no menos blancas del niño Judas, que habrían de tornarse blandas, húmedas, viscosas en la figura culebrina del traidor que recibió los treinta dineros.

Las de Jesús venían a derramar feraz polen sobre la hu-

manidad, y rompieron en seguida su silencio de larva para que esplendiese la luz del Genio.

Las de Judas se encogieron y refugiaron bajo las cobijas para que los ojos fuesen agrandándose bien, y penetrando en la inteligencia de las cosas terrestres, único muro de seguridad que podría encontrar más tarde, cuando fuese desesperadamente concomido, después del supuesto beso dado en la mejilla del hombre, singularmente incapacitado para espantar ruines y sollastres.

Hay muchos animales que se mueven en los prados de Dios, pero la mayoría son corderos y cerdos. Y si nosotros no somos uno u otro, es poco probable que nos encontremos más o menos cómodos en los prados de Dios, y seguro que nos veamos obligados a no estar ni en la tierra, ni en el cielo, sino entre los dos, apoyándonos en los dos, y haciendo los más increíbles esfuerzos por separarlos.

Por eso es que abrimos los ojos para descubrir que el cielo, el anhelado cielo, no es más que un horizónte bajo y mezquino, cuando no engañoso, y la tierra, algo sobre lo que no podemos afirmarnos con seguridad nunca, ni en la vida, ni en la muerte, y siempre sin saber nada de las realidades de ninguna de ellas.

Este doble nacimiento de novelesco sabor que parece el comienzo de un bifrontal estado de cosas, no es sino cola y remate de lo que debió haber sido verdadero principio según la Biblia: el Verbo.

Este Verbo, impalpable esencia de la divinidad, que tuvo la elegancia moral de encarnar én Cristo, para morar entre nosotros, este Verbo, primera causa, ha debido tener en su remotísima entraña el Bien y el Mal, el Dios y el Diablo en una proporción tal que debemos deducirla de las actividades posteriores de estas dos fuerzas en la vida de toda la naturaleza, sin necesidad de sumergirnos hasta perder aliento, como hacen algunos, en problemas de hermenéutica sagrada, que solamente pueden encantar a condición de que los haga-

mos pasajero entretenimiento, juego de la Letra, en la que todo conflicto afinca.

Es natural que todas las religiones se hayan asentado luego sobre estos dos principios, en torno a los cuales habría de girar muchedumbre de pequeñas subdivinidades para que se pudiesen medir los grados de ebullición en que las fuerzas del frenesí divino o de la voluptuosidad demoníaca fluctúan entre extremos.

Es insoportable el orgullo que nos proviene de comprobar que ya desde el Verbo ha sido imposible la paz: ¡eran dos! Y luego una encarnación para que fuesen tres, y comprender así, en ese amasijo, la posibilidad de una redención.

Pero redención no es otra cosa que aumentar, al mismo tiempo, el dolor de Dios y el pecado de los hombres, pues con ella no hacemos más que aceptar mezquinamente que otro cargue con nuestras crasas culpas, no hacemos otra cosa que negociar con Dios.

Y aun en el caso de que se le desprecie, no es posible pensar que otro pague y expíe por uno, sin que uno quede debiendo nada, a menos que vivir sea ya una deuda.

Todas las divinidades han debido asistir al nacimiento del Hijo del Hombre, y algunas deben haber sentido singular regocijo, en tanto otras han temblado de terror; ninguna de ellas ha muerto, ni siquiera Mammón, de quien Milton dijo que era "el menos erguido de cuantos espíritus cayeron del cielo".

La angelología y la demonología siguieron progresando y transformando incesantemente para llenar los huecos que el progreso humano creaba en sus conciencias. Y estos tópicos, metidos en la conciencia del hombre, le juegan con naipes amañados al destino.

Para defender a la conciencia de semejante timo, sin comprender que aun cuando las divinidades le absorben su expresión la enriquecen, algunos hombres han querido hacer de la razón su conciencia, y muy razonablemente llegan a

la conclusión de que creer en los medicamentos del alma es ser supersticioso.

Sin duda alguna, la razón es un refugio muy grande, el más grande de todos. Creemos que puede reemplazar a los otros, y salvarnos de muchas caídas; mas pasan los días y nos habituamos a su compañía, y caemos en cuenta de que la razón no es otra cosa que una acompañante con la que tenemos que cargar, y a la que tenemos que asistir en vez de ser asistidos por ella.

Desde el misterioso nacimiento de Jesús, sobre el cual el tiempo ha actuado desmonetizando los datos históricos, y agrandando el símbolo moral, hemos visto en El, no el refugio que proporciona la razón, sino un aditamento al ser humano, un extra, la caña con que se alarga el brazo para alcanzar el fruto, una prolongación del hombre.

Aunque sólo fuese como el jugador de ajedrez (y no hay ningún motivo para no considerar esto posible), que complaciéndose en el medio hace nada más que juego, la grandeza de su signo no se vería empequeñecida.

Sentado que El jamás se hubiese preguntado si el mundo sería mejor después de la transformación que iba a intentar, la magnitud del intento sobraría para justificarlo.

Achícanlo, redúcenlo quienes ven en El una fórmula final, porque la esencia de la vida es el esfuerzo para llegar, y, como dijo Goethe, "el que no podamos llegar es lo que nos hace grandes".

El ha trabajado en el plan de la biología, como hoy se entiende a esta ciencia, y no en el plan moral o social.

Es por ello que de su estado de crisis perpetua, de su pura perplejidad, arranca la marea medular de las revoluciones más grandes que ha conocido la historia.

Si no obtenemos desde el arcano de su nacimiento la seguridad de que El es un desarrollo infinito, por lo menos adquirimos, conociendo su vida, la certeza de que nadie ha mostrado, hasta ahora, poseer tanta premeditación sumada:

anunciado Dios, concebido y nacido misteriosamente, habló de manera tal que todo esto parece una verdad preparatoria de su muerte y de la flagrante sospecha de su eternidad.

Esperado por una humanidad hambrienta de salvación, sembró esperanzas para esa misma humanidad arisca, como un gato acostumbrado a que lo martiricen y se sea cruel con él, y basta que un día se le acaricie, mientras esperaba aterrado un nuevo martirio, para que se dedique a dejarse amar.

Encarnado como para que nadie quedase sin saber que no podía desaparecer, navegó encima del abismo de las miserias humanas, tal como protegido por una barandilla moral, lo que no le impidió ser absurdamente maltratado.

Perdura como si todavía no hubiese terminado de hallar la confirmación o de llevar la información que se propusiera; perplejo, porque ve a los hombres engordar con el jugo del error, como si fuese su natural alimento, y volver siempre a lo mismo, en un interminable gemir de torno cansado, achicando un ambiente desde el que creen hacer marchar al mundo.

Y no es, en fin de cuentas, otra la razón de su perdurabilidad, porque El existe, o, mejor dicho, in-siste, por sobre todas las cosas para las almas conformadas de tal manera que les resulta una terrible tragedia encontrarse con la Verdad, y para los corazones secretamente anhelantes de que ésta sea sólo una inasequible promesa.

Por ello nuestra vida es un interminable sacar de cáscaras, sin encontrar jamás el corazón, como en la cebolla, y cosa que como ella hace llorar.

Y aún los que se encuentran satisfechos descortezándose saben que en el último instante de la existencia, instante que embellecemos con la esperanza de que sea en él cuando encontremos a Dios, trascordados de que entre la expresiva sustancia de éste y la anécdota fugaz del hombre media un océano de signos, el Angel Caído determinará su parte en el comparendo.

En el alfa de la humanidad, el Diablo estuvo presente; coinciden con los de Dios nacimientos de sus Mesías; brilla cuando en la agonía de Cristo se acumularon las tinieblas, y solamente en la presunta resurrección de éste fué completa su ausencia, porque El sabía que no es de Dios resucitar.

Es, en verdad, una importantísima alborada el nacimiento de Jesús, pero no es sólo con el alba con lo que se hace el día, ni es siquiera con el día con lo que se deshace la noche.

LA INFANCIA MISTERIOSA

Crististas, cristólogos y cristómanos, desde San Mateo en adelante, establecen para Jesús una ascendencia que arranca en Abraham.

¿Para qué?

Ello no ha debido ser para distinguirlo más entre los hombres, pues la diferencia que hay entre El y el resto de la humanidad no reside en sospechas genealógicas ni en pruritos de casta, y es cosa que salta, naturalmente, a la vista, aun a la de los menos dispuestos a considerar su divinidad y a aceptar su doctrina.

Solamente para conformarse a la profecía se le hace pertenecer al tronco davídico; pues, de acuerdo con el anuncio que trajo el ángel Gabriel a José y María, El es hijo de Dios.

Sin embargo, hasta los tiempos últimos de su vida, no permitió que se le llamase Mesías e Hijo de Dios, según los evangelios sinópticos, y San Pablo ignoró la mediación del Espíritu Santo en su concepción.

Ha debido ser con mucha dificultad que los coetáneos de

Jesús pudieran haber aceptado su origen divino, no sólo cuando lo veían jugar y correr por las praderas de su tierra natal, o por las callejuelas de Belén o Nazaret, con los pastores y otros niños lugareños, en los días de su infancia, sino cuando, ya hombre, prestaba el fuego que derrite los pecados, y administraba la milagrosa medicina de su templada voluntad a los que se le acercaban, y no podían desprenderse de El, como si estuviese químicamente unido a sus existencias. No nos podemos imaginar bien cómo fué la puericia de Jesús, debido a la parquedad de datos.

Durante el lento desembocar de esos años en la pubertad, su altivez debe haber sido alegre; su seriedad, sin evasivas; su misterio, sin sentido profético, y su poder, sin tendencias.

Quizá por ello, los distraídos historiadores de su vida, con excepción de algunos evangelistas apócrifos, no le prodigaron atención alguna.

Niño, y aun hombre, debió desfruncir el ceño a menudo.

Como todos los pequeños de Belén, debió disfrutar de los juegos propios de la edad, y corretear por las campiñas con compañeros que el azar le proporcionase, sin preocuparse de espiar con pensamientos adustos y heroicos, entre las nubes humanas, el resplandor del cielo.

Debió armar casuchas y montañas, en sus horas de soledad, con las virutas sobrantes de la carpintería de su padre, y despertar ante las primeras asombrosas y jugosas alegrías de la vida, más deseoso de gozarlas que preocupado de educarse en ellas.

Esto no puede impedir la preparación del camino a través del desierto para el Dios que se tiene dentro, y esto consigue, además, dar al rostro las características de simple primordialidad que resplandecieron en el suyo cuando se volvió del lado de los réprobos y malditos, pues a éstos, como a los vulgares, espanta y ofende la expresión fisionómica del que piensa.

Sus conversaciones con los otros niños han debido termi-

nar infaliblemente con la palabra del pequeño Jesús, como si detrás de la suya se registrase el sufragio irrecusable de un millón de voces.

Y, ¡cosa rara!, todos los compañeros de Jesús se daban cuenta de esta fuerza suya, pero El, no.

Los pastores que lo adoraron cuando recién nacido, y lo hicieron sin poner innoble interés en su amor, porque no hacían otra cosa que cambiar de estrella, que pasar los ojos del lucero alzado en Oriente al lucero nacido en el pesebre, ambos incandescentes fragmentos de Dios, de otra manera habrían de acercarse más tarde al Hijo del Hombre, quizá como se aproximaron aquellos griegos (Juan XXII, 25), que aun en presencia de Jesús hicieron mediar a Felipe y a Andrés para conocerle, y quedaron sin otra respuesta del Mesías que una larga mirada, sentida como una mano de suavidad sobre el hierro tosco.

Antes de la huída con su familia a Egipto, testimonian los evangelistas, recibió la visita de los Reyes Magos.

Venían tras una estrella que guiaba sus pasos. De mirarla, y del ajetreo de los camellos de andar ondulante como el de la mar, han debido llegar algo mareados.

Así se explica que los tres representantes de las razas de Sem, Cam y Jafet, como para que toda la humanidad hacinada quedase luego comprometida en la pérdida de la inocencia del niño, le ofrecieron mirra, oro y orobia.

Más tarde, al salir de su cándida niñez de duermevela, Jesús ha debido pensar que fué entonces cuando tuvo noticia de la buena pareja que en el mundo hacen tunantería y sentimiento, lo que le ha valido quedar libre de ingenuidad para siempre.

Allí fué donde aprendió, además, que hay que ser desdeñoso con los homenajes, para luego poderlo ser con las adversidades.

Es en este tiempo cuando, nos lo dice un Evangelio de

los llamados apócrifos, jugando con sus camaradas, aconteció el suceso siguiente:

Se hallaban reunidos sobre la terraza de una casa y Jesús propuso:

—"¿Quién de entre vosotros podría dejarse deslizar sobre un rayo de sol?".

—Yo no.

—Ni yo.

—Bien —replicó Jesús—, mirad.

Un rayo de sol pareció dejar que el niño se prendiese a él con sus pequeños brazos. Resbaló así suavemente hacia la calle.

Ya no fué como los otros niños, ya no pudo gozar de la quietud, de la alegre despreocupación y de la impecable felicidad de que disfrutan éstos.

Apuntaba la lucha del hombre con el niño; pero arbitraba el Dios.

Un sentimiento de abrumadora, de infinita y brutal fatiga empezó a socavarle el alma.

¿Un cansancio de qué?

Quizá los ruidos del viento en los árboles seculares..., quizá el aliento cálido que venía del desierto..., quizá los ensueños del inconmensurable espacio abierto sobre su cabeza..., quizá el tembloroso conversar de las estrellas en las noches despejadas...

Desaparecieron de sus ojos los resplandores anecdóticos, y en sus labios se hicieron fugaces las dichosas sonrisas.

Esa fué la primera noche que no pudo dormir, sintiéndose grande.

Fué la vigilia madre del desvelo del cristianismo, y no habría de volver a ser niño hasta que se le diese la terrible penitencia final y tuviese miedo nuevamente...

Empezó a rondar algo invisible y misterioso por su pensamiento.

Nada nos dice ninguna autoridad de esto; pero, en cambio, se nos dice que a los doce años de edad fué a conturbar con preguntas a los sabios doctores en el Templo, y que tiene duras palabras para con su madre.

Josefo dice que "Jesús, a los catorce años, está tan adelantado en el estudio de los libros sagrados, que los sacrificadores y principales personajes no vacilaban en consultarle en lo que se relaciona con la inteligencia de nuestras leyes".

En este período de su vida, sepultado bajo densa niebla, en el que se forma el hombre, y en el que se incuba la trayectoria de la divinidad a los ojos de los otros, cosas que, aunque puedan parecer diferentes, no son más que una, fué cuando María empezó a comprender las proféticas palabras de Simeón:

"—¡Mira, este niño que ves está destinado para ser ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres; lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma!"

Cuando cumplió los doce años, la edad en que los judíos sienten el despertar inquietador de la pubertad, Jesús traspasaba por primera vez el corazón de la que lo había llevado en su vientre.

Se había perdido, y cuando fué hallado por sus padres interrogando a los graves rabinos, a la puerta de la Sinagoga, les contestó:

"—¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que tocan a mi Dios?"

¡Cómo iban a saberlo! ¡Cómo va a saber una madre que ha perdido a su hijo cuando lo tiene allí, al alcance de sus manos y de sus ojos y puede acariciarle la cabeza y cuidar de sus inclinaciones, si las madres, aun después de verlos muertos, no se convencen del todo de que han perdido a sus hijos?

Se diría que este muchacho no había tenido nunca una madre y que no había conocido lágrimas, y que esa madre,

aunque fuese todo lo sobrenatural que la Iglesia quiso luego, era muy humanamente maternal.

La verdad es que cuando se deja de reír o de llorar y cuando se es insensible al llanto y a la risa de los otros, ya no se tiene madre.

Jesús ampliaba la familia al mundo. Su parentela sería la humanidad, el odiado samaritano y el leproso inmundo, el sibarita y el mendigo, el gentil y el delincuente, sin distinción.

La vastedad de esta parentela pone a cualquiera en el conflicto de tener que llorar o reír siempre, cosa que Jesús resolvió simplemente, no llorando ni riendo ya jamás, ni por El.

Cuando a Gautama se le comunicó que su mujer había dado a luz, dijo:

"—Otro nuevo lazo que habrá que romper."

Jesús, que habría prohijado a toda la humanidad, sabía, al mismo tiempo, que la misión del profeta impone desposeerse de todo, y, en particular, de las ataduras y complicaciones que signifiquen distingos afectivos.

Aunque la áspera contestación de Jesús a sus padres no fué comprendida por la pareja de pobres obreros judíos, ella dejó algo prendido en el corazón de María, porque si bien aquel niño apretaba un poco el pescuezo a los sentimientos maternales, avanzando una hora terrible, no hay madre en el mundo que no comprenda, en la obscuridad de sus entrañas, por aguanosas que estén, el misterio de las inclinaciones vocacionales de su hijo.

Pero, ¿los demás?

Muchos han debido pensar, espantados, que esa respuesta estuviese formada de insensibilidad o anestesia de sentimientos humanos.

Temieron hallarse frente a un monstruo; pero no, El no era un monstruo, sino un revolucionario que probaba el tem-

ple de su espada y empezaba a hacer provisión de confianza para su empresa futura.

La madre, que no tenía otro saber que el de las madres para llegar al misterioso corazón de su hijo, escudriñando en la fijeza de aquellos grandes y negros ojos de niño judío, donde ya resplandecía la voluntad del hombre, atemorizada, pensaría, sin saber por qué:

"—Morirá a manos de los jueces del Sanedrín."

Pero cuando se viene al mundo a ofrecer el perdón o a traer el castigo, a enseñar el camino de la paz o el de la guerra, a verter la propia sangre en sacrificio, o la de los otros en venganza, a limpiarlo todo o a enlodarlo todo, no se puede tener nada personal que signifique ligazón, ni aun la vida, ni aun la muerte.

¿Qué podría importar a Jesús morir a manos de los jefes de su Iglesia?

Algunas veces, los habitantes de Nazaret, al pasar por la puerta de la casa de los padres de Jesús, se detenían a conversar con María, y después de interesarse por la salud del viejo José, miraban a aquel niño que había sido consagrado a Dios, como todos los primogénitos entre los judíos y exclamaban:

—¡Qué hermoso niño tienes, María!

A la madre se le enrojecía el rostro de orgullo, pero miraba aquellas pupilas llenas de inmortal indiferencia, donde el aliento del milagro de existir se contenía en el silencio del que viene para hacer un viaje muy especial, contemplaba, con ojos que habrían de acostumbrarse a verlo todo con padecimiento, el rostro de turbadora serenidad de su hijo, en el labio superior del cual empezaba a nacer fino bozo, y pensaba, llena de inexpresable congoja:

"—¡Morirá a manos de una mujer!"

Pero, ¿cómo es posible que quien no ha manifestado amor a su madre, quien luego dirá: "Mi madre y mis hermanos

son los que escuchan la palabra de Dios y la practican", pueda dar su corazón a otra mujer para que lo mate?

Y como lo que las madres ven en sus hijos siempre les parece natural y nuevo, aun notar que no cambian; recibió silenciosamente la nueva puñalada anunciada por Simeón:

"—Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?"

María debe haber reflexionado mucho sobre estas palabras. Ha visto la tranquilidad pasmosa con que fueron pronunciadas, lo traslúcido de su sinceridad, la noble luz de los ojos de su hijo, al decirlas. Ha visto que ni siquiera estaba emocionado en ese momento.

Luego, contemplando su propio rostro en el agua de alguna fuente para ver si hallaba en él los rastros del tremendo tajo que se le había asestado, sin notar nada, pensó:

"—¿Es que nosotros, los judíos, somos así?", e interrumpió las jornadas de inútil cavilación.

Pero, ¿los otros?

No es que Jesús fuese contra la naturaleza humana, contra las costumbres, contra el amor, sino que éstos no son otra cosa que tres senderos variables que el hombre no conoce bien, pues toman distinta forma según las oportunidades en que los transitemos.

Ya desde la edad en que nosotros sentimos el espantoso cocear de la carne en el alma, como si pudiesen llegar a ella un dolor físico y un contagio, ya desde la época en que nosotros empezamos a proporcionarle coraza al alma, Jesús aparta, en la madre, todo lo que pudiese ser palabra dulce y tierna para la mujer, con lo que ha hecho, precisamente, que fuesen las mujeres de todos los tiempos las más acuciadas por el deseo, y poseídas por la certidumbre de ser sus preferidas, de ser secretamente elegidas para su amor, inasible vapor y voluptuoso renunciamiento.

Las dificultades que hemos encontrado los cristianos para ver en la mujer un ser totalmente humano enrieda las profundidades de sus raíces en la actitud de Cristo.

Más tarde, Jesús, explicando la condición de las cosas divinas a sus discípulos, dice:

"—Si alguno viene a mí, y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo."

Y María volvió a mirar en el fondo de aquellas pupilas de negras aguas buscando cuál estrella de esperanza debería levantarse en el alma de Jesús, la que prometería algo más constante y sólido que el tornadizo amor de los hombres (amor de pescozones y mordiscos, amor de mimosidad y lameduras), y se dijo, presa de terror:

"—¡Morirá a manos de sus discípulos!"

Y, a pesar de que todo ha de parecer extraordinario en su vida, por lo menos, todo lo que haya de extraordinario ha de ser lo propio de su vida, y la normalidad resultará mezquina armonía en ella, hemos visto que uno le vendió, otro lo negó, y los demás hasta ahora hemos venido deformándolo y traicionándolo ignominiosamente, so pretexto de interpretarlo, y es milagro que todavía alguno no haya logrado matarlo...

SE ANUNCIA EL HEROISMO

Fué más por su contacto con los doctores en el Templo que por el trato de sus compañeros de juegos y estudios, y que por las relaciones de su familia, que Jesús supo que a aquellos a quienes tenía que dirigirse, viñateros, pastores, pescadores, artesanos, mendigos y mujeres públicas, había que hablarles con palabras que ellos entendiesen a medias.

Para ello, hízoles referencias continuadas a las cosas que manipulaban diariamente.

Usándolas en las conversaciones que entretuvo en los largos años de lo que se llama su vida pública, aprendió esa difícil ciencia del seductor, que empleó más tarde, cuando le bastaba decir a un hombre: "¡Deja todo y sígueme!", para lograrlo.

A los sencillos había que hablarles con otras palabras que las empleadas por los doctores de campanario, palabras que no mostrasen demasiada intención supletoria, frases sin profundidad visible, y con una especie de trasentido semejante al de las expresiones de los animales que tienen hambre, sed, sueño o ganas de amar.

Cuando, luego, esas mismas palabras son leídas u oídas por otras personas, parece que tomasen un sentido voluntario las cosas que dicen. Y no es que sean pesadas en un balanza de más aguda fineza, sino que fueron dichas con la premeditación, que debió ser escandalosa para quienes la supieron captar, de desatar un torrente sobre la tierra.

En ese torrente, las generaciones futuras vienen trabajando con diversa intención por cuenta propia, con el objeto de convertirlo en nivel, pues ni siquiera es el Diablo, que tiene tumultuosa y desordenada grandeza, el que osa discutir en los corazones de la vulgaridad la primacía a Cristo, sino Barrabás, la astucia de Barrabás, al extremo de que el mundo parece no haber tenido otra cosa que hacer, hasta hoy, que repetir el trastorno de sus tortuosos pasos.

¡Qué misterio el de la preparación de ese caudal en el período de la vida de Jesús que va de los doce a los treinta años, durante los cuales el intelecto madura, la vocación se concreta, el hombre despierta!

La madre y los que se habían acostumbrado a amarlo, a escucharlo y a tolerarlo se preguntarían más tarde, cuando caminaba con la Cruz a cuestas, cuando llegó el momento en que la tierra no tenía para El nada más que la Cruz, como en la confusión de una noche, como queriendo reacomodar un libro desencuadernado y de hojas dispersas, asiéndose a la sombra de imperceptibles hilos:

¿Cuándo es que el niño dejó de ir al Templo? ¿Cuándo es que el niño dejó de ir al colegio? ¿Cuándo es que el niño dejó de ocuparse en las cosas exteriores? ¿Qué es lo que pasó en su alma, antes de eso? ¿Qué es lo que pasó después? En medio de un pueblo que había dado las espaldas a la felicidad material y a los refinamientos gozosos, pero pasajeros, a la voluptuosidad del poder, y a la hartura de los sentidos, el hálito de todo lo cual llegaba de Atenas y Roma hasta los prados de Nazaret, se formó el alma de Jesús.

Esa cálida ola de vieja civilización que se deslizaba hacia

la decadencia, y que llevaba infartada en la esencia de su propia estructura los principios de su destrucción, no penetraba de ninguna manera en el corazón del pueblo judío, por lo menos en aquella parte del pueblo a la cual pertenecía Jesús, y con la cual se identificaba, porque en lo más secreto del santuario de las almas se guardaba la llama que Moisés había encendido hacía cientos de años y habría de salir a lo exterior en los hechos de Cristo, para reavivar sobre el rescoldo, que aleteaba y parpadeaba prometedor, la más extraordinaria hoguera que haya ardido jamás sobre el rugoso lomo de la tierra.

Ya cuando la vieja prima de María, Isabel, condenada a la esterilidad durante los mejores años de su vida, dió a luz al niño Juan, quien más tarde debería ser el Bautista, ante los asombrados ojos de su marido, Zacarías, apareció en el mundo fuego suficiente para que fuese quemada mucha paja y se diese calor a la voluntad de separar mucho trigo malo del bueno.

El espíritu judío, rebasando las estrecheces del cautiverio milenario, se echaba a andar por un atajo propio, para recobrar una parte de los derechos que se le habían pretendido derogar o de los cuales los hombres se habían olvidado.

Y Jesús, que ya se había desprendido de las manos de su madre, se lanza por ese camino de desvelo, abandona las herramientas de la carpintería, entre las cuales quedaban la paciencia terrestre y las ligaduras de la costumbre, y, sin despedirse de la vista cansada y de las manos encallecidas de su padre, el viejo José, del que poco se supo o se supuso luego, despojándose de cuanto humano puede haber en un niño (más tarde ha de largar a todo el hombre), anuncia, la frente vuelta hacia adentro, la alborada del Dios.

¡Ah!, pero la idea de ser Dios, como la de ser Diablo, es pecaminosa.

Contra ambas hay que luchar con energía y arrepentirse fuertemente, aconsejan teólogos e historiadores; los prime-

ros con espanto y temor, y los segundos, con la amable gracia de esos profesionales de la suavidad que en las relaciones mundanas tratan de componer amistades interrumpidas.

Pero no hay nadie que sea dueño ni de sus propias ideas. Una vez aparecidas en nosotros, no tenemos más remedio que dejarlas andar; pues, desde la primera vez que nos las oímos, una especie de recuerdo auricular nos llena la cabeza como de música de violas.

Cristo anduvo mucho tiempo así, oculto para los hombres, sesgado para la historia, en la que no tenía más remedio que vivir, aun rehuyéndola, oyendo su propia música con minuciosa atención.

Plegado en la muelle inseguridad de la meditación en las cosas divinas, el Pudoroso prepara su camino, un camino que llevaba dirección tan necesaria, que los tiempos han tenido que anchar, y a veces torcer, para que en él cupiese alguna humanidad.

A los que entonces se le aproximaron, El ha debido decirles:

—No os fijéis en mí, pues que también estoy aquí con vosotros. No me toméis por ejemplo, sino veréis en lo que terminaréis... Además, soy distinto y puede que sea peor que vosotros.

¿Quién podrá comprender jamás la verdadera altura en que viven los héroes?

Lo cierto es que a ellos el barro no los salpica, y por lo tanto pueden ensuciarse cuanto quieran.

Y no hay como sentirse enfangado para imaginar cosas nobles, aun para las vidas ya nobles de por sí.

La alta violencia pasional de los convertidos, como Pablo y Francisco, el de Asís, y aun la de simples convencidos, persuadidos o arrepentidos, estriba en ello.

Es muy distinto esto, empero, a que un sucio emprenda un acto heroico, y se crea limpio por ello.

Y también que haya héroes que sólo se acuerden del he-

roísmo cuando se encuentren sumidos en el lodazal hasta la punta de los pelos, y que los soeces, los puercos, los viles, cuando acometan un acto heroico, se amilanen acordándose de que están sucios.

Y peor es aún que todo esto suceda así por la necesidad de resolver los inconvenientes del hastío mediante una contradicción.

Durante los años en que Jesús tuvo las puertas de su alma cerradas, para guardar en sí mismo el comienzo y término de sus ideas, observó estas cosas y apretó contra seguro guardacantón, que impidió fuese falseado su propio destino, la riqueza espiritual más grande que ha conocido la humanidad.

Más tarde no tuvo otro remedio que dar escape a esa fuerza que era indispensablemente reclamada por la época.

Entonces fué visto un hombre lanzarse como un explosivo sobre el blanco de la vida; pero siempre con un fin automático, irrecusable, pleno: imponer su extrahumanidad.

Y ello lo logró hasta para los propios judíos, que luego de la toma de Jerusalén y de la destrucción del Templo, para salvar los restos de su organización religiosa de los avances de la innovación cristiana, tuvieron que apelar al recurso de reformar sus creencias, circunstancia que emplearon para incluir en sus nuevos artículos de fe a Jesús, con el calificativo de "bárbaro mago". Como esas tormentas que, mucho antes de que se desaten, vemos preparar y anunciarse en el horizonte proceloso, y contra las cuales el único recurso que nos queda es multiplicar nuestra paciencia, porque nos encontramos en un desierto sin refugio, Cristo oteaba a los hombres desde que tuvo catorce años.

Su apariencia en los tiempos mociles debe haber sido algo funambulesca, como la de todas las realidades matemáticas e infalibles que se hallan en incubación, esperando el momento de pronunciarse.

No tengo la menor duda de que los puramente contem-

plativos se engañaban cuando se aproximaban a El, como todavía se engañan, pero con cierta voluptuosidad, los que pretenden imitarlo.

Y aquellos otros que ocultan en el fondo de sus conciencias el tremendo y apremiante problema que consiste en encontrar la esquina imposible por la cual doblar para no toparse con El, son los que quizá estén más próximos a fundirse en su esencia, pues difícil es de evitar, como la luz del día en una casa de vidrio.

Se le lleva dentro, es ineluctable, y con una voz sorda e imperiosa, y una impasible mirada, conmina que para desatar penitencias o consolidar recompensas se empiece con El y se termine en El.

DESPERTAR Y TENTACION

Todo ha sido ya preparado convenientemente para que el que vino a poner fuego a la tierra comience su tarea.

Pero hay que cumplir todavía con algunas formalidades que sirvan para acreditar la autenticidad mesiánica de Jesús, pues corrían unos tiempos en los que abundaban fraudulentos enviados de Dios.

El florecer de quien ha estado gestando durante treinta años su aparición pública tiene que ser corto y escandaloso, como para que la noticia se extienda por sobre toda la superficie de la tierra, sin que nadie tenga tiempo de descubrir su secreto.

Un día, con las llaves que han de abrir formalmente las puertas de la eternidad al desconocido que se la había venido incubando en un silencio anacorético, envuelto en no sabemos qué nubígeras meditaciones, un hombre desciende de las montañas al valle del Jordán.

Su vestimenta no era otra que la usada por Elías, y de la que se nos habla en el cuarto Libro de los Reyes:

"Es un hombre cubierto de pelo, y que va ceñido con un cinto de cuero."

Se nutría de langostas y miel silvestre. Con esto, su autoridad se veía reforzada para decir lo que dijo:

"—El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno; y haga otro tanto el que tiene que comer".

La aparición de este asceta que vestía una zalea como los profetas antiguos, y no contaba más que con el azar para nutrirse, había sido anunciada de tiempo atrás, porque todo lo que podía acontecer en el mundo estaba ya previsto, para los creyentes, en el gran libro donde la tronituante trompeta de Isaías había sonado:

"Ya oigo la voz del que clama en el desierto; aparejad el camino del Señor: enderezad en la soledad la senda de nuestro Dios." "Todo valle ha de ser alzado y todo monte y cerro abatido; y los caminos torcidos se harán rectos, y los ásperos, llanos." (Isaías XL, 3 y 5.)

Sobre quién era y de dónde venía, muy poco o nada sabemos, porque todo ha sido olvidado o relegado a la sombra. ante el hecho de que Jesús acudiese a él y se enrolase en sus filas para recibir el bautismo.

El mismo Bautista, según testimonio de San Mateo, parece perturbado por la presencia de Jesús:

"—Yo debo ser bautizado de ti y tu vienes a mí."

A lo cual Jesús respondió:

"—Déjame hacer ahora, que así es como conviene que cumplamos toda justicia."

Y Jesús nunca más habla de bautismo (como tampoco nunca habló de circuncisión), que no es más que simple y necio rito que San Pablo introdujo en el catolicismo, y sirvió para provocar el alejamiento de muchos judíos de la doctrina cristiana, del mismo modo que la partenogénesis de Jesús planteó la resistencia de muchos paganos.

Que las cosas hayan sido arregladas de manera tal, que al llegar a nosotros la noticia de la misión de Juan el Bautista

parezca no haber sido otra que anunciar la de Jesús de acuerdo con los dichos de los mayores profetas, no quiere decir que solamente se haya reducido a esto.

Desde mucho antes que Jesús se le aproximase, Juan predicaba y bautizaba, porque Exequiel había dicho:

"—Y derramaré sobre vosotros agua pura y quedaréis purificados de todas las inmundicias, y os limpiaré de todas vuestras idolatrías."

Los anavim (pobres) han sido siempre su segura clientela, y Jesús es uno de ellos, el más pobre de todos.

Donde arraiga primero, y con más facilidad, toda revolución es entre los necesitados, que, además de ser los más numerosos, son los únicos que no arriesgan otra cosa que la propia pobreza, tesoro que son contadísimos los que saben medir.

En la prédica de Juan no debe haber habido preocupaciones políticas, ni intenciones raciales, ni siquiera el mesianismo, tan abundante entonces, y que debería tomar desconfiados a los hombres habituados al fracaso de consecutivos simulacros de divinidad.

El carácter exclusivamente espiritualista de su prédica se limitaba a agrupar a los hombres en una secta, para salvar las almas por medio de un bautismo de arrepentimiento, y de la promesa de una vida moral más de acuerdo con los deseos divinos, una vida preparatoria, al mismo tiempo que lustral, pues el reino de los cielos acudía.

Desde luego, que no iban a él para recibir el bautismo, ni para hacer promesa de una vida más debida al espíritu, ni los fariseos, ni los escribas.

Ellos no creían en los efectos purificadores del acto simbólico, y ya tenían otras formalidades antiguas destinadas al mismo fin.

Ellos repudiaban a los iluminados, y tenían un gran temor de verse obligados a abandonar las comodidades mate-

riales que mantenían, gracias a una interpretación casi hedonista de la Biblia.

Ellos circuncidaban a sus hijos, y Juan cambió la circuncisión por el bautismo.

Esto era una herejía, como lo fué para los católicos en el siglo XVI la supresión de la transubstanciación en la misa, como lo fué para los ortodoxos la declaración de la infalibilidad del Papa.

Juan debió parecerles un energúmeno, un temulento, que decía y hacía cosas absurdas, que no vestía bien, y que comía peor...

De lo que sucedió durante la entrevista entre el joven Jesús y el profeta de torrenciales barbas no es posible saber nada con certeza.

Sobre si Jesús tomó algo o no de su prédica, no queda otro indicio que el que suministra Mateo (XI, 19), marcando diferencias entre los dos temperamentos:

"Así es que vino Juan, que no come ni bebe, y dicen: está poseído del demonio. Ha venido el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: he aquí un glotón y un vinoso, amigo de publicanos y gente de mala vida."

El encuentro de estos dos entusiastas predicadores está rodeado de tinieblas. De entre ellas sólo surge la figura de un Juan salvaje y ascético, anunciando coléricamente el castigo de los pecadores, y la de un Jesús, dulce y perdonador, exorable y amoroso, profetizando la buena nueva del reino de los cielos.

La administración romana, que se cuidaba mucho de estos predicadores, después de una breve información, pareció dejar a Juan tranquilo, pues no consideró peligroso su proselitismo.

Su muerte se debió, no a una razón de Estado o de religión, sino a la sinrazón de una mujer.

Juan no sabía, como Jesús, ganarse el corazón de lás mujeres.

Tanto los saduceos como los sanedritas y los paganos debieron hacer comentarios risueños, el propio Jesús los hace (Mat. XI, 7 y 8, y Luc. VII, 22, 24 y 33), sobre aquel hombre que despreciaba los bienes terrestres y anegaba en las aguas a los fieles para purificarles el alma.

Realmente, debe haber sido un espectáculo cómico el de ver a Juan el Bautista surgir del Jordán como un león de un bañadero, para tenderse en el fragoso y soleado roquedal a la espera de presa.

¿No nos reímos nosotros, acaso, de los que mueven trípodes, de los que lanzan a una huidiza circulación impalpables hectoplasmas, de los que transmiten voces de difuntos, y de los que incitan a los espíritus a tirar de los pelos y dar bofetadas a un público de creyentes y curiosos, sumidos en la penumbra de desnudas salitas?

Es que la incredulidad es un mal de todos los tiempos; no trae inquietudes mayores a los conformistas, no agita la mente de los perezosos, y es la más conservadora de todas las posturas que pueda adoptar un hombre de cualquier época.

Y cuando esta incredulidad es consecuencia de la desesperación de no saber dónde está y cuál es el verdadero Dios, en vez de hacer tímidos a los hombres, los hace audaces, vanos argüidores.

Pero (Mat. VI, 26): "¿Y quién de vosotros a fuerza de discursos puede añadir un codo a su estatura?", o a su sabiduría...

Porque así como no es con el arado, ni con el martillo, ni con la hoz, ni con la espada, ni con el libro con lo que se hace un hombre, sino con una mujer; así como no es con la pluma, la tinta y el papel con lo que se hace una palabra viva, sino con el pensamiento; no es con la lógica, ni con la razón, ni con los números, ni con la palabra, ya que tenemos el defecto de creer que siempre hay un pensamiento dentro

de cada palabra, con lo que se hace la verdad, sino con la inspiración.

De lo que se sigue que los que hacen brillar los fuegos de su lógica para salvar su incredulidad, iluminan una teorética fe, tan sandia como la incredulidad de los ignaros.

A escribas y fariseos Jesús ha de decir más tarde (Mat. XXIII, 13):

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que entrarían."

En cambio, como lo refiere San Mateo (XXI, 32), fueron a recibir el bautismo y creyeron en los anuncios de Juan, publicanos rameras y... Jesús.

¿Recibió repentinamente la revelación del mensaje que habría de traernos en el instante del éxtasis bautismal?

¿Despertó recién en él, este hombre de treinta años?

¿No sabía aún quién era, ni a qué venía?

¿Deberían cumplirse las palabras del Salmo (II, 7): "Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy", y recién comprender el asomo súbito de su vocación?

¿Acudía a Juan porque éste había dicho: "Es el que ha de venir después de mí y a quien yo no soy digno de desatar la correa de sus zapatos", o éste lo había dicho porque sabía quién tenía que venir?

Todo esto que a los ojos del historiador aparece rodeado de la más impenetrable obscuridad, y que tiene trascendencia por lo que Jesús hizo luego, no puede ser en sí más inquietador que infinidad de pequeños accidentes de nuestras vidas, acontecimientos misteriosos que apenas si nos deparan un instante de cogitación, para luego ir a reposar y encallecer en el fondo de nuestras memorias.

Y nos quedamos conformes sepultando esa cadena de cosas insolubles que deberíamos arrastrar a lo largo de nuestras vidas, y mezclarlas y heñidas a ella, porque buscamos una perfección y una madurez en el bien o el mal, que es equi-

valente a la muerte, a la calma absoluta de que sólo pueden gozar los muertos..., y ciertos desesperados para los cuales apenas si el recuerdo es algo más que una variante de la conservación y el olvido, algo así como una solución de libertad.

Jesús mantuvo el bien de su perplejidad perennemente frente a los hombres y frente a sí mismo, empeñado en sembrar entre ellos, con una paciencia tan grande que parecía una amenaza, los principios de la confusa crisis de la expiación, prefiriendo siempre a los no definidos, malos o buenos, y no siendo jamás tibio, que es la única manera como se ha de estar siempre tentador. Parece que el lustre bautismal de Juan, mete a Jesús en la tortuosa comunicación de los hombres, de los que se había alejado desde los doce años; pero antes tiene relaciones con el Diablo, quizá con el objeto de poder enfrentar a los hombres con alguna preparación ventajosa.

Sabemos que no es difícil encontrar al Diablo. Corremos riesgo de topar con él a la vuelta de cualquier esquina o de escucharlo escondido en los pliegues de cualquier discurso, obstante al desarrollo de lo que llamamos rectitud de conducta, moralidad normal o buena literatura.

Se nos dice que el que luego habría de comprometerse a volver para la consumación de los siglos, lo halla en el desierto, de cruda faz, donde no se encuentra otra cosa que lo que nuestra imaginación pueda proporcionar, y donde Jesús gustaba meditar.

La oportunidad de este encuentro ha sido verdaderamente matemática, y ninguno de los dos pudo ser sorprendido.

Los dos se han dicho simultáneamente:

—¡Ah, eres tú y no un espejismo!

Y nada más porque, ¿qué puede enseñar la palabra a aquellos que leen en el corazón?

¡Quién sabe cuánto tiempo hacía que el espíritu malo estaba recogiendo todo su poder intelectual, acrecentando

y reservando su fuerza en la incubación de las tres terribles preguntas, el lazo de las tres tentaciones que daba vueltas a la razón histórica de la humanidad futura!

¡Ah, los dos grandes tentadores conocían a los hombres!

¡Ambos sabían que los dioses justifican la vida humana, viviéndola ellos también!

Ambos sabían que los hombres, desde Adán hasta nuestros días, se han mostrado capaces de gastar la eternidad en un minuto como si nada fuese, quizá debido a la cantidad de fraude y de perentoriedad que hay en todas sus posesiones.

Ambos eran los únicos aptos para forjar algo tan formidable, y tan sencillo al mismo tiempo, que contuviese la simiente histórica del alma humana, sin emplear más de tres interrogaciones y tres respuestas.

Es justo, pues, una vez más, que el resplandor del vasallaje humano resida tanto en las reverencias que tiene para el de arriba como para el de abajo, y que en algunos grandes esclavos alcance todavía para sus propias miserables intermediateces, tornándose ridículamente ególatras.

¿Cómo fué que Jesús esquivó los trampantojos del espíritu maligno, resistiéndose a que las piedras no fuesen transformadas en pan, porque "no sólo de pan vive el hombre"?

Los dos sabían que la inmensa mayoría de los hombres quieren pan y sueños, y sólo una pequeñísima cantidad de ellos es capaz de alimentarse con fuego del cielo.

Y cuando el pan y el sueño vienen juntos, miel sobre hojuelas. Por eso cuando los multiplicó, las gentes dijeron (Juan VI, 14): "Este es, sin duda, el profeta que ha de venir al mundo."

Las gentes, con el sueño no se daban cuenta de que, realmente, era uno solo el milagro hecho, el de la distribución de panes y peces, dejando restos y cinco mil estómagos conformes.

El Diablo creía que no había pecadores, sino hambrientos, y que sólo el pan puede hacer virtuosos, y Jesús sabía

que no es el pan mismo lo que satisface a los hombres, sino el que se lo repartan por igual.

El Diablo debe haber sonreído porque Jesús no hizo el milagro, sin darse cuenta de que estaba haciendo otro de mayor alcurnia.

Satanás y su hueste, raza del cielo, manifiestan su divinidad apestando a intelectual, y el hombre se deja apestar hasta ser privado de sentido y manifestación, porque se le ofrece lo que más anhela: soñar con la eternidad.

En el infierno, ¡ay!, tombién se perdura, lo que no dejará de ser consolación para muchos...

La perdurabilidad es la sustancia divina que el Diablo ha llevado al infierno, y que algunos hombres privilegiados ven allá poetizada y embellecida como una planta que floreciese en un clima extraño.

Jesús prometió pan del cielo, pan que desde su altiva superioridad desdeñosa, apenas velada por la piedad, ofrecía con frío amor: "Tomad, éste es mi cuerpo", para que nosotros le diésemos una cosa semejante: "Tomad, éstas son nuestras almas", unas almas sin cuerpo...

Y, nosotros, débiles, hemos menester del pan de la tierra, porque es durar lo que queremos, aunque sea en el fuego; nosotros, débiles, nos aseguramos para la condenación eterna, porque es eterna..., y nos consolamos pensando que allí todavía podremos tener la dicha de sentirnos vivos.

Si pensamos bien en lo afectos que somos a las transformaciones, pues en ellas solamente se encuentra el secreto de seguir siendo, no comprendemos por qué no fué hecho el milagro de cambiar las piedras en pan.

El no quiso levantar la única bandera capaz de hacer postrar a toda la humanidad en una comunión de respeto, de temor y de satisfacción.

Pero Cristo hizo con ello que todos le amasen, aunque sean muy pocos los que pueden comprender su pan celeste lleno de novedad, y menos aún esa libertad que tenemos pa-

ra elegir entre el bien y el mal, ese conjetural albedrío en nombre del cual es posible hasta odiarle, ese vago poder que nos hace creer dueños de nuestros actos, y que el espíritu de la negación aprovecha para hacernos pasajeramente felices, no dejando zafar a la razón de la cadena del sueño, ni dejando vivir al sueño jamás sin el alimento de la razón.

Por eso es que la razón, con la continuidad milagrosa de su energía, que no podemos pensar sin desesperación que vaya a cejar alguna vez, nos ampara: ella sabe alimentarse en las raíces artificiales de nuestros deseos, y encender al sueño con los más vivos colores de la realidad.

En cambio la fe, la verdadera, la que viene después de haber pensado y va a buscar sucos a las raíces, sólo manifiesta su lumbre cuando nos ha obligado a cerrar los ojos a toda otra luz.

La fe es aceptar una autoridad, y el hombre, animal hambriento de orden, cuanto más incomprendida esa autoridad, mejor la acepta, llámese Antiguo Testamento, Razón o Ciencia. Difícilmente encontrará el hombre autoridades de menos comprensible origen que éstas.

Con ello obtenemos la más absurda felicidad, la que viene de agradar a otro, a Dios, sin estar satisfechos de nosotros mismos...

Esto es evidente cuando vemos que entre los que se aproximan a Cristo, nada más que para engordar de amor, y los que lo hacen porque necesitan cebarse de locura, los últimos son mejor acogidos, porque El tenía medios suyos para dar a los vesánicos lo que no se puede dar a los amantes: sentido común.

Pero no el sentido común del tendero y el del deportista, que aún fuera de las horas de labor se comportan para su itineraria vivencia como en un ocio con mostrador o gimnasio, sino un sentido común servido por los otros cinco sentidos siempre en vigilia.

¿Pan del cielo, o pan de la tierra?

¿Cómo vamos a ponernos de acuerdo en esta guerra que se desarrolla entre Dios y el Diablo en torno al hombre?

De ninguna manera, mientras entre los dos se repartan igual fuerza, no dejándonos otra cosa que la debilidad de calcularla a nuestro antojo.

Después, Jesús, conducido a lo alto del Templo de Jerusalén, es invitado por el Tentador: "Si eres el hijo de Dios, échate de aquí. Pues está escrito que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pie no tropiece contra piedra alguna".

Pero el que cuando niño había descendido de la terraza de una casa, hasta la calle, en el tobogán de un rayo de sol, despreció el milagro.

No se trataba de mostrar a un incrédulo la autenticidad de un poder divino, sino de comprometerse con la vanidad misma.

Nosotros, ¡ah!, nosotros, capaces no ya de rompernos la crisma, sino hasta de perder el alma, nos habríamos largado gozosos si hubiésemos contado con muchas menos de las probabilidades de que disponía Jesús para salvarse y probar la paciencia de Dios.

La vanidad nos habría llevado a intentarlo todo, y sobre todo lo superfluo, lo inútil.

Ese lazo ficticio que anexa al hombre a una exterioridad imaginaria, y lo emborracha de triste arrogancia, es lo que siempre ha servido mejor al Diablo.

Cuando San Jerónimo dice: "Disce superbiam sanctam" (aprende el orgullo sagrado), y "Scito te illis esse melliorem" (sabe que eres mejor que los otros), es la misma voz con que el Diablo tentó a Cristo la que guía la suya.

Todavía le subió el Diablo a un monte muy encumbrado, y mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, y le dijo: "Todas éstas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adorases".

Ingenuo el Diablo. Cristo estaba mandado por el Dios de su conciencia, y no podía adorar otra cosa.

Nosotros, en cambio, que tenemos la libre elección de nuestros actos, inexcusable y tremendo tormento, no resistimos aún a menores invitaciones, porque la sabiduría, cosa tan imperfecta, y tan cara que nos ha salido desde que mordimos en el fruto del árbol de la ciencia, no nos ha enseñado todavía cuando es ilusorio aquello que sacrificamos o verdadero aquello con que se nos premia.

Los que queráis ser dueños de "todo", tener el mundo a vuestros pies, adorad al Tentador. El suele llamarse "sentido común", suele confundirse con la "experiencia histórica", siempre anda de la mano de la "moral corriente", se hace sentir en las tenazas de la "necesidad", y estableció las "leyes ordenadoras".

¡Ah, Cristo!, a tu primer encuentro con el Malvado, ya pudiste mostrar a la humanidad alelada de miedo, pero hueca de orgullo y ávida de pan y poder, tus blancos dientes de lobo, de lobo filantrópico sí, que apenas encenta a restañar las heridas de los hombres se da cuenta de que la sangre es dulce...

Porque es débil la felicidad compuesta de pan y sumisión, el que se aproxima a Cristo harto de pan debe de cuidar que en el alma no se le haga piedra algo. Porque se ha visto a la leche cortarse y agriarse en el mismo momento en que el vaso se aproxima a los labios, y también que el agua se torne pestilente en el instante mismo en que alguien va a bañarse en ella, el que vuelve a Cristo después de haber sido tentado por el pecado, desprecia el pecado, porque le fué permitido (acaso facilitado) pecar.

Porque cuando estamos bajo un árbol y cae en nuestras manos una nuez no esperamos que otras caigan, sino que arrojamos piedras al nogal, no aceptamos lo que se nos ofrece largamente, pues de nuestra elemental ética es que sin esfuerzo no hay placer.

Entonces, ¿para qué se nos dió esta libertad de elección?

Para que cuando veamos a alguno quejarse de opresión y pedir más libertad, digamos: ¿Qué es lo que quiere hacer con ella? ¿Cómo la irá a usar?

¿Ha sabido Dios que somos tan irreductiblemente enemigos de la libertad, que nos la acordó en medida tal que la libertad pudiese correr peligro?

Después de todo, con ella o sin ella, a la tentación siempre la tomaremos como liberadora, con lo que caerèmos en la tentación irremediablemente, por el camino recto o por el atajo.

Es por eso que San Mateo (XIX, 25 y 26) revela:

"...los discípulos estaban muy maravillados, diciendo: ¿Según esto, quién podrá salvarse?

"Pero Jesús, mirándoles, les dijo:

"Para los hombres es esto imposible."

R E T R A T O S

Tener una parte de historia anegada en misterios da sentido y realidad a la verdadera historia, del mismo modo que dan expresión a la fisonomía la sombra o la media luz.

Ya hemos visto, y más veremos, cuanto hay de secreto y desconocido, de indesentrañable elemento histórico en la vida de Jesús.

Si el historiador anda a tientas en torno a su vida y obras, es explicable que el psicólogo lo ande más. Ya vagueante de por sí la psicología, entre mitos y caprichos, poco adelanta en sus intentos de revelarnos la figuración de Jesucristo.

Y sin conocer el alma de Jesús, ¿cómo es posible que haya quienes puedan representarse su rostro?

Además, las maravillas del alma consiguen muy bien, y lo vemos con frecuencia, no reflejarse en la apariencia física, más en un personaje que, como Jesús, nos dejó una identidad hecha de misteriosas revelaciones y de embates inauditos.

Sin embargo, los hombres, acordados acerca de una fisonomía del Salvador, persisten en mantenerla.

Dos piadosas supercherías, la del Velo de Verónica y la

del Santo Sudario de Turín, cuentan mucho en ello, como asimismo las geniales creaciones de pintores y escultores de varias épocas.

En los primeros siglos del cristianismo, cuando los hombres quisieron una imagen del Cristo, acudieron al Antiguo Testamento, y en el capítulo LII de Isaías hallaron lo siguiente:

"...No es de aspecto bello, ni esplendoroso. Nosotros lo hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención hacia El."

"Vímosle después despreciado, y el dechado de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer; y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado; por lo que no hicimos ningún caso de El."

Muchedumbre de escritores afianzáronse en este texto para darnos una desdichada imagen de Jesús, que no ha podido servir para otra cosa que para consolar a mucho desventurado desprovisto de belleza física y capaz de torturarse envidiando la de los otros.

El Salmo XLIV dice, a su vez:

"¡Oh, tú, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, derramada se ve la gracia en tus labios..."

¿Qué hacer, cuando vemos que algunos, como Basilio y Cirilo de Alejandría, dan más crédito a Isaías que al salmista, al extremo de afirmar que Jesús era "el más feo entre los hijos de los hombres", mientras otros, que, finalmente, han vencido en la polémica, nos lo muestran de pagana belleza?

¿Qué pensar del retrato que de El ofrecen Tertuliano, San Clemente, Orígenes y San Agustín, todos acordes en mostrarlo desprovisto de belleza?

No queda otro camino que el de darse cada cual la imagen que prefiera, lo que está bien de concierto con lo que de El encontramos vivo a nuestro paso: unos resplandores intermitentes, cortados por impenetrable tiniebla y una larga estela de perplejidad.

No es necesario tampoco su retrato y hasta puede ser pernicioso.

Lo que conviene hacer es desnudar al hombre, despojarlo de su nimbo postizo y esforzarnos, cuando sintamos indispensable representar su figura, ya que tenemos el oriente de cosas tangibles, prestos a negar las invisibles, por concebirlo con la belleza singular de un rostro en el que no haya nada viviente, de un rostro en el que el vampirismo del Dios que se creía haya hecho desaparecer el agua como sobre una tierra seca.

Un alma de la que no tenemos aviso que se haya afectado jamás de la usada vecindad de la carne no ha debido tener como morada el gentil esplendor de Apolo, ni la miseranda vestimenta con que la demasiado humana conmiseración de la gente gusta verlo, en trance de agonía, la boca sumida, la mirada vagarosa, los miembros laxos, la sangre coagulada sobre la piel, como una bestia en un desangradero: ¡la imagen de la impotencia y de la desgracia!

Y ni qué hablar de esa diversión de dibujos, manchas fortuitas, pasteles, óleos, perfiles apenas esbozados y hasta disparates cubistas, en todas las medidas, telas y cartones con que se le intenta representar.

A veces nos lo muestran jovencito, pocho, lánguido y soñador; otras, con un rostro elegíaco sobresaliendo en fondo celeste; otras, seco y ansioso frente a los mercaderes, con ardorosos ojos de polemista, duros y penetradores.

Y así, con turbia barba o desbarbado, lánguido hasta lo espectral, vivo, inverosímil, moribundo, elusivo, muerto, venturo, resucitado, sangriento, extático, irónico, glacial y sin ningún color, todos diferentes y ninguno verdadero. Lo han representado sin busto, sorprendente, aparencial y exultante como la gloria, y de cuerpo entero, un cuerpo siempre macilento, enteco, desvencijado y enfermizo, con una faz en la que por veces aparecen dos ojos lustrosos como de mosaico

enclavados en una área azul, y otras dos ojos abisales cercados de recóndito negro.

Todos sus retratos tienen algo de inconcluso. Apenas si en ellos despuntan desperdicios de alma, reflejos de sustancia destrozada o dispersa.

El que murió de amor y de amor vivió en un mundo en el que las gentes prefieren morir de hambre o de indigestión, por estar acostumbradas a ello, ha debido tener la fisonomía para nosotros incomprensible que da entrada a la eternidad en el tiempo.

Pero tanto la imaginación de pintores y escultores y la fe de los que creen en imágenes no hechas por mano de hombre han escogido, entre todos, para imponerlo, ese retrato nimbado y seductor de El Pobre, que produce pena constatar cómo se ha hecho de decorativo en algunos altares e incontables alcobas, y de inofensivo y cómodo en las conciencias formalistas del chusmaje puritano.

Cualquiera que sea el rostro que le quiera dar la credulidad o incredulidad de los hombres, tan iconoclasta una como otra, muestra que sólo han comprendido el aspecto suyo que vale sanción o revela anécdota.

Que le cortéis el cabello o le adornéis de bigote, en el supuesto de que así lo exija la caprichosa representación individual que de la doctrina necesite alguien, Cristo, sus imágenes, sólo toma vida siendo ese trasunto de la prédica horrorizante de los hueros con sólo enunciarla, y ante la cual los cobardes se prosternan porque renuncia a la venganza, los bravos se corren porque desprecia el valor, los Gobiernos afectan desinteresarse, porque oculta a un revolucionario, y la Iglesia cierra los ojos, porque no quiere ver al hombre.

E S N A T U R A L

A modo de ladrón, sin anunciarse, después de su retiro en el desierto donde fué tentado, retiro que se ha convenido en hacer durar cuarenta días, tal como los de otros profetas del Antiguo Testamento, Jesús comienza a hablar a los hombres.

Sobre el sentido de lo que dijo, felizmente no hay unanimidad de opiniones. Y es probable que nunca la haya, porque los hombres estamos demasiado acostumbrados a vertiginosas inducciones sobre residuos de hechos.

Incesantemente discutiremos pretendiendo encontrar las relaciones que hay entre los distintos elementos de las intenciones del Cristo, e incesantemente renovaremos su vida en la colisión de nuestras interpretaciones. De entre éstas, vale la pena destacar la de los psiquiatras que, desde Strauss hasta Binet-Sanglé, con una impresionante falta de estado en comprender lo que dicen los Evangelios, parecen haberse puesto de acuerdo, nada menos que apoyados en el tembladeral de la medicina psicológica, para definirnos el temperamento y el espíritu de Jesús.

Y todo les sirve para ello, desde la dudosa historicidad

de muchos pasajes de los evangelistas, hasta las flagrantes contradicciones y obscuridad de sentido que en sus relatos hay.

La terminología científica es agotada: alucinaciones, dromomanía, megalomanía, hematidiosis, sitiofobia, epilepsia, paranoia, histeria, etc.

¿Es que los alienistas creen que un profeta puede tener sistema nervioso de economía corriente?

Es tontería exigir a un profeta garantías para el capricho y naturalización de lo fantástico.

El papel excepcional de Jesús en la liquidación apocalíptica de su época, en medio de un pueblo avezado a los éxtasis y habituado a proféticos anuncios, la conciencia del papel mesiánico que se creía llamado a representar impide, no sólo a Jesús sino a cualquiera, realizar ese tipo de hombre corriente y normal que, por otra parte, sospecho que nunca existió.

¿Cómo habría El de preferir, si en sus manos ello hubiese estado, una dicha mediocre a sufrimientos elevados?

¿Cómo habría de renunciar al imperioso llamado de la vocación, aún en el caso de que pudiese pensar en lo absurdo e irrealizable de su contenido? La misión de un volcán es arrojar fuego y lava por su cráter sin interrupciones de ninguna clase. Una pausa en esta función no le quita carácter de volcán; pero tanta mayor es su grandeza cuanto más continua y desaforadamente erupta el fuego de sus entrañas.

El volcán, dirán los señores alienistas, no es una cosa normal.

Pero es una cosa natural.

¿Qué es lo normal?

Puede que tan sólo la muerte y ni siquiera el acto de morir, porque no todos se presentan en el trance de la misma manera.

Además, lo que hay en la prédica de Jesús que pueda

evadirse a la comprensión común no es suficiente para considerarlo alienado, vesánico, ni siquiera iluso, como no lo fueron Alejandro, ni Colón, ni Napoleón, ni Vladimir Ilich.

Son claras las maneras de su proceder, lo mismo las invocaciones extraordinarias.

Jamás fué considerado, por los que lo conocieran, como loco, ni perseguido por la policía de Herodes en tal calidad.

¿Cómo es que ahora, con los escasos elementos de juicio de una ciencia vacilante y nueva, con los puchos históricos de que disponemos, se puede aventurar un diagnóstico de esa naturaleza?

Los momentos de éxtasis, las fantasmagorías apocalípticas, sus comunicaciones con Dios, tan frecuentes y característicos en profetas anteriores a El, en San Pablo y más tarde en muchos místicos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, podemos distinguirlos en sólo contadísimas excepciones, sobre las cuales los mismos evangelistas guardan recato, mostrándonos a Jesús solitario y en oración.

Verdad es que el escueto Marcos (II, 21) dice:

"Algunos de sus deudos que no creían en El, con estas noticias salieron para recogerle, porque decían que había perdido el juicio."

Pero ésta es sólo la opinión de deudos. En cambio, su madre, a quien Jesús dijera las terribles palabras conocidas con el objeto de cortar toda atadura que pudiese estorbar su misión, jamás le tildó de orate.

Es que los deudos, y algunos que no lo son (Juan, VIII, 48, "¿no decíamos nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado?") fácilmente oyen hablar de "cosas raras" y, aun sabiendo que la conversación de un hombre de genio no se diferencia en nada, para los vulgares, de cualquier otra charla, de vez en cuando entrevén que un relámpago alumbra profundidades insondables. Y se alarman unos, otros se indignan y ofenden, piensan los menos y hay quienes esperan que se les explique; pero la inmensa ma-

yoría no comprende nada, y entonces la palabra loco es cómoda solución.

Nietzsche y Ruskin cayeron bajo el dominio de los psicópatas al fin de sus vidas. En muchos nosocomios encontramos también asilados que se creen Dios o Napoleón (que de tanto estar de moda entre vesánicos está divinizándose entre cuerdos), fuera de lo cual son perfectamente lúcidos.

Jesús, solamente después de la revelación de Pedro, al fin de su vida, se dice Hijo de Dios, y no desaforadamente, sino con prudencia y mesura.

No era un místico del tipo que conocemos a través de historias y hagiografías, con alternos estados de postración e iluminación, perseguido por apariciones y alucinaciones. Todo lo contrario, sus razonamientos eran serenos, sus hechos fuertes y oportunos, seductor su juicio y su papel claro y permanentemente manifestado, aun en los comprometedores trances en que se jugaba la vida, sus evasivas ingeniosas y muy humanas sus perplejidades. Todo nos hace pensar en un hombre que de su contacto con Dios, de su continuo vivir en él, por él y para él, había hecho un objeto de vida superior que ofrecía como ejemplo a la humanidad que quería reformar.

Indudablemente Strauss y Binet-Sanglé y Georges Brandés son grandes sabios, pero no obsta para que nos alegremos de que recién hayan aparecido hace apenas un siglo y de que no sean muchos, entre los hombres, los émulos de Strauss, de Binet-Sanglé y de Georges Brandés, aunque en la obscuridad de muchas mentes se albergue el sueño de imitar o de substituir a Cristo. ¿Y esto era un Dios? no faltará que se digan muchas gentes que sólo conciben a la divinidad milagreando de continuo y torciendo todo inesperadamente. Sin duda se lo imaginan de oro y marfil o adiamantado, de lo cual no es poca la culpa de la Iglesia, que ha puesto al Pudoroso en altares variopintos, llenos de arrequives y ringo-

rrangos, y usado al Pobre para acumular riquezas y halagar el amor propio de algunos monstruos.

Pero de esta transformación del rabí galileo en el Cristo de iglesia hablaré en otra parte o callaré, porque nada tiene que ver con Jesús, ni con Cristo, ni con Dios lo relacionado con infinitos extravíos de la piedad, torcidas intenciones e intuitivas restauraciones.

La Iglesia ha montado una máquina extraordinaria de perfecto rodaje y de temible comando unificado en la infalibilidad papal.

En el corazón de esta máquina son devoradas las voluntades de millones de engranajes de toda categoría, enrolados a su progreso y prisioneros de una suma autoritaria.

Y como los guarismos pueden cambiar y no las relaciones entre ellos, que son inmutables, la Iglesia no tiene el menor reparo en devorarlos, para lo cual les da oculto en lo que los hace vivir lo que los puede matar.

Ritos, comuniones, instrucciones, prácticas, consejos, juicios, etc., son como esas bolillas de pan que se rellenan de veneno para arrojarlas a los ratones. Los ratones tragan el pan, y el veneno termina con ellos.

Siglos se empeñaron en no ver en El otra cosa que la "caritas" cristiana, como otros en ver en los griegos solamente el "logos" y la "civilitas" en los romanos, pues sucede que, bien o mal visto por los más próximos, la pereza intelectual de los que vienen después enchufa y se acomoda arraigando apenas sutiles derivaciones, cosa de no comprometer mucho una estabilidad lograda. Temerarios afanes arqueológicos y aventuradas inclinaciones proféticas llevan a los hombres a extraviarse en atajos de interpretación —y yo no me descarto— al extremo de desvirtuar con suma frecuencia el sentido de lo que hizo y de lo que dijo.

Aunque difícilmente pueda existir alguien que ponga

desprecio al considerarle, Jesús suele ser mirado con cierta irrespetuosidad por gentes que no comprenden que se pueda gastar una vida sin hacer el menor esfuerzo por descubrir a qué sexo pertenece, o sobre qué créditos de Banco gira.

El Creador nos deja sin dudas respecto a su masculinidad. Es Dios Padre. Todo lo existente tiene el signo de su virilidad, hasta este duro intermedio de dolor y de irresponsabilidad que es la vida de los hombres.

Pero Jesús no tiene, en este sentido, fuera de lo espiritual, poderes divinos. Es que el Ser Supremo traga, incansablemente, sucesivamente a los hombres para aumentar su valor económico. Y Jesús siguió ese camino de subordinación, sobre todo en lo físico; pero en vez de cuidarse de Dios queriéndolo sobornar neciamente, temeroso de castigo o de venganza, se fortaleció en su conciencia para adoptar una conducta que a los hombres les pareció divina.

A pesar de que entre los judíos era precoz la pubertad, condenada la esterilidad y permitido por los padres que los hijos tuviesen amantes a los dieciocho años, Jesús se aleja en absoluto de las mujeres, al extremo de que cuando fué visto por sus discípulos con Magdalena, "se asombraron de que estuviese con mujer". (Mat. V, 27) dice:

"Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: no cometerás adulterio. Yo os digo más: cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón".

Pronosticó que "en la resurrección los hombres no tendrán mujeres, ni las mujeres serán dadas en matrimonio a los hombres..."

Cuando sus discípulos le dijeron:

"—Si tal es la condición del hombre con la mujer, no tiene cuenta el casarse."

Jesús les respondió:

"—No todos son capaces de esta resolución, sino aquellos a quienes se les ha concedido de lo alto. Porque hay eunu-

cos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que fueron castrados por los hombres y eunucos que se castraron en cierta manera a sí mismos por amor del reino de los cielos.

"Aquél que pueda ser capaz de ello, séalo."

Apoyados en estas y parecidas citas de los Evangelios y en el hecho de que Jesús se abstuviese de conocer mujeres y sólo tuviese contadísimas en su séquito, a las que llama hermanas, y algunas ideas de automutilación sexual, que no tienen otro significado que el de un dique contra la lujuria y las múltiples perversiones que afligían a los judíos de entonces, hablan de onanismo, de homosexualismo, de fetichismo, de sodomía, etc., atribuyéndolo todo a Jesús, con escándalo e indignación de los creyentes, y, como es de suponerse, mucho mayor en los creyentes afligidos por esas mismas taras.

Hay que despojarse bien de las telarañas de la vista y despojarse de mucho necio prejuicio y darse cuenta de que Jesús no aconsejó el celibato, ni lo propuso como solución de nada.

Si todos sus discípulos fueron solteros, fué porque los que tenían compromisos de familia no lo seguían.

Jesús no quería ataduras ni con la vida ni con la muerte, y ninguna tan fuerte como las de los encadenados a los placeres sexuales que hacen tan muelle la vida, y las torturadoras preocupaciones de la muerte que la hacen híspida.

Cuando uno de los que había de seguirlo quiere ir a enterrar a un deudo muerto, le dice:

"—Deja a los muertos que entierren a los muertos."

Mientras algunos se olvidan de que Jesús era un hombre extraordinario, en el que, ya lo he dicho, hasta lo corriente debería ser cosa propia de su condición excepcional, otros se empeñan en ver en El a un dios al que no puede alcanzar ninguna de nuestras miserias, y otros aun se extrañan de que

no haya pasado por este mundo como un Zeus, lleno de pasiones amorosas y conquistas materiales, con lo cual no hacen más que porfiar en mitificarlo sin darse cuenta de ello.

Después de miles de generaciones en que lo sexual ha venido extendiéndose, desde la animalidad del simple coito hasta convertirlo todo, ¡todo!, en motivo de goce sensual, afinación paralela a la de la inteligencia, sin que a ella le reprochemos aprovecharse cada vez más de las cosas que en el mundo inteligible hay, ¿no es una enormidad llegar a la afirmación de que la esencia de lo divino es opuesta a lo sensual?

Personalmente, lo lamento, pero la verdad, aquí, está en el justo medio.

Jesús no ha debido ser, y quizá por su divinidad, ni un lascivo, ni un mutilado sexual, sino un hombre que fué absorbido por actividades menos primitivas que las sexuales.

En las divinidades griegas, en las nórdicas, en las hindúes, el río de la voluptuosidad sexual agranda y hace pingüe el poderío de los dioses, que consiste en reflejar lo sagrado, lo maravilloso y lo próspero de nuestras vidas.

Cuando algunos críticos, como Binet-Sanglé, achacan a Cristo los peores extravíos sensuales, con la pretensión de rebajarlo a la categoría de uno de esos degenerados que circulan en la sociedad contemporánea con la insolencia de tizones celestes e infernales al mismo tiempo, no hacen otra cosa que ponerlo a mayor misteriosa altura de los humanos, para los que saben leer.

Zeus con Danae, con Leda y aun con Ganimedes; Pan con Siringa, etc., eran elevados por los griegos a regiones simbólicas alejadas de la vulgaridad viciosa de los hombres, tanto como la maravilla de la flor en que remata el árbol lo está de las raíces que lo alimentan; pero lo extrahumano no era nada más que el espejismo de ver florecer muy alto y muy bellamente lo humano.

Nadie puede afirmar si Jesús recibió o no esa visita consoladora y graciosa que nos hace descansar de pensamiento, de ideal, de preocupaciones ultrahumanas y proporciona el reposo de la carne satisfecha y contenta.,

Nadie puede saber si no supo jamás de esa laxitud semejante a la de las digestiones que se siente en la satisfacción de la libido por cualquier conducto de cumplimiento o de exoneración sexual.

Que la ausencia de ello necesita ser reemplazada por algo, es cierto para un ser normal, pero Jesús era insólito.

Tenía discípulos y, por encima y dentro de su comunidad, veía a la de todos los hombres.

El sexo no ha de residir necesariamente en la brutal cópula de exclusiva función fisiológica, ni en la oprobiosa sodomía, ni en el epiceno homosexualismo, ni en la manifiesta timidez del placer producido por un olor, por un contacto, por una mirada, por un fetiche.

El sexo se perfecciona cuando se extiende, y los que consideramos únicos órganos llamados a manifestar el vigor sexual reducen su egoísta función en beneficio del todo.

Hay que distribuir por todo el físico los bienes del espíritu y darles calidad de alma a todos los divertículos del cuerpo para que por todos ellos ande el alma y se manifieste.

Y aunque el reino de Jesús no fué el de este mundo, no por su culpa sino por la de los hombres, no es sólo la carne lo que aquí alienta y crece, y el reino de Jesús, en consecuencia, tiene un principio aquí, entre nuestras flaquezas y para nuestras flaquezas, y quizá también su fin, en el continuo enriquecimiento de nuestras conciencias.

Y seguro que el dulce secreto de otro sólo tiene valor porque nos envuelve en éste como un nimbo, como un artificio que hace bella la realidad y menos dura la sinceridad.

Los que no crean en El deben sentir que esa mentira del reino de los cielos, además de un homenaje, es una confesión.

El Perplejo puso sus mayores deseos en aconsejar a cada cual que fuese tan artificial como realmente lo es. Y los hombres, que sabemos que la sinceridad no es sentadora, que es un artificio de mal gusto, y suele ser preferida para impresionar vulgarmente, nos esforzamos en mostrarnos tan sinceramente artificiales como lo somos por naturaleza.

HIC INCIPIT TRAGOEDIA

Después que Juan el Bautista lo vió y reconoció entre todos porque la paloma fué a posarse sobre El, luego de haberlo bautizado con el agua del Jordán, Jesús queda armado para iniciar su viaje de Cordero de Dios, hasta el sacrificio.

En estos tres años de su vida, durante los cuales se mezcló a los hombres de diversas razas sabiendo que eran capaces de matarle, pero también sabiendo que ello no dejaría de ser inútil, resignándose a sufrir el amor de muchos tontos y el trato presuntuoso de muchos sabios, unos y otros admirablemente dotados para la incomprensión, demuestra una paciencia de maestro que quisiese enseñar música a sordos o colores a ciegos de nacimiento.

Es verdad que ofrece la redención a la humanidad y que la humanidad le agradece de la misma manera que un niño agradece un juguete que ni siquiera osaba esperar.

Pero, al poco tiempo, la humanidad no sabe qué hacer con el juguete, pues se ha vuelto grande. Y aunque sigue mirándolo como a una tabla de salvación que se le haya

arrojado en medio del naufragio, es una tabla a la que los interesados pueden acogerse o no, y que, asidos a ella, hay que dejar de lado, resignándose a ignorarlas para siempre, muchas cosas tentadoras y hermosas puestas al alcance de nuestro servo arbitrio.

Satanás, que cuando tentó a Cristo había sido expulsado con estas palabras: "¡Vete, porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás y a El solo servirás!", debió haber estado espiando entre los matorrales vecinos del caudaloso Jordán, aquel momento en que Jesús se iniciaba por el camino que habría de llevarle a la Cruz, culpado de querer reformar al mundo.

Y cuando vió que el Mesías no se limitaba a decir que los ricos deberían despojarse de sus riquezas y que más convenía cegarse o cortarse las manos si los ojos o las manos iban tras los placeres de la carne, sino que inducía peligrosamente a los hombres a que lo hiciesen así en realidad, comprendió que le llevaba considerable ventaja en la lid.

Fué un día de primavera, que los historiadores nos cuentan es maravillosa en el valle, durante el mes de marzo. Altos los trigales, reverdecidas las copas de los árboles, perfumado el aire, fundiéndose las nieves en las montañas del Líbano y el río turbio y rumoroso por ello, formando sobraqueros y empapando la tierra hasta la médula.

Los planes que durante largo tiempo tuvo ocultos en el fondo de su corazón van a ser llevados a la práctica.

Tiene treinta años; se considera maduro para actuar; su voluntad de hierro se halla firmemente encauzada.

Es mucho lo que hay que reformar en el mundo, por lo que debe tener dudas de si reformando una sola parte, el mundo quedará mejor después. Pero a los reformadores, aunque sean dioses, les basta con que la cosa, una vez reformada, sea o parezca otra.

La tarea va a ser ardua, pues los hombres están dema-

siado comprometidos. Y aunque Jesús ve que se mueven en todas direcciones con indolente gracia y siguiendo fantasías caprichosas, como los miembros de un títere unidos a infinidad de invisibles hilos, es decir, que están esclavizados, va a ejercitar sobre ellos su tiranía, la más dulce, pero la más profunda que jamás haya conocido la historia.

Los pesca, doma, arrebaña, retuerce, socava, desarraiga y moldea a su antojo. Entre las clases más humildes, y de entre las más humildes en una de las más despreciadas por la sociedad de entonces, es donde Jesús encuentra a sus primeros discípulos, Juan y Andrés, pescadores de profesión, rústicos y curtidos por soles y aguas, con los miserables vestidos olientes a aceite de pescado y a resaca y, ¿por qué no?, desconformes con su situación social.

Es siempre entre descontentos del presente, entre hombres acostumbrados a no contar con otra fidelidad que la de la miseria que les sigue desde que nacen, donde prende mejor la simiente de promesas de felicidad futura.

El cristianismo, así nacido, no es, desde entonces, sino disconformidad con lo actual y deseo de retornar al mundo primitivo o al glorioso reino de los cielos, siempre considerados mejores por la heredada nostalgia o la profética inquietud humanas.

Jesús, hombre que guardaba un sueño tan grande que no dejaba sitio a ninguna añoranza, levanta el andamiaje de su anhelo prodigioso hacia el futuro, en pilastras de discípulos.

Mientras Satanás observaba la obra de su irreductible enemigo y colaborador, pertrechando paciencia y meditando sobre la necesidad de echar a perder la simiente que Jesús ponía en el corazón de los que se le acercaban, éste formó con los doce ese ámbito de caravana que creó anillos serpentinos a través del tiempo para rodear al orbe.

Andrés trae a su hermano Simón, el que luego ha de ser Pedro, diciéndole estas palabras:

"—Hemos hallado al Mesías".

Felipe se agrega al reducido núcleo y dice:

"—Hemos hallado a aquel de quien escribe Moisés en la Ley y los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret."

Y Natanael, a quien son dichas estas palabras, responde con ironía:

"—¿Puede salir cosa buena de Nazaret?"

Apenas cuatro hombres hacían cola a la estrella, la duda hincaba su garra. Rodeado de gente muy distinta de la que por su cultura o plano social parecería la más indicada para elevar las actividades del espíritu, tan caídas en aquella civilización, Jesús hace marchar su idea revolucionaria.

A nadie podría alarmar aquel reducido grupo de hombres jóvenes, humildes e incultos todos ellos, menos Jesús, pues todavía éste no había expuesto con claridad sus intenciones reformistas.

Pero había una irrefrenable voluntad tras éstas. Y aunque la idea y las intenciones no existan, y a veces estorben, basta la voluntad para que haya revolución.

Y en Jesús había una doble voluntad: la del martillo y la del yunque, la de la fuerza y la de la paciencia.

No sólo habrá revolución, sino tragedia.

El que habrá de decir (Luc. XII, 49): "Yo he venido a poner fuego en la tierra. ¿Y qué he de querer sino que arda?", y (Luc. XII, 51) "¿Pensáis que he venido a poner paz en la tierra? No, sino desunión; así os lo declaro", preparaba su ejército.

El otro gran insolvente anotaba en su memoria la primera singladura de la terrible navegación emprendida por el Justo sobre el mar sin fondo de la humanidad y comprobaba que hasta los malos pueden aprender a alimentarse exclusivamente de promesas.

Entre los discípulos de Jesús hubo de todo. Aunque pertenecían al pueblo y vivían del trabajo de sus manos y eran ignorantes todos ellos, se notaba la desigualdad de sus caracteres, porque ni el hambre ni el trabajo, ni la ignorancia igualan a nadie.

Evidentemente Jesús prefirió a los incultos y a los ingenuos. Y ello ha sido porque algo de común veía en ellos.

Lo podemos deducir de las íntimas relaciones que tuvo con todos, relaciones que nos hacen pensar en las de las hadas de la mitología nórdica con los tontos, tan abundantemente tratadas en el folklore de algunas lenguas germanas y sajonas.

En el hueco de las almas de los doce discípulos, que cada uno de ellos ofreció al Maestro como una cisterna, para que, previamente recubierta de cal, no se perdiese una sola gota de la doctrina que en ella volcaría desde que se pronunció el Sermón de la Montaña hasta el fin en la Cruz, caían sus parábolas y sus miradas, la brillante humedad de sus miradas y la perspectiva engañosa de sus parábolas, hasta colmarlos.

Pero en la cisterna de Judas Iscariote, que exudaba o que quizá fuese de mayor capacidad, quedó sitio suficiente para que el Diablo pusiese lo suyo.

Entre los demás, es fácil colegirlo, hubo quienes absorbieron toda la prédica del Maestro, lo esencial y lo superfluo, como las esponjas; hubo quienes le ofrecieron unas almas infundibuliformes para que lo que por un extremo entrase por el otro saliese tal cual había sido recibido; hubo quienes, a manera de colador, sólo pudieron retener heces; y, finalmente, quienes beldaron a la perfección el verbo de armoniosas y resplandecientes obscuridades, para que luego pudiese satisfacer el hambre de algunas almas sencillas, y asimismo, las impresionantes incertidumbres que hierven en el fondo de las almas eruditas, pues hay también, aunque ello

parezca increíble, erudición para las almas... Son los discípulos, cribas de Cristo, quienes saben que la fe en Dios hay que adquirirla en todas las cosas de la creación y no en las solas palabras que de Jesús se nos han trasmitido, porque esto sería semejante al estúpido trabajo de una abeja que libase en la miel y no en las flores.

SEDUCCION Y ESPANTO

La cronología nos conduce a Caná, donde la realización de unas bodas ofrece a Jesús la oportunidad de hacer su primer milagro registrado en los Evangelios canónicos.

Ha tiempo que María no ve a su hijo, el carpintero Ieshua.

El taller donde pasara su vida José está silencioso y las herramientas enmohecidas.

Las noticias que la madre debe haber recibido de su hijo no le permiten alimentar esperanzas de verlo de nuevo en casa.

Debe saber que esto no es posible, y, en consecuencia, no lo busca.

A más altos menesteres que el de cepillar tablas, el de cepillar almas, se ha dedicado enteramente.

Es en una fiesta carnal, en unas bodas a las que ha ido en compañía de algunos parientes, donde lo ve después de algún tiempo.

Entre los orientales era costumbre que las bodas dura-

sen varios días consagrados a abundantes comidas y copiosas libaciones.

Su madre le hace saber que la alegría de la fiesta menguaba porque el vino se había concluído.

Quien había venido al mundo para prometer más firmes alegrías que las perecederas de esta vida, hace tangible esa su capacidad a los circunstantes, halagándoles esta misma vida.

Transforma el agua fácil de las hidrias en cálido vino.

Claro está que es posible pensar en polvos de raíces colorantes y en sugestión capaz de producir ebriedad; pero pasemos por encima de estos entretenimientos y no hagamos suposiciones ni afirmaciones.

Si es el alma lo que viene a limpiar y a alegrar, conviene que su trabajo sea comenzado por su habitación, el cuerpo, que no es el básico maniquí del mal que la injusta idealidad ascética se empeñó en despreciar, sino Templo, como le llamara San Pablo. (Cor. Ia. III, 16):

"¿No sabéis vosotros que sois Templos de Dios y que el espíritu de Dios mora en vosotros? Pues si alguno profanase el Templo de Dios, perderle ha Dios a él. Porque el Templo de Dios que vosotros sois, santo es."

¿Por qué no habría de estar presente también en los fáciles regocijos de la vida mundana, de una manera extraordinaria, quien debería estarlo en las horas futuras de toda la humanidad y manifestarse en todas nuestras combinaciones como si fuese índice de nuestra solvencia, hasta en las de nuestro sueño, con lo que no podemos siquiera descansar en la inconsciencia sin su intervención? Aquel del cual desde niños nos hemos acostumbrado a oír cuentos maravillosos, con lo que luego no pudimos hacer andar al hombre sin El, daba la medida de su tamaño tratando a la humanidad como a niña golosa a la que hay que entretener mientras se le instruye (axioma luego de la cordial pedagogía horaciana). Desde entonces fué, para los que recién se iniciaban en El,

como un despejado cielo que deja ver el esplendor florido de sus astros tentadores; pero más tarde los mismos se daban cuenta de que esos astros alumbran desde una helada, obscura, insondable profundidad.

De las dos maneras se revela la triste grandeza del que posee tanta verdad; dándonos satisfacciones e ilusiones (el vino para la fiesta, la multiplicación de los panes, el sosiego de la tempestad) y mostrándose cargado de revelación, de inspiración y de pronóstico (el Sermón de la Montaña, el reino de los cielos, las palabras a Nicodemo y en la Ultima Cena), donde las pulsaciones de su vida parecen llegar de más allá de las remotas regiones cósmicas.

Estas intermitencias de su expansividad, a menudo repreguntante, y de su taciturno recogimiento, con frecuencia parabolizador, no obstan la gran seguridad y la gran confianza que en sí mismo tenía.

Esto se verá más tarde, porque todavía es un hombre que no ha hecho discursos y que aprisiona una intención desmesurada para cualquier otro.

Al revés de todos los jóvenes, que generalmente hablan más de lo que tienen que decir, las palabras que Jesús dijo en los comienzos de su vida pública no alcanzan a expresar lo que pensaba.

No buscaba una verdad, estaba seguro de que la tenía, lo que le dió firmeza y poderío sobre los demás.

Lo que El buscaba era la manera de darle sentido para nosotros, cosa que a veces creyó encontrar siendo dulce, a veces terrorífico y otras elusivo.

Después de brindarles vino en las bodas, Jesús se dirigió a Cafarnaúm con la madre, parientes y discípulos, donde residió algunos días para marchar más tarde a Jerusalén, pues estaba cercana la Pascua de los judíos.

San Juan (II, 14) nos refiere de esta manera lo que pasó en el atrio del Templo:

"Encontrando en el Templo gentes que vendían bueyes,

ovejas y palomas, y cambistas sentados en sus mesas; habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó a todos del Templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y hasta a los que vendían palomas les dijo: Quitad eso de ahí y no queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico".

No era para merecer menos castigo la algazara de los que van a vender o a comprar en el atrio de la casa donde toda puja tiene, de fuerza, que parecer más vil de lo que de por sí es, y donde los toma y daca sobre bienes materiales pueden hacer que los hombres descuiden los toma y daca sobre cosas que tocan al alma: "El que no está conmigo, está contra mí", y (Marc. XXVI, 16): "El que creyese y se bautizase se salvará; pero el que no creyese será condenado." Ya no es la cordial pedagogía que recién vimos la que Cristo emplea, sino otra más viril: te pego porque te amo.

Pocos accidentes hay en la vida de Jesús dignos del estrépito narrativo como éste.

Imagino el escándalo de los que todavía no creían en El, o no lo conocían, y estaban habituados al espectáculo de los traficantes en el atrio del Templo. Pensad que actualmente alguien hiciese levantar en el centro de Nueva York un edificio más alto que el Building y colocase a sus entradas leyendas que dijesen: "Nadie lo usa". "No se construyó con dinero de ningún amillonarado filántropo". Y sobre todo ello, que ese edificio fuese interminable.

Bien desde abajo debe echar las bases de la ciencia de la educación aquel que habiendo encontrado altas tierras se compromete a enseñarlas a los demás y sabe que mantenerse en ellas es cosa que nadie puede hacer por sus exclusivos medios.

L A   S E R P I E N T E

En un pasaje de los Evangelios vemos a Jesús negar consejo y apoyo a un hombre. Esto sucede en la noche en que el fariseo Nicodemo, príncipe de los sacerdotes, doctor de la ley, hombre de cultura, llega a Jesús con el ánimo de comprenderle.

Bien estaba que los humildes e ignorantes que lo siguieran no supiesen de ciertas razones ni inquiriesen sobre ciertas prohibiciones. Ellos llegaban a la fe por la vía de la sugestión que el Maestro ejercía con su palabra cargada de misterio.

Todo el hospedaje que las almas sencillas ofrecían era ocupado por ella, que se instalaba y adueñaba de todo.

Los otros, los razonadores, los sabios, los que hacen de la controversia un virtuosismo, un juego inacabable, en el que el pensar se devora a sí mismo, para alimentarse, miman dentro de sí, sin darse cuenta de ello, a un extraño huésped, la desconfianza, que piensan puede defender de embauques, pero que termina corroyendo como un ácido.

Un profeta, entonces, que no puede contar con otra cosa

que con el misterio de sus palabras y el relámpago de sus anuncios para explicarse, siempre avivará al extraño huésped que albergan los razonadores, gentes en su mayoría, por otra parte, incapaces de percibir que mucho antes de perder la fe ya no la tienen, y que con anterioridad a volver a ella, ya estaban cogidos en sus redes.

¿Qué puede hacer un profeta contra ellos o por ellos?

Callar.

Jesús no opinó jamás sobre las personalidades de su tiempo. No sabemos de un juicio suyo sobre el César, sobre el Gran Sacerdote, sobre Herodes, ni sobre ningún etnarca.

El sólo se ocupaba de hombres.

Sería cosa demasiado ridícula si lo concibiéramos escribiendo o enseñando ciencia con nuestra quebradiza lógica o dilatando las velas de su discurso, para navegar en el mar común de las almas asombradas.

El Hijo del Verbo no tenía nada que ver con la claridad de la Letra.

Si hubiese escrito, su literatura hoy nos parecería una demostración terrible de la incapacidad literaria de los demás, pues, en sus frases no habría dejado entrar nada que no hubiese pasado previamente por su corazón, cosa que no hay escritor en el mundo que haya logrado, ni los que escribieron la mayor parte de sus cosas con los ojos interiores de su doble vista.

En un pasaje del Evangelio de San Juan aparece escribiendo sobre la arena no sabemos qué volátiles ideogramas,

Cuando esto hacía, buscaba una de esas afirmaciones con las cuales eludía sus compromisos con la ley, al mismo tiempo que ahondaba los compromisos de los hombres para con su doctrina. Buscaba perdonar a una adúltera cogida in fraganti.

La palabra escrita de un profeta puede servir a los que tienen la manía de descifrar enigmas, de revelar arcanos o de clarificar sombras, a través de los cuales, a menudo, el

profeta se convierte en un motivo, como cualquier otro, para dar lucimiento al ingenio, cuando no a la capciosidad.

Frente a la palabra de Jesús, a Nicodemo se le caen las cortezas silogísticas, en el uso de las cuales era experto, porque hablaba un lenguaje totalmente distinto al suyo.

En él, no sucedía como con otros, que se conformaban fulminantemente a las alternativas de su doctrina, conducidos por un instinto adiestrado en salvar los obstáculos de la lógica.

Nicodemo era un intelectual, como lo son muchos hombres, cosa no permitida a la casi totalidad de las mujeres (v. gr., la Samaritana), es decir, que se interesaba por las cosas del espíritu y creía ir más allá de sus andurriales. Esta pretensión y este esfuerzo, ya de por sí espiritualizan, aunque tal espiritualización no sea empleada, por lo corriente, más que en aspirar a esa porquería que todo hombre verdaderamente hombre acoge con indiferencia debido a la cantidad de renunciamiento que exige: ser feliz.

Los persuadidos o convencidos por Cristo ven fluir de los hechos o de las palabras del Mesías una rica multiplicidad de vida interior, sobrepasando al logos, una confluencia de toda la historia con su diversidad de culturas, preñez de problemas y ensueños escatológicos simbolizantes de la especie humana.

Por El hacían una especie de fuga pánica de esta tierra de sufrimientos, se evadían espiritualmente y refugiaban en el descanso del sueño, que Jesús administraba con la misma tranquilidad con que un médico inyecta morfina.

Planteada así su divinidad en la mejora y consuelo de los humanos, era, y es, tan inútil rebelarse contra ella, como rebelarse contra las variaciones atmosféricas.

Era Jesús un sembrador de soledad, que con el grano de su palabra hacía que cada cual entrase dentro de sí y cerrase las puertas cautelosamente, para que ningún ruido exterior se colase a perturbar el sueño.

Y, recogidos, sabiendo de antemano que han de ser franqueadas las puertas del cielo, los hombres se dejaban conducir fácilmente y aceptaban todas las prohibiciones que El ordenaba, sin preocuparse de ellas, porque siempre fué tan poco lo que les estuvo permitido...

Conquistando a algunos de entre los que habían sufrido el mordisco ponzoñoso de la sabiduría y de la razón y a muchos de los que tenían ojos y oídos cerrados a lo que no fuese su imperiosa tiranía, Jesús se encamina cada vez con mayor celeridad hacia su fin terreno.

Ya desde que comienza su proselitismo puede decirse a los que no le aman, que estarán obligados a admirarlo; a los que lo echan, que no podrán pasar mucho tiempo sin él.

Puede ir desenvolviendo ante los atónitos ojos de judíos y gentiles ese mensaje que lleva dentro de sí y que lo hace distinto de todos los hombres, moderado e inmoderado al mismo tiempo: "Modicum etiam non videbitis me, et iterum modicum et videbitis me."

Frente a Nicodemo, Jesús recuerda un pasaje del Antiguo Testamento (Num. XXI, 9), donde se dice que Moisés recibió orden del Señor de hacer una serpiente de bronce para que, puesta en lo alto como señal, quienquiera que fuese mordido y la mirase, viviese.

"Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es menester que el Hijo del Hombre sea levantado, para que el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna."

Pasarán tres años y la culebra terrestre será levantada hasta los pavorosos maderos cruzados en lo alto del Gólgota, para sanar, no las enfermedades del cuerpo, a pesar de que ellas son también un desacuerdo entre el hombre y Dios, y, por lo tanto, muchas curó, sino para que, en lo sucesivo, los que pusieran los ojos en El sintiesen que la salud es contagiosa...

Para conseguirlo no tuvo más que dejar sus ropas colgadas de los cuatro clavos del trágico madero, en la melancó-

lica monstruosidad del paisaje del Calvario, como un índice de luz que camina delante del mundo.

Allí están todavía, y en estado de que nos las pongamos; allí están ahondando más el profundo hiato abierto entre la tierra y el cielo, el hiato a la cima del cual, desde que la serpiente volara, nadie se atreve a bajar en busca de las esperanzas muertas.

Y aunque un ecóico rumor sale todavía de las puertas de la casa de Cristo, lanzando al espacio la letra de los Evangelios, mientras dentro se figura paródicamente la vida del rabí, hasta los ciegos pueden ver cómo el sentido se ha diluído en música sensual y en perfume mundano, en medio de los cuales la redención es tráfico, la resurrección parece insurrección, y la ascensión, un vuelo de faisán.

Eso fué ya profetizado por Jesús, cuando inmediatamente después de sumir a Nicodemo en la reserva, dejándole el consuelo de la duda, la infalibilidad pasiva de la duda, frente a la activa perplejidad de sus certezas, abre a la luz las ventanas del alma de la Samaritana, junto al Pozo de Jacob, en un límpido diálogo, a la hora sexta:

"—Ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre, sino en cualquier lugar."

¡Profecía! Sí, y creamos que todo debe ser profecía, por lo menos todo lo que pretenda ser importante debe ser orientado y alentado en ese sentido, como lo pide San Pablo, (Cor. I, XIV, 5 y 39) y (Hechos II, 17).

Y es por ello, aun corriendo riesgo de herejía, que muchos tienen fe en el gran aliento pneumático de la Tercera Persona que debe bajar algún día para aventar la polilla de las conciencias y mostrarnos la nueva piel que vestirá la Serpiente Inmortal, una piel que nos permitirá comprender algo de la singular posición bíblica del ofidio, porque hasta ahora nada sacamos en limpio cuando vemos que algunos lo elogian sin simpatías y otros lo temen sin convicción.

EL TAUMATURGO

Una explicable tradición seguida con enroderada fidelidad por cuantos se han ocupado de Jesús hace que, cuando no los consideren exclusivamente como tales, se tarden más en los milagros que en su vida hiciera en lo físico de los hombres, curaciones de afiebrados, de tullidos, de ciegos, de sordos, de mudos, de leprosos y en las tres presuntas resurrecciones que no por casualidad acaecieron en tres jóvenes.

Curaciones de esta suerte, más o menos dudosas, existen documentadas por antiguos historiadores de la época y casi siempre revestían carácter mágico. Sus fundamentos eran imprecaciones, sahumerios, conjeturas con incensarios, insalivaciones y otros procederes empíricos que la ignorancia de los hombres de todos los días y la impotencia científica, apoyadas la una en la otra, han contribuído a que persistieran.

Jesús también empleó estos métodos curativos, y entre ellos las insalivaciones, como sucede con aquel ciego que le presentaron en Betsaida Julias, a quien mojó los ojos con su saliva, y al preguntarle si veía, recibió esta respuesta:

"—Veo andar los hombres y me parecen árboles."

Si las enfermedades, como lo entendía el mundo judío, y ahora suele decirse por muchos, quizá por demasiados, no son otra cosa que una suciedad que proviene del desacuerdo con Dios, la muerte no debe ser otra cosa que la suprema suciedad, la enfermedad definitiva y definitoria.

Y los hombres, desesperados, buscan salvarse de las enfermedades y de la muerte en la divinidad, como si fuese posible la existencia de algún ser sano. Además de que si lo hubiera no se ocuparía de los enfermos y les huiría, bastándole con ser ejemplo, la vida no es otra cosa que una especie de suerte contradictoria de la higiene.

En tiempos de Jesús, cuando algún leproso penetraba en una casa o se aproximaba a una persona, las leyes lo obligaban a anunciarse gritando: ¡Impuro! Pero cuando un criminal, un crápula o un degenerado era quien lo hacía, no tenía que anunciarse de tal manera, aunque los males del alma sean tanto o más contagiosos que los del cuerpo.

Y como los supuestos sanos del cuerpo, los supuestos sanos del alma tampoco se ocupan de la salud de los demás siempre amenazada.

¿Esa capacidad de Jesús para oxear los males del alma y sanar los otros procedía de su divinidad, es decir, de que era sano de alma (santo) y sano de cuerpo?

No se puede saber; lo que sí se sabe es que las gentes admiran mucho más esos milagros palpables que tienen apariencias de violaciones, olvidados de que todo vivir es un perpetuo milagro, tanto que, cuando ven contrariar los hábitos constantes de la naturaleza, que llamamos leyes y confundimos con verdades, se asombran y gritan: ¡Milagro!

Ya cuando cura con su sola palabra, desde lejos, al siervo del centurión romano, como cuando en las calles de Naím, el hijo que su madre lleva camino del cementerio, es levantado del féretro ("¡Mancebo, yo te lo mando, levántate!"), Jesús da satisfacción a la necesidad de maravilloso que tiene todo

hombre. Acaso sabía que los hombres iban a medir lo que El tenía de divino, no en proporción (hay que ser honestos) sino en razón de los milagros.

Y el milagro no es otra cosa que una de estas leyes de la naturaleza salida de su normalidad arbitrariamente, tan arbitrariamente como es producida, mediante una fuerza superior y desconocida.

Mas, multiplíquese el milagro, hágase hecho constante y se tendrá una nueva ley natural...

El propio Jesús testimonia la posibilidad de hacer milagros sin intervención divina, cuando dice (Marc. XIII, 22): "Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, los cuales harán milagros y prodigios."

La admirable indiferencia de la naturaleza no es comprendida por los que creen en "sus leyes", pues no perciben que las leyes son hechas por los hombres y no por la naturaleza. Mas, tampoco es comprendida por los que no creen en esas leyes, pues estos incrédulos con respecto a "las leyes de la naturaleza", no son otra cosa que hombres que esperan la ocasión de creer. Sólo sucede que para ellos la materia muestra más pudor y se oculta más tiempo en su alcoba de virgen.

Al realizar cualquiera de sus taumaturgias, Jesús no es teatral: lo hace con suma sencillez y con su acostumbrada sobriedad de palabra. No parece que las ofreciera como garantía y evidencia de su divinidad, que es, precisamente, como las toma el hombre en la opacidad personal en la que cada cual se halla circunscrito y proscrito...

Cristo sabía que la única manera de que las gentes admitan lo inconcebible es presentándolo con la tranquilidad y la simplicidad con que se ofrecen las cosas evidentes en sí.

"Jesús recorría toda Galilea predicando el reino y curando toda enfermedad en el pueblo. Su fama se extendió por toda la Siria, y le presentaron todos los que padecían alguna enfermedad y diversos achaques e indisposiciones,

y los poseídos del demonio..., y los paralíticos, y los curó a todos."

En tres oportunidades, los milagros del rabí no son obra de amor a los hombres, sino actos de repudio y azote: cuando castiga a los mercaderes, cuando maldice a la higuera y cuando pronostica la ruina de Cafarnaúm.

Si ha dejado, además, mucha lepra sin curar, mucho tullido sin caminar, mucha maldad irremediable, mucho cadáver definitivo y mucho vivo que continúe exhalando en vida el hedor de la muerte, lo ha hecho también en calidad de milagro, pues es necesario que la naturaleza tenga lágrimas, que llore en lo feo.

Las intervenciones y aun las omisiones de Cristo en la humanidad han sido hechas para que nos conozcamos a nosotros mismos.

Comprendiéndolo, de la manera como deben ser comprendidas todas las cosas, como un punto de relación que sirve para ser posible el contacto con el universo, lo sentimos en el fondo de nuestras tinieblas, que consuela, alumbra, alarma y amenaza como la mecha encendida de una mina subterránea.

Y como la mina nunca estalla, El no se nos aparece con claridad, no nos habla, y hasta es inútil tratar de recordarlo. Sólo se revela cuando coincide. Estos, también, son milagros, livianos milagros de músico o de filósofo, que, como los de Orfeo y Sócrates, entretienen a las fieras que pululan en el fondo de la conciencia y nos pueden arrebatar el ser quien somos, si antes no hemos sabido pensar cómo no somos.

La tarde misma del día que comenzó a enseñar por memedio de parábolas, como si ello sólo no bastase para encandilar a los que le seguían, Jesús, tal que si se tratase nada más que del entretenimiento de un niño aburrido y travieso que hubiese encontrado resquicios por donde colarse en los secretos de la naturaleza y se complaciese en sacarle a luz

las entrañas y el revés, se entrega a la realización de una serie de milagros.

El primero de ellos fué en el Tiberíades, mar interior, donde frecuentemente se desencadenaban terribles temporales.

Navegaba en una jábega con sus apóstoles, cuando conminó a la serenidad al bravo mar alborotado que infundía espanto en el corazón de sus discípulos:

"—¡Cállate, sosiégate!".

El prodigio fué hecho de inmediato.

¿Qué prodigio?

El de aquietar a aquellos débiles corazones próximos a naufragar en el temor de la muerte.

El huracán del miedo fué el adormecido por Jesús y las olas y los vientos furiosos que se enloquecían dentro del alma de los timoratos fueron los verdaderamente domeñados y recogidos como un sayo en sus manos.

Y también las olas y los vientos naturales, porque, ¿cómo no ha de someter a las fuerzas materiales de la tierra el que ejerce tan amplio dominio sobre las más complejas del espíritu?

El que caminó sobre las olas y tuvo sumisa bajo sus pies la dilatación de las mareas y almacenados en su mirada los vientos, como si los hubiese retraído a la fuente original, no hacía otra cosa que prepararse para poder brizar con su palabra a la humanidad.

Los hombres que vieron a Cristo adueñarse de los elementos deben haberle temido más que a ellos, sobre todo a aquella mirada capaz de agotar el movimiento, que sometía la elasticidad del abismo y humillaba el soplo del espacio.

No veían que allí no había desde ya otra cosa sometida y humillada que sus propios corazones, timorata pulpa, flébil hollejo.

El pulso de la insondable fuente donde la luna empolla

sus humores para que se nutran con ellos la unión y la disolución, se aumentó bajo la palabra semejante a la de la madre que hace dormir al niño.

A los pocos momentos de haber desembarcado, dos endemoniados, locos, llegan donde El, vociferantes, desnudos, paróxicos, y dicen:

"—¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús? Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo."

Solamente un loco puede pensar que haya un tiempo para pensar que El aparezca, y otro loco apareciese antes de la hora.

El don más grande de Jesús es, precisamente, la oportunidad. Está tan en tiempo siempre, que parece estuviese fuera de él, en una región sin hoy, ni ayer, ni mañana. Por eso nadie podía, como El, hablar de después, mientras el hoy era resolución suspendida.

Cuando requiere el nombre de uno de aquellos frenéticos recibe esta respuesta:

"—Mi nombre es legión, porque somos muchos."

Acaso todos. Cristo no podía ignorar con cuánta injusticia y desigualdad están repartidos en el mundo el frenesí y la vehemencia.

Hoy día, con únicamente contemplar a sus solícitos, podría apreciar el pasmo con que tantos le ignoran y la furia con que tantos le adivinan.

A su pedido, la locura de aquellos desgraciados fué a parar a las entrañas de una piara de cerdos que andaban por los alrededores obscuramente entregados a engordar para los hombres.

Con los porqueros de estos cerdos, que tienen que haber sido paganos, porque es inexplicable que judíos cuidasen un animal repudiado y maldecido, y no sólo por ellos sino además por hindúes, fenicios, etíopes, egipcios y árabes, Jesús se muestra bien hombre de su raza, metiendo en las bes-

tias inmundas a los demonios que había erradicado de las entrañas de los orates.

"—¡Andad!", les dijo el rabí, y los cerdos, enloquecidos con el demonio dentro, se precipitaron a la mar por los despeñaderos.

San Mateo (VIII, 32) dice:

"Los porqueros echaron a huir; y llegados a la ciudad lo contaron todo y en particular lo de los endemoniados. Al punto toda la ciudad salió en busca de Jesús; y al verle le suplicó que se retirase de su país."

Aparte de la sensatez de los habitantes de esos parajes que veían un mal en ser desposeídos de los cerdos y de su posible rica progenie, y de añadidura con dos cuerdos de más, yo no creo que todas las furiosas bestias hayan ido a perecer en las aguas.

Ved si no pareciese que hubieran procreado por todas partes, a juzgar cómo están los tiempos de impregnados por el porcino espíritu de aquella piara madrastra.

Siguen, por entonces, en abundancia los milagros de Jesús, y ello inútilmente, pues los milagros son grandes estorbos para creer en otras verdades.

Si Cristo no hubiese hecho un solo milagro, sería más difícil dudar de su divinidad. Multiplicándolos, nada substancial agregó a su doctrina que no fuese resistencia para ser absolutamente aceptada.

Si suponemos por un instante que Kant o Napoleón también los hubiesen hecho, no podríamos leer la Moral Práctica o la Campaña de Italia sin sonreír.

Basta que una mujer con fe palpe la fimbria de su manto, para sanar de sus males; expulsa a las plañideras de la casa donde estaba muerta la hija de Jairo, sacerdote de la Sinagoga de Cafarnaúm, y la vuelve a la vida; abre los ojos para la luz a dos ciegos que se lo solicitan, etc.

La filantropía de Cristo era algo turbulenta y, ¿por qué no decirlo?, a menudo nefasta.

Tuvo que alejarse de su patria, porque era insuperable la cantidad de milagros que hubiera tenido que hacer para dejar a todos algo conformes y porque no estaba bien que Ieshua, el artesano (Marc. VI, 3) "hijo de María, hermano de Santiago y de José, y de Judas y de Simón", anduviese haciendo caminar muertos, desatando lenguas, rigiendo vientos y olas, multiplicando panes, espantando demonios y alumbrando pupilas, desde que no había nacido para taumaturgo sino para carpintero...

¡Ah, los sanos, que no tienen el sentido de las enfermedades, y no quieren vigilancias ni previsiones y cuando se les acerca el único que puede ocuparse de los que "están bien", el Gran Vigía de los con salud, no lo reciben, porque ellos "no tienen males"!

L A   S A M A R I T A N A

En camino de Judea a Galilea, al atravesar Samaria, Jesús y su comitiva se detienen junto a un pozo, el de Jacob, que pestañea en las pedregosas desolladuras del desierto.

Los Evangelios nos dicen que sus discípulos, todos, van a buscar alimentos a un pueblo vecino, abandonando al rabí.

Es primavera; hay algunos pájaros; el sol de mediodía brilla esplendoroso.

En aquella soledad, el amor de Jesús debe haber aromado balsámicamente como una rosa eterna, inundando el desierto, para refrescar por sí solo las formas inflamadas de algunas almas invisibles, nómadas y solitarias como la suya.

Fué al poco rato de estar allí que aconteció su encuentro con una mujer, una samaritana, con la que entra en conversación y confianza.

Jesús sabía hacer de cada encuentro un suceso, y no tenía necesidad de arrastrarse para ver en ciertos abismos.

Contrarió la orgullosa costumbre de los judíos, que por altivez de raza menospreciaban a los samarios, y tendió su

red tentadora con la taciturna cautela y el súbito juego que le caracterizaban.

Debe haberse iniciado esta conversación de muy distinta manera a la como nosotros iniciamos trato con las mujeres, aunque la complicidad del agua, de la primavera y del pájaro fuese la misma.

Nosotros las colgamos por algún tiempo de nuestro brazo, y, cuando la vida sigue, nos sabemos desprender de ellas oportunamente como para que la nostalgia se nos haga fragante.

Nuestra infatigable vigilancia de cazadores solamente ventea presas pasajeras. Nos conformamos con simples latidos de cosas.

Pero El estaba allí, había quedado sólo allí, para colgar a aquella mujer de una enseña más alta que su brazo mortal.

Y, con una diminuta llave, "dame de beber", se puso a abrir el ventanal que en el fondo de toda alma da a la mar sombría de la eternidad.

La Samaritana, que tenía cántaro y cordel con que hacerlo, extrajo agua fresca del hondo pozo, inclinada, sin ufanía amorosa, la estampa de su infiesto cuerpo sobre el agua.

Debe haber sido en circunstancias semejantes cuando Betsabé mostró a David, que la espiaba, las palomas de su seno.

En este instante, la carne de Cristo, que no debería trabajar jamás quimeras ni amoríos, hizo pardo eclipse y se crucificó voluntariamente para que el alma pudiese dar cara a la doctrina.

Entonces, la mano única capaz de guiarnos por las irreales crujías de una salvación consoladora, la mano dueña de infalible instinto para acertar con la herida, ayudó a empinar a aquella figura terrestre sobre las piedras del brocal del pozo, para que en el agua que dormía en su fondo pudiese figurarse el cielo, su enmienda de cielo.

Es así como hay que mostrarlo a los que viven acurru-

cados en las madrigueras de la ignorancia, donde atisba el pecado en señor, pues el de los meditabundos, el cielo que viene después de pensar, El sabía mostrarlo a cada cual dentro de sí mismo.

"—Bien has respondido, diciendo: no tengo marido. Cinco has tenido ya y el sexto con quien ahora vives no es el tuyo."

¿Quién es el que ha podido penetrar así en mis secretos?, pensaría la Samaritana. ¿Quién es este rabí que sabe tanto y parece que estuviese solo cuando habla?

Es el que lleva por los desiertos un inagotable manantial y anda detrás de los que tienen sed; es el que en las ciudades encuentra al viajero que quiere ver la luz de las estrellas y no puede hacerlo porque las ciudades están demasiado iluminadas; es el que siempre tropieza con algún hambriento y le ofrece un pan que no ha probado todavía. "Yo tengo otro manjar para comer, que vosotros no conocéis."

Y los hombres siguen muriendo de sed junto a los manantiales, y no porque no sepan para qué sirven los manantiales, sino porque no saben para qué sirve la sed.

Y los hombres siguen prefiriendo las luces de abajo, a las que tiemblan en la noche inmensa sin poderla disipar nunca, a la de arriba, a la luz de la obscuridad encendida, y no porque tengan poca necesidad de luz, sino porque entonces, ¿qué uso podrían hacer de sus ojos?

Y los hombres gustan de ese pan porque es novedoso, porque tiene sabor desconocido a sus paladares, porque no saben saciar su hambrunado deseo, y no porque sea el pan lo único capaz de saciar el hambre, sino porque del fuego de sus gargantas es de lo que tan sólo disponen para consumirlo.

Pasada la plática con la Samaritana, donde vióse que quien pedía agua quitó la sed y que la que El tenía no era sed hecha de sequedades y sí la sed que lleva dentro al manantial, y que la que el agua dió quedó sedienta acaso, los

discípulos vuelven donde Jesús, junto al pozo, como las piedras a la honda, después de una curva de medio olvido.

Así pasa durante todas las andanzas de Jesús en los Evangelios; así desde hace dos mil años sobre toda la tierra, en la que pueden verse zahondadas las huellas de sus calcañares.

La Samaritana fué a perderse, hecha otra, al rumor de su colmena vulgar, y nosotros, los que tenemos sed, los que queremos luz, los que padecemos hambre, por esa irreal avenida que El trazara, vamos y venimos, aparecidos y desaparecidos, impulsados por una ráfaga de gloria, es verdad, pero constatando que sólo podemos ser ricos en flojedad y en hipocresía.

En este ir y venir, aparecer y desaparecer, en esta sucesión de muertes y renacimientos, la vida nos enseña a sentir la misma complacencia pura de las hojas caducas cuando la primavera anuncia la renovación.

A El, entretanto, como cuando se fué la samaritana, como cuando se fueron sus discípulos, como cuando más tarde el Padre lo abandona en la Cruz, como cuando nos vamos todos, le está vedada otra cosa que la de sentir que sigue solo, porque si bien en el mundo hay todavía primavera, agua y pájaro, usamos de sus connivencias para otra cosa que para quitarnos la sed, el hambre y las tinieblas.

Comprobación de que las maravillas de la naturaleza, mujer, primavera, agua o pájaro, han sido puestas a nuestro alcance para que las almas puedan aparecer mañana, ante el Sumo Hacedor, convictas de oquedad.

LAS BIENAVENTURANZAS

No es posible averiguar ni el lugar ni la época en que Jesús se dirige a sus discípulos para exponerles las bienaventuranzas.

El primero no lo consigna ninguno de los evangelistas; les basta con decirnos que fué en una montaña; la segunda Mateo la ubica al comienzo de su vida pública y otros la identifican con la primera Pascua.

A nosotros no deben importarnos mucho ni lugar ni época, sino lo que se dijere y lo que se entendiere.

Mientras Mateo nos dice (VI, 12) que fué desde la cumbre del monte desde donde habló, Lucas (VI, 12) lo hace predicar en la llanura, luego de descender de la montaña.

En el primer evangelista el sermón consta de ciento veinte versículos, y en el tercero solamente de veintinueve.

Marcos ignora totalmente el sermón, a pesar de ser la ley básica de la fe cristiana, como la legislación del Sinaí lo es de la fe judía.

De la misma manera, otras cuestiones y delicadezas, sobre si habló de pie o sentado, y presuntas refundiciones y

dispersiones del mismo tema en diversos pasajes de los relatos evangélicos y escritos de la misma época o anterior, son problemas que no tienen por qué tener cabida en el plan de este libro, que no está escrito con intenciones detectivescas.

Como prólogo de la primera oportunidad escogida por Jesús para extenderse sobre su doctrina moral y tratar de difundirla, Mateo trae una serie de ocho bienaventuranzas, mientras sólo trae cuatro Lucas, a las que agrega cuatro maldiciones correspondientes que no constan en Mateo. Cada una de estas bienaventuranzas se divide en dos partes, la primera de las cuales indica una obligación, o simplemente una cualidad, y la segunda instituye una recompensa futura terrena o ultraterrena.

Veamos:

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos."

Lucas dice, simplemente: "Bienaventurados los pobres."

Pero Jesús ha dicho de las dos maneras.

Cuando estaba en el llano "Bienaventurados los pobres", y no para dar a menos gente el disfrute del reino de los cielos, que Jesús es incapaz de inútiles crueldades, sino porque casi todos los que lo rodeaban en la llanura eran indigentes, aunque pocos de grado y voluntad, y podían ver cuan livianos estaban para cruzar las puertas de la muerte.

Poco después subió a la cima de la montaña, desde donde se ven más cosas que desde el ramblazo, y su lengua se movió con más soltura.

Observó que cuando dijo "Bienaventurados los pobres", habían entendido "malhayan los ricos" y que había otros aun mas necesitados que los pobres y mas abundantes que ellos, los pobres de espíritu, necesitados de su palabra.

Los ricos, servidores de sus bienes, incapaces de desposesión y que viven esclavos de sus riquezas, no cuentan en su bienaventuranza; están poseídos por las riquezas que tie-

nen; pero hay muchos que se dejan poseer por las que no tienen...

Estos pobres tampoco deben conocer el reino de los cielos, porque el temor de no llegar es una carga tan insoportable como el miedo de perder.

La visita de la santa pobreza debe dejar al cuerpo y al espíritu libres.

De nada sirve la pobreza si el alma se impacienta y aflige porque otros tienen, y si en la funda del corazón se alberga de tal modo la alegría de la esperanza de tener, que no quede sitio para más.

Gentes que creen que es a las riquezas que tienen o a que aspiran a las que hay que pedir permiso para toda cosa, hacen que otros amores o consideraciones sufran fluctuaciones semejantes a las de los valores bursátiles, y se forjan un existir como éstos, de muestras sin sustancia.

Para ellos fué dicho (Marc. VI, 24 y Luc. XVI, 13): "No podéis servir a Dios y a las riquezas".

"Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra."

¡La tierra para los apacibles! ¿Es que sólo ellos podrán hacerla conquista eterna y no de un día?

Aunque la mansedumbre no sea encogimiento, ni debilidad, ni defecto, la mansedumbre es el campo mas apropiado para toda desfiguración.

En ningún terreno prende mejor la adoración a muñecas como Isis y a fantasmas como la Libertad. Es el sueño de un surco propicio a cualquier germinación.

¡La tierra para los apacibles! Dádsela y ahina los veréis venir fuertes, orgullosos, soberbios, con el premio. Quitádsela y los veréis desesperados, porque no pueden comprender que toda posesión es rehén.

¡La tierra para los apacibles!, para los que no saben reclamar nada, lo cual no quiere decir que el coeficiente de sus necesidades sea menor que el de los otros hombres, sino que

la resignación, repugnante cualidad, tiene esclavizadas sus conciencias.

Cristo sabía que todo hombre debe tener un modo de servirlo, y es a éstos, que son plomo y lodo, a los que enrola en la baja posesión de la tierra.

El no era manso sino amable y cortés. Son necesarios gran fortaleza y valor, y no cobardía y mansedumbre, para soportar el suplicio que se le infligió. Con menos astucia que Mahoma, y sin la seguridad de que fuese a resucitar, hubiera podido esquivar fácilmente la crucifixión.

Un manso jamás ocupará la atención de los siglos como El; con un manso no hay hombre que se resigne a compartir la derrota y el éxito, mientras que con El vemos que lo hace gran cohorte, gustosamente.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

El único que puede secar cualquier clase de lágrimas, incluso las de cocodrilo, es El.

El pañuelo de la consolación de Cristo se extiende como un cielo estrellado sobre el alma de los afligidos sinceramente para enjugar sus dolores; pero cuando a la aflicción se mezcla la esperanza de ver afligidos a los otros, porque mal de muchos puede sentirse menos, o no es más que el dolor de ver felices a los demás, la hipócrita actividad que finge lágrimas es aliviada también; pero, ¡cuidado!, que el tormento que en ellos provoca Cristo, cuando a El se vuelven, es mucho peor que el que podría acarrear el Diablo, que tiene el oficio de atormentador de los humanos.

La aflicción de Judas después de traicionar y devolver los treinta dineros manchados de sangre, arrepentido de su acto, fué consolada con un lazo al cuello, para que la frente aciaga bajase hasta los feroces labios abiertos a escuchar la bronquedad de la muerte.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados."

San Lucas (VI, 21) dice solamente: "Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados".

El hambre de justicia es, indudablemente, más difícil de aplacar que la otra; está muy extendida por sobre toda la tierra y los hombres están muy estrechamente unidos por ella, como las losas de un pavimento sobre el que pasa triunfante el carro de la arbitrariedad.

Cristo quiso que nadie se sacie de ella, y prometió a estos hambrientos un pan de justicia que pueda alimentar una eternidad. Los que economizan justicia, y los que economizan hambre en esta tierra, yerran si piensan así dejar al mar detrás de ellos, porque no se puede hacer provisión de justicia ni de hambre para más allá.

Además, siendo el cielo inmanente justicia y permanente apetito, el valor económico de ambos es nulo en manos que no sean las del propio Dios.

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia."

La ley del Talión.

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios."

Para la más difícil de las virtudes, la más magnífica de las promesas.

Los castos, los inocentes, los que tienen el gusano del escrúpulo en el corazón, y se apartan del mal, disfrutarán en el otro mundo de una conciencia que sea espejo donde sólo Dios se vea.

Para que esa prometida visión no deslumbre ni enceguezca, es necesario empezar a acostumbrarse a verlo aquí, dentro nuestro, y en todas las obras de la tierra, las que llamamos buenas y las que juzgamos malas.

Quienes así lo hagan son los mejor preparados para llegar a la hora suprema, con natural intolerancia de la Nada, porque la sabiduría de físicos y metafísicos, que en última ins-

tancia sólo son expertos en ésta, habrá resbalado sobre sus almas.

"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios."

Salvo que la bienaventuranza se refiera a los pacificadores, a los componedores de paz, a quienes tan mal va en esta tierra, corresponde decir todo lo que llevo dicho sobre los mansos. Y, además, el pacífico siempre tiene algo de veleta esperando un viento, sea del lado que sea...

Esto no debe ser un defecto, y Dios sabe cuánta es la ternura que hay en los corazones tornadizos, y que las gentes bien dotadas para olvidar están invariablemente inclinadas a sentimientos puros y grandes.

"Bienaventurados seréis cuando por causa mía os maldijeren y persiguieren, y dijeren con mentira todo mal de vosotros. Alegraos y regocijaos entonces, porque grande será vuestra recompensa en los cielos, porque así persiguieron a los profetas que antes hubo que vosotros."

Quiere Jesús que seamos comedidos en su defensa, y nos alegremos con fortaleza y paciencia cuando se nos haga víctimas a causa de ello.

Con el ejemplo, El nos da la dirección de la Cruz, pero también nos da infinitud de caminos para llegar a ella.

Y llegamos, no hay excepción, pues la dirección dada, además de obligatoria, es inexcusable, y la negra noche de nuestra vida, incapaz de ser disuelta en la visibilidad, está inevitablemente anudada por el ombligo a la conmoción crucial.

LA DOCTRINA DE JESUS

A pesar de que dondequiera Jesús ha hecho o dicho algo hay indicios muchas veces vehementes de su doctrina moral, es de la lectura del llamado Sermón en la Montaña de donde surge con mayor evidencia el cuerpo de su prédica, pues allí están reunidos todos los signos por los cuales lo conocemos, y son los mismos que, esparcidos, hacen reconocibles a los verdaderos cristianos. Los que lo buscan en las iglesias, católica, luterana, ortodoxa, etc., no hallan de El otra cosa que un fetiche sin vida, una muestra caprichosa. Estas quieren hacer doctrina de algo intrasmisible, de algo incapaz de plegarse a escuela cualquiera, de algo que no puede aplicarse a uso metódico. Todo intento de aparejar lo desemejante que hay en Cristo conduce a burdas mezcolanzas de misterios vitales y desesperados raciocinios.

La Iglesia, todas las iglesias cristianas, no son más que una ordenación común, una traducción en fórmula de la más rica y especial experiencia personal que hombre alguno haya hecho jamás.

Desde los comienzos del Sermón nos da una visión del hombre, honda y simbólica (Mat V, 13 y s.):

"Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Y para nada sirve ya sino para ser arrojada y pisada de las gentes."

La sal ha sido siempre algo así como la expresión de la gracia y de la incorruptibilidad, aunque también suele serlo de la esterilidad, pues cuando se arroja en un campo lo torna infecundo.

En el Levítico (II, 13) se aconseja que todas las ofrendas sean hechas con sal, como indicación de la pureza y de la simplicidad de las intenciones con que son hechas.

Jesús, llamando al hombre sal de la tierra, lo define como el ser viviente encargado de la conservación y sazonamiento de lo que en ella hay.

Los latinos decían "insulso" (plato sin sal). Y la expresión "sapere" (sápido) es la que origina nuestro "sabio".

Realmente, muchos hombres han estado siempre en ser sápidos, con más o menos éxito, y los insulsos para nada han contado nunca en el mundo, ni siquiera para ganar el cielo, para lo cual hay tanta ayuda y tolerancia...

Vemos así hombres que son buenos para la sociedad establecida, y no lo son para el cristianismo; y otros aún, que son malos para la sociedad y buenos para el cristianismo; y otros aún, malos para la sociedad, peores para el cristianismo, y los mejores entre todos para Cristo.

Son éstos la sal más sal del mundo, sal fecunda que molesta con su cortés virilidad al paladar mistificado de la sociedad, perturba con su arisca actividad diastásica la tranquilidad de la Iglesia.

Pero no sólo son la sal de la tierra los hombres, sino también "la luz del mundo".

Es en tal condición que muchos hay como soles portentosos y bien centrados, mientras otros apenas si tienen luz para sí.

Estarán estos últimos envueltos en una eterna obscuridad, y, en consecuencia, a nada podrán sacar de ella; pero los otros, por mucho que hayan iluminado por sí mismos, otro tanto hay que dejan en sombra o penumbra.

Puestos los hombres en su lugar, Jesús consideró útil mostrar el suyo, que no es el de Hijo de Dios, hasta más tarde, cuando la arrebatada admiración de Pedro se lo hace sentir, sino el de un adoctrinador, el de un moralista y el de un profeta.

"No penséis que yo he venido a destruir la ley y los profetas."

El pertinaz revolucionario, condenado por sus jueces y rechazado como iluso por los mismos que hoy le adoran (con lo que no dejan de seguir creyendo utópica su doctrina), se pone en guardia, porque no conviene que el que es más grande que sus jueces y que la posteridad, muestre de pronto su desmesurado tamaño, y sea inoportuno en sus planes reformadores.

"Hay que ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas" (Mat. X 16), aconsejará más tarde a sus discípulos, pero antes lo practica El, porque sabe bien que los hombres son "lobos", cuando no burros, a los que, sin embargo, hay que considerar hermanos que pueden arrodillarse ante Dios y abstener su hambre de carne o reprimir su voluntad de coces, con lo que valdrán más que el cordero y la paloma inocentes.

Para toda esa humanidad conservadora y moral (envidiemos a las flores que no son morales), de entonces y de ahora, para la sociedad asentada en intereses y en convenciones, para el Estado, aquel vagabundo, amigo de astrosos y lacerados, de publicanos y de mujeres perdidas (pero encontrables), aquel perdonador, fué mucho más peligroso, que por ser tal, por haberse ido mostrando con disimulo y gradación políticos.

Más adelante, cuando dice:

"—Porque yo os digo que si vuestra justicia no es más

llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos", expone un principio general sobre la amplitud de la justicia, alude a la pequeñez de las intenciones de esos jueces más apegados a la letra de la ley que a los derechos humanos, con lo cual, tal como sucede actualmente, se sigue queriendo evitar la delincuencia sin ni por asomo lograrlo, pues todas las penalidades no tienen otro carácter que el de venganzas, a pesar de los continuos progresos y distingos que se han venido haciendo desde la ley del Talión hasta el presente, en que muchos criminales caen bajo el dominio de la psicopatología, y no de la justicia, aunque muchas veces la psicopatología tome los caracteres de una injusticia.

Jesús tiene un interés superlativo cuando afirma rotundamente que no debemos juzgar, y que es necesario renunciar a la venganza y al castigo.

"No juzguéis si no queréis ser juzgados", y, "¿con qué cara te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?".

Sabía de la endeblez de nuestros juicios, de lo fácilmente que cae en el error la inteligencia humana y que, juzgar a los hombres es juzgar la idea que se tiene de los hombres.

El juez que condena sin haber experimentado en sí mismo la condena, deshonra la vida, la falsea, mide con una medida lo que le es extraño; no sabe lo que hace.

Solamente el que se mezcla a la vida sabe qué es ella, y no el que tiene de oficio el juzgar.

Nada menos humano que una profesión y un oficio, aun la profesión de virtuoso y el oficio de pecador.

¿Quién es el que tiene derecho a señalar el destino de los otros?

Frente a lo propuesto por Jesús, nosotros nos preguntamos: ¿y el mantenimiento del orden?

¿Es que acaso la ley lo consigue? No. El orden que padecemos se mantiene por la voluntad de los hombres que

hacen mayoría, y se ponen de acuerdo para esclavizarse; y no es orden sino ordenamiento; y cuando sienten que oprime demasiado, creen liberarse cambiándolo por otro, por otra esclavitud.

Además, hay tantos órdenes, que en nombre de cualquiera de ellos podemos juzgar desorden a otro.

Si aquellos a quienes llamamos hoy delincuentes fuesen mayoría y fuerza, impondrían su orden y su moral quizá con no menor ferocidad e intransigencia que como lo hacen los actuales defensores del orden y de la moral.

El temor a la ley y el temor a Dios consiguen ordenar y moralizar hasta cierto punto a los hombres; pero del miedo a las posibles sanciones divinas, y del que infunde la obscuridad legislativa con que el Estado y Dios quieren hacernos buenos, no sé cuál de los dos es peor, hablando con estricta moralidad. Si la maldad se halla tan difundida entre los hombres, al extremo de que el Diablo se encuentra con exceso de ofertas, y compra baratísimo, y no tropieza con otro inconveniente para sus negocios que la flojedad de las almas que tiene que enrolar, se debe, en gran parte, a la religión y al Estado.

Y si hay todavía bien en el mundo, se debe a la conciencia de los hombres.

Cualquiera de las dos justicias, la divina y la humana (y no olvido que hay todavía una justicia lacayuna que participa de las dos), que llega a lograr un bueno con sus métodos, es para que la sociedad se dé cuenta inmediatamente de que lo que ha conseguido es un ser enormemente perjudicial para su organización.

Claro está que deben exceptuarse los buenos que sean buenos relativos, buenos de acuerdo con la sociedad en que viven o con el dios en que creen.

Y sabemos que la raza y la sociedad, el Estado y la religión no se ocupan más que de sí mismos cuando legislan, con

lo que la virtud del hombre varía según donde viva, de dónde proceda, cómo actúe y en quién crea.

Como el reino de los cielos está en nosotros mismos, y Dios es sólo espíritu, según lo entenderá en la doctrina de Jesús quien lo sepa leer, éste se esforzó en darnos completa libertad de acción, y en hacer que conformásemos a nuestra conciencia nuestros actos. Se sigue que no hay otro remedio de llegar a la perfección que enriqueciéndola.

Sólo habiendo alcanzado un alto grado de conciencia es posible entrar a comprender y practicar lo que Jesús dijo, cuando, a cambio del "ojo por ojo y diente por diente", propuso: "no hagáis resistencia al agravio; antes, si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra", y "al que te pide dale y no tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo".

Con ello quiso poner por encima del amor propio, el amor del prójimo, y dejar sentada la inverosimilitud de todo orgullo y la precariedad de toda ofensa.

A continuación, contra el "Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo", dice más: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, llorad por los que os persiguen y calumnian", y agrega: "Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener?".

¿Y quién puede practicar esto en un mundo regulado por egoísmos e intereses subalternos?

Pero, es que hay un premio para quién así proceda, podrá decírseme... ¿Premio?

Es indudable que Cristo no pensó en la posibilidad de que hubiese hombres que hasta se abstuviesen de hacer bien, porque le repugnaba venderlo, y aun hombres que, al hacer mal, temiesen no ser castigados suficientemente, pues, ¿no basta sincero arrepentimiento, un solo punto de contrición para salvarse?

En la parábola del Buen Samaritano se empeña en hacer ver que no es prójimo solamente el hermano, el familiar,

el de la misma raza o el de la misma religión, sino todo hombre, libre o esclavo, creyente o ateo, blanco o negro.

Para Jesús, todos somos miembros de una gran comunidad.

Nuestra familia es el mundo, y tenemos el deber de ser sociables.

Ha visto que ésta es la única manera de exterminar el odio, porque el corazón humano es cosa difícil de ser colmada por cualquier pasión, excepto por el odio, cuando se le da oportunidad para ello; pero demostrada la inutilidad del odio por el que sabe desarmarlo con el amor, se volatiliza, siendo también quizá la única pasión que no deje rencor de vil escoria del fuego terrible que antes fué.

Para que el amor se extienda, debemos desembarazarnos de nuestra familia, atadura egoísta, y saber hallar en cada hombre un hermano, y en toda mujer nuestra madre.

Para Cristo, que pareció duro con la suya, insensible para con su familia y severo para con sus amigos, todo hombre era hijo de la misma matriz.

Y fué por haberse desligado de los hombres que le nació un puro amor a ellos.

Otro postulado fundamental de la doctrina de Cristo es que debemos desembarazarnos de teatralidad y de histrionismo.

"Guardaos bien de hacer vuestras buenas obras en presencia de los hombres, con el fin de que os vean. Y así, cuando das limosna, no queráis publicarla a son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y en las calles, a fin de ser honrados de los hombres."

La ostentación es evidentemente odiosa y signo de vanidad. Desnudos, nuestros actos resplandecerán de por sí; y no debemos acometer ninguna empresa para que resplandezca sino por ella misma.

Solamente debe alborotarse cuando es mercadería y un mostrador lo que se tiene por delante.

No hay duda de que el buen proceder es mercadería, y tiene su precio en esta noche comercial en que culmina la civilización contemporánea, donde la impertinente justicia humana tasa en oro, junto a un solar de terreno, a una dosis de laxante y a una fanega de trigo, una pierna, un dedo, un insulto y una oración, y todo ello muy cristianamente...

Es que a fuerza de mil circunstancias que importan otros tantos falseamientos nos hemos acostumbrado a ver en el cristianismo una religión de sentido común. Aparte de que verla así debería ser realmente de sentido común, la verdad es que ya no sabemos lo que quiere decir "sentido común", expresión que tomamos en sentido nada común para aplicarla en circunstancias en que lo común persiste, pero el sentido es sacrificado.

Atendiendo a esta deformación, hay gentes que, al decir de Jesús, "Cuando des limosna, que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta", entienden que no debe hacerse el bien a dos manos, y sin contar los que en el fondo de sus corazones envidian a los mancos, que creen cumplir no ya con su religión, sino hasta con Dios conteniéndose de dar limosna, hay los que la ocultan hasta a los ojos de su Dios, pues no debe ostentarse la caridad...

Mas, aunque la caridad quede oculta, Cristo dijo: "Tu Padre, que ve lo oculto, te recompensará", y esto basta a los hombres para que se hundan, dejando conformes a sus fáciles conciencias, en el comercio usurario de la piedad, y en las tahurerías de la misericordia.

También enseña Jesús que de la misma manera que hacemos un fondo común de los bienes espirituales, lo hagamos de los materiales.

Pero el temor a futuras necesidades lleva al hombre a atesorar, y todo el que atesora lo hace, inevitablemente, en perjuicio del prójimo.

De aquí su enseñanza de que no nos inquietemos por la

comida: "Os digo que no os acongojéis de qué comer para vuestra vida, o por vestidos para vuestro cuerpo", y nos remite a las aves del cielo "que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros", y a los lirios del campo "que no labran, ni hilan".

El pueblo, que suele tener singulares aciertos en sus refranes, emplea frecuentemente uno que dice: Dios aprieta, pero no ahorca.

Se refiere con él a las angustiosas situaciones por que pasa el imprevisor o desafortunado.

Y es verdad. Los que creen que ahorca, andan acongojados por el día de mañana contra lo que quiso Cristo, que predicó:

"El día de mañana hartos cuidados traerá de por sí", y se preocupan de aumentar y preservar sus bienes materiales, perdiendo el bien mayor del propio afán de cada día, que hace útil, amena, continuada y siempre novedosa la vida.

Los que creen que Dios ahorca, desatendiendo el vivir, parecen preocuparse de la muerte y atesoran de miedo a ella, con lo que terminan en ver sus corazones donde sus tesoros, sin comprender que no hay más tesoro que el del corazón.

El que posee tesoros no posee más que tesoros.

Solamente el que posee la pobreza es dueño de todo.

Y el que es dueño de sí y, además, se desembaraza de su familia y vive solo, tiene la compañía de Dios.

Fué dicho por Jesús:

"No podéis servir a Dios y a las riquezas."

El problema que a los hombres queda planteado en vista de resolución, dado que puedan salvar los inconvenientes de la rupestre dureza de sus corazones, y aceptar la comunidad de bienes materiales, es el engorroso de la distribución.

Yo creo que, cualquiera sea el sistema de distribución que gradualmente vayan tratando de establecer a medida que adelanten en el logro de la extinción de las fortunas personales, ha de ser menos salvaje y desconsiderado que los que actualmente se practican en las diversas sociedades.

Es tremendo, casi insuperable, el mal de nuestras organizaciones en lo que se refiere a la distribución de bienes.

Y eso que todavía no hemos llegado, pero en camino de ello vamos, a arancelarlo todo, hasta las opiniones y los prejuicios, con lo que la moral se asentará exclusivamente sobre el haber.

Entonces veremos a gentes afirmar la superioridad de la prostitución sobre el comercio en rosas, porque da más ganancia, y entre un perjurio y una lealtad a inclinarse hacia el lado donde los beneficios materiales sean mayores, sin necesidad de ahogar consideraciones sentimentales oportunamente ausentadas de la conciencia...

Desde ya podemos ver la diferencia con que son tratados un banquero y un poeta, un país fuerte y un país débil, un terrateniente y un mendigo, un industrial y un estudioso. El Estado es el que, naturalmente, siempre aventaja al individuo en el desdén de lo noble y de lo justo...

Con un sistema de distribución que no dejase reunir dinero a los hombres, las precauciones a veces absorbentes del mañana desaparecerán y con ellas el temor a las necesidades y el miedo a la muerte que viene a sus rastras, pues consideraríamos a ésta como a un inevitable accidente natural.

Viviríamos entonces como si fuésemos inmortales, no pensando siquiera que podríamos vivir otra vida. No nos torturaríamos por la tácita crueldad del tiempo que pasa.

La imaginación de otra vida no ha tenido otro objeto que la consolación de los débiles y el deseo de contener sus flojedades por miedo del temor a una sanción.

Fijémonos bien que cuando Cristo habla de otra vida lo hace figurativamente, y siempre a manera de estímulo para que reformemos ésta.

El sabía que hablaba a hombres de cortas entendederas y debía de ser práctico, y a veces compulsivo.

Del mismo modo que nos dijo que el reino de los cielos

está dentro nuestro, y los que le oyeron y creyeron en su próxima realización se lo representaron con los vivos colores de un sueño humano, de una tangible realidad, nos habla de la resurrección de la carne.

Sí, la carne resucita. La vida es una permanente resurrección; no nos aflijamos por la muerte, que es un imposible ideal desde el punto de vista de la conducta social del hombre, en la que se basa toda la ética de Cristo.

Todos los días mueren aves "que no siembran, ni siegan", y flores "que no labran, ni hilan", y nadie duda de la eternidad de la ornitología ni de la floricultura.

Es de esta inmortalidad de la que habla Cristo, de la de la especie humana, no de la del individuo.

Recordemos que Jesús nunca vió al hombre, sino a los hombres; nunca distinguió al individuo, ni a Judas.

Por ello fué perdonador, indiferente o despreciativo para con el individuo aislado, para con el hombre, del que se preocupó severamente como integrante de una gran comunidad, como hijo de un Padre.

Nunca significó nada para El una muerte, ni una supuesta resurrección, ni la suya.

Los que conocen algo de estas verdades, apenas si pueden vivir en un mundo absolutamente gobernado en contra de ellas, un mundo del que se ha adueñado Barrabás, la astucia, el egoísmo; Barrabás, que cuando estuvo a punto de ser crucificado no alcanzaba a verse más que a sí mismo, mientras Cristo veía a la humanidad; un mundo donde, por muchas que sean las actitudes de rectitud personal, se ahogan en el clamor parejo, regimentado, obligatorio y legal del error, para desesperación de Cristo, mientras esté hecha por torcidos la mayoría.

"Antorcha de tu cuerpo son tus ojos —dice el mismo Sermón—. Si tu ojo fuese sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado, mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará obscurecido." (Mat. VI, 22.)

Enseña a ver bien, cosa tan difícil y causa de todas las controversias y distingos.

El miró siempre a los ojos de las gentes buscando las almas, y ha debido coleccionarlos y agruparlos cuidadosamente en su memoria, para obtener esa ciencia del conocimiento del hombre en la que era insuperable.

Quizá haya olvidado un poco el resto, pero no mucho, no al extremo que lo entendieron los hombres que inventaron la manera de seguir a Cristo despreciando el cuerpo.

El no derogó ninguno de los derechos del cuerpo, sólo puso vallas de la magnitud acorde al abuso que en aquellos tiempos hacían los hombres de él, con evidente menosprecio del espíritu.

En la hora de su agonía es probable que a fuerza de haber pasado su vida mirando ojos, almas, no haya visto más que ojos en torno suyo, ojos separados de todo, una selva de pupilas de toda clase en torno a la vértebra de madera en que se apagaron las suyas. Pupilas encendidas, lujuriosas, nictálopes, débiles, amorosamente intrigadas, inocentes, perversas, somnolientas, muertas, aguanosas y hasta simplemente curiosas.

Esto fué lo último que en el mundo vió el primero de los hombres del mundo. Quien quiera continuar su obra, tarea sobrehumana, ha de hacerlo buscando las almas en los ojos de los hombres, que es lo único que todavía no han aprendido a falsear del todo.

¡Ah!, si también hubiese sabido ver las almas en las sonrisas, como lo hace el Diablo, quizá no hubiese quedado nada secreto para El en la historia humana.

Toda esa diversidad de almas que existía en su época, y que se ha venido multiplicando, ha buscado y busca en la doctrina de Cristo lo que quería, y encontrado lo que necesitaba, por lo cual todas las épocas se han sentido defraudadas.

Esta es la mayor injusticia que se ha cometido con El.

Pero si El tiene razón, los hombres también.

El ofreció a la humanidad lo que necesitaba para su futuro, y las necesidades de cada época están en lo que hieren y contrarían de ella.

En aquella en que se olvida y desprecia la razón, El aparece finamente razonador; en la que descuida la imaginación, El parece sueño; en otra que abandona y relega la filosofía, El es una enseñanza para usar el entendimiento; y en tiempos en que las crisis económicas y guerreras hacen hervir el odio en los corazones, El es la tentación de dar un abrazo al prójimo.

"Cualquiera que escucha estas mis instrucciones —finaliza el discurso en la montaña— y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que funda su casa sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco que fabrica su casa sobre arena."

Hasta ahora han habido de los dos, y ha habido quienes han construído su casa sobre piedra en parte, y en parte sobre arena.

Hay quienes no creen que Dios es algo soñado con tal fuerza, por tanta cantidad de gente, que, a pesar de estar hecho con sustancia de imaginación, adquiere contornos reales, sale de lo esquemático y es proyectado imprudentemente en medio de la vida común, de lo cual nos damos cuenta al ver que ni se adapta a nuestra vigilia ni se solidariza con nuestra somnolencia.

Estos, leyendo en los Evangelios la doctrina de Cristo, yerran, inflan de abstruso énfasis la humanidad de Jesús y se dan a adorar a un Dios a la orden del cual hay que ponerse, al que deben remitirse para todo, en sus fundamentos muy pocos y formalmente los más.

Parece que los creyentes se hubiesen propuesto tapar las ventanas de su casa por donde deben entrar la luz y las rea-

lidades del exterior, pintando un paisaje en ella, un paisaje maravilloso que luego toman por real.

Y ese Dios que crean se hace propietario de ellos, y lo obedecen sin preguntar mucho qué es lo que manda hacer ni qué es lo que obliga a omitir.

Se conforman con que les haga probar sus transitados caminos, y de vez en cuando alguna novedad, no muchas.

Los mantiene en el juego de la espera hasta las puertas mismas de la muerte, a las que siempre llega tarde para salvarlos.

Y como saben que ese Dios, identificado en Jesús, hasta para sí mismo llegó tarde, no se preocupan mucho y lo dejan que mezcle a sus vidas monstruosa consolación.

La doctrina de Jesús lo separa de los fariseos, porque en ella la ley es entendida de otra manera; lo separa de los saduceos, porque tiene el reino de los cielos y la inmortalidad del alma de por medio; lo aleja de Moisés, porque Jesús perdonó lo que el otro castigaba, aunque acentuó las prohibiciones.

Moisés prohibe el adulterio, Jesús, hasta el deseo impuro; Moisés castiga el perjurio, Jesús prohibe el juramento; Moisés basa el derecho en el Talión, Jesús lo disuelve en el perdón; Moisés ordena sanciones, Jesús predica la caridad; Moisés desprecia al pecador, Jesús lo rehabilita; Moisés tolera y legisla la esclavitud, Jesús predica la hermandad; Moisés aconseja cultivar los bienes privados, Jesús sólo tolera la comunidad de bienes; Moisés ata moral y materialmente al hombre con leyes, Jesús predica la libertad moral; Moisés defiende a los de su raza, Jesús hace hombres; Moisés enseña a ordenar castas, Jesús educa al pueblo; Moisés vigila atentamente la excepción, Jesús impone celosamente la universalidad.

JESUS FRENTE A LA LEY

En la ciudad de Betsaida existía una famosa piscina donde la fe de algunos y la duda de otros iban a buscar milagros. Los primeros perseguían el remedio para sus dolencias físicas, cosa que sabemos puede lograrse por distintos medios, pues para los males del cuerpo hay muchos caminos de curación. Los segundos iban para aliviar su incredulidad. De entre éstos, unos lo conseguían sin saberlo, dormido dentro suyo el principio de la fe; otros no hacían más que alimentar sus dudas.

Y parece que la fe, porque un acto de fe puede crear una realidad allí donde no hay otra cosa que un miraje, o la piscina, o el ángel que en ella tomaba sus abluciones, en ciertas oportunidades los hacían.

Dice el Evangelio de San Juan (V, 4) que "...un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y se agitaba el agua. Y el primero que después de movida el agua entraba a la piscina quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese".

La difusión de esta noticia congregaba multitud de des-

graciados en torno del agua, esperando el misterioso movimiento de la linfa para arrojarse en ella. Un sábado, Jesús vió a un paralítico que se lamentaba de no poder entrar a tiempo en la piscina milagrosa y, sin embargo, persistía, acechando con terca fe y paciencia su oportunidad.

Jesús se compadeció del enfermo:

"—¿Quieres curarte?" —le dijo.

"—Señor, no tengo una persona que me meta en la piscina, así que el agua está agitada; por lo cual, mientras yo voy, ya otro ha bajado antes."

"—Levántate, coge tu camilla y anda."

Jesús substituyó a las aguas de la piscina y al Angel del Señor que las movía. Esto suponiendo que no contásemos para nada la intensidad del "querer curarse" de aquel hombre.

Pero era día de sábado, y los observadores de la ley judía, respetuosos de tal sagrado, vieron de mala gana lo que conceptuaban una violación del rabí.

Toda actividad en este día era sacrílega. Los sábados, las ciudades judías parecían dormir, tenían algo de bestial sopor digestivo o de felina acechanza.

En otra oportunidad, al entrar en Galilea, atravesó un campo de trigo con sus discípulos.

Estos cogieron algunas espigas, las desgranaron y comieron sus granos.

Pero también era sábado, por lo cual los doctores de la ley dijeron a Jesús:

"—Mira cómo tus discípulos hacen lo que no es permitido en día de sábado."

Poco tiempo después, Jesús vuelve a violar el sagrado de ese día, curando a una enferma que tenía la mano derecha atrofiada por la parálisis.

Esta vez Jesús fué resueltamente ostensible, preparando la escena con el objeto de confundir más a sus obcecados enemigos.

"—Levántate y estate de pie, ahí en medio" —dijo a la enferma.

Esta obedeció. Entonces el rabí, con su característica compostura controversial, dijo a los oyentes:

—"¿Es lícito en día sábado hacer bien o mal, salvar la vida o perderla? ¿Qué hombre habrá entre vosotros que tenga una oveja y si ésta cae en un foso un día de sábado, no la levante y saque fuera? Pero, ¡cuánto vale más un hombre que una oveja! Luego, es lícito hacer bien en día de sábado."

Y dirigiéndose a la enferma:

"—Extiende esa mano."

La paralítica fué curada.

Los temerosos de la ley, algunos de los cuales la observaban con tal rigor que llegaban hasta privarse de alimentación y de toda necesidad fisiológica, entendían que Jesús estaba contra la ley conservada en Ezequiel (XX, 12) y en el Exodo (XXXI 13), entre otros textos de las Sagradas Escrituras.

El Exodo dice:

"Mirad que guardéis mi sábado; porque él es un monumento establecido entre mí y vosotros y vuestros descendientes, a fin de que reconozcáis que yo soy el Señor que os santificó."

Pero Jesús era más sensible a la justicia que a la letra de la ley, porque la fuente siempre está más alta que el río, y estaba más atento a proceder de acuerdo con las necesidades humanas que con la prédica divina.

Y aunque este ser humano de Jesús le menoscabase divinidad ante los ojos de los que estaban atentos a lo que llamaban Letra Divina, ha servido luego, precisamente, para que se le considerase empapado de Verbo Divino.

Quizá porque los hombres empezaron a comprender que los dioses son cosa muy humana.

El rigor formalista de los doctores que reclamaban para

los días sábados un absoluto laxismo corporal no inquietaba al reformador, que debía estar siempre activo, sobre todo para el amor.

El espíritu se sobrepone al uso en la interpretación que de la ley hace Jesús, y los doctores se sienten en derrota frente al Mesías, lo que traerá que, más tarde, la ley y los que la usan, jueces y sacerdotes, se venguen.

El instinto de los profetas tiene derecho a interpretar, perfeccionar, enmendar y torcer la ley, sin que eso implique desprecio de ella.

Que los doctores no entiendan eso así, está bien, desde luego; ellos no eran más que doctores en la ley, y Jesús lo era en humanidad.

Además, los judíos lo eran en una ley bastante deformada, reducida a recuerdo, reemplazada por tradiciones orales y teorías personales desde la época de los Macabeos, más estadistas que sacerdotes.

Jesús era doctor en una humanidad tan sin ciencia, que todos los que han tratado de darle forma hasta nuestros días se han perdido en un abismo tenebroso. Del mismo modo que en el sagrado del sábado, en lo legislado para el crimen, el adulterio, el juramento, el talión y el divorcio, leyes respetadas textualmente por los judíos, el Hijo del hombre innova, haciendo pasar por su criba revolucionaria lo que a su entender los tiempos nuevos exigían que fuese limpiado. Es por ello que, refiriéndose a los fariseos, que multiplicaban las obligaciones, dice:

"Van liando cargas insoportables y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni aplicar el dedo para moverlas."

Pero en aquel entonces, sojuzgados por los romanos y por el Sanedrín, los judíos debían cuidarse de estos gestos.

Y Jesús cuidóse no sólo por los romanos y por el Sanedrín, sino por él mismo y por sus imitadores.

En circunstancias dadas, un gesto es útil, y los hom-

bres lo imitan en circunstancias donde es perfectamente inútil; lo que hemos visto ha venido sucediendo con la teología cristiana, donde algunos pensadores, con algo en el cerebro más que la brillante pasta de nabos que usa la vulgaridad, han utilizado a Cristo para levantar olas de odio y sectarismo, de venganza y de hipocresía. Por eso, al mismo tiempo que Jesús acometía contra la Tora, cuidaba contradecirse (Luc. XVI, 17):

"Más fácil es que perezcan el cielo y la tierra, que el que caduque un solo ápice de la ley."

Otras veces se aplicaba con irónica discreción a hacer deslizar todos los problemas de la legalidad contemporánea en el susurro ambiguo de las parábolas.

Jesús vitalizó la Tora, renovándola, mientras los doctores, que defendían su inmutabilidad e intangibilidad, la llevaban a la muerte.

Como los judíos de entonces, los hombres de hoy que leen y cotejan los Evangelios, al comprobar contradicciones de esta índole y vaguedades de muchas otras, se detienen, cogitabundos.

Quieren definiciones, sin percibir que toda definición es una especie de nada. Bien; pero las vaguedades son una nada de otra especie.

Para muchos es entre definiciones y vaguedades que Jesús hace fluctuar su enseñanza, que pocos son los que pueden comprender en su total grandeza.

Es que el Dios que han mezclado al hombre frustra los intentos de intelección. De cualquier manera, el mundo de la libertad moral que preparaba Jesús debía ser gestado casi en silencio (y el de la política quizá también, por política) con lo que la claridad definitoria que reclaman los que leen con ojos doctorales y obran con espíritu legalista, no puede servir para los justos como El, que deben empezar por destruir la fe en la ley, para luego construir la ley en la fe.

Jesús sabía que los fanáticos de la legalidad casi siempre enmascaran a desdeñosos de la justicia; y es a ésta a la que El pone por sobre las demás cosas (incluso a la lógica que despreció tanto como al pecado y a la muerte), desde que vió en las gentes no al puro o al impuro, no al judío o al gentil, no al idólatra o al ateo, no al rico o al pobre, no al ignaro o al sabio, sino al hombre.

Pero, en esta vida el hombre tiene derecho a las cosas de ella, entre las que se cuenta, junto a muchas otras peores, la de poder pensar en otra...

LOS PECADORES

Ya hemos visto a Jesús conversar con una pecadora, la Samaritana.

No existía en El un pesimismo categórico con respecto a la especie humana, y si ciertas frases suyas lo hacen pensar así, éste se desvanece fácilmente frente a su piedad y a su deseo de que todos los pecadores transformen su vida. Para El, el pecado reside en la inconducta y no en la naturaleza humana, y en lo referente al pecado original parece ignorarlo.

Sabía que el pecado de Adán fué cosa particular y exclusiva de su conciencia, y que pecó Adán cuando sintió que pecaba y cuando repitió el pecado viciosamente.

Nuestra mala educación ha hecho que heredásemos el sentimiento de ese pecado. A él, a ese instinto de temor al pecado original, es probablemente al que se refiere cuando, con su acostumbrada manera indirecta, le dice a Nicodemo: "Solamente conquistaréis el reino de los cielos cuando andéis nuevamente desnudos y no tengáis vergüenza."

Con respecto a los otros pecados, que haya malas vidas

incurables, seres endurecidos en el error moral, es cierto; ¿pero para qué otra cosa sino para reformar a éstos se había constituído en mensajero de Dios?

Y si no hubiesen existido probabilidades de éxito, no habría valido la pena hacer su terrestre viaje y llegar a su triste fin.

Muchos había que se llegaban a El, por El y otros por ellos, tal cual hoy.

Que estos últimos no volviesen, bien; que tampoco volviesen los otros, también; pero que aquellos a quienes El se aproximaba con su determinado fin pudiesen escapar, es inexplicable, pues hacía que sus palabras se hundiesen en los corazones pecadores como un tejón en la tierra.

Por otra parte, esto último sucede muy raramente, si no, de lo contrario, no habría valido la pena abrir la boca, entregar el corazón y extender los brazos a la medida de la Cruz.

De comprender lo difícil que es tratar a los hombres virtuosos fué que se hizo confidente de pecadores y amigo de delincuentes, los más necesitados de entre los hombres, a los que pronostica (Luc. XV, 7):

"—Os digo que habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia."

Las tres parábolas de La Dracma, La Oveja Perdida y El Hijo Pródigo se refieren a ello.

Fué cortejo de penitentes el que siguió por la tierra al que cuidaba la Culpa, y es cortejo de hambrientos de penitencia el que vigila su memoria después de muerto, porque (Marc. II, 17) "Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores".

Y entre los reformados por Jesús, tienen especial significación las mujeres; una de las cuales, María de Magdala, testigo de la resurrección, según San Juan, es, por su pureza, por su piedad, por su arrepentimiento, por su amor al Cru-

cificado, por la identidad de su dolor con el de la agonía, una especie de esposa morganática, unida al Cristo en la vida, en la muerte y en el recuerdo de la humanidad.

Hay palabras de Jesús que son un verdadero llamado para las mujeres:

"Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y recibid mis lecciones, porque yo soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas, porque suave es mi yugo y ligero el peso mío."

No es improbable que la pecadora, que estaba en casa de Simón tomando una refección, haya oído esta tierna promesa.

Era una pecadora pública. En seguida reconoció al Cristo y se echó a sus pies y los ungió con perfume y besó sin decir una sola palabra.

Obtuvo lauta recompensa:

"—Tus pecados te serán perdonados."

No sabemos si este perdón le sirvió para colgar sus ropas amarillas definitivamente, distintivo que estaban obligados a usar prostitutas y leprosos, para que los puros no se les allegasen, así tuviesen estos "puros" amarilla o negra el alma.

¡Ah, la palabra imperiosa del fuerte, del que puede!

Nada de explicaciones ni de razones; suaves órdenes, dádivas y llegar directamente al corazón.

Luego le dice:

"—Tu fe te ha salvado. Vete en paz." (Luc. VII, 50.)

Cardenales, obispos y muchedumbre de cristianos han recogido esta actitud de Cristo con regocijo justificado.

Que ungüentos costosos y suaves perfumes fueran gratos al rabí; que no preguntase a qué precio los hubo habido esa mujer de mala conducta que lo acicaló y ungió mimosamente, como a un sibarita; que todo esto sea narrado por los evangelistas, es muy reconfortador y halagüeño...

De este suceso arranca, si no los esfuerzos mismos de muchos en no perder la ocasión de ser felices cuando tanta desgracia hay por el mundo, haciéndose ungir de dentro y de fuera, con olvido total de los pobres, que no aromas sino comida necesitan para vivir, por lo menos, la justificación de la ligereza con que, en nombre de Cristo, aceptan semejantes homenajes sus vicarios.

Pero como esta observación que se hace aquí fué puesta por Juan (XII, 5) en boca de Judas, que era el tesorero de la congregación:

"¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para limosna de los pobres?", y Jesús no aceptó la reconvención, no sabemos por cuáles causas, quizá por lo tardía, pues el perfume ya había sido empleado; ellos, obispos, cardenales y sacerdotes se encantan y no disciernen que la propuesta de Judas es muy digna de ser tomada en cuenta, siempre que no oculte una intención mezquina, de ese tipo de mezquindad que hay en ciertos avaros que tienen la nobleza de sufrir cuando se gasta, aunque no sea de lo de ellos y sea quien fuere el supuesto perjudicado en el dispendio.

Otra cosa curiosa que se observa en la actitud de Cristo es que ni las mujeres, ni los enfermos curados, ni los resucitados quiere que permanezcan junto a El.

El resucitado de Naím fué devuelto a su madre; el endemoniado furioso, que quería permanecer entre sus discípulos una vez cuerdo, fué conminado a irse a otra parte; la hija del presidente de la Sinagoga de Cafarnaum fué devuelta a sus padres, "para que la alimentaran"; a la Samaritana le ordenó que volviese a su villorrio; a Lázaro hace que "lo desaten y lo dejen ir"; envía a los diez leprosos curados a que "se presenten a los sacerdotes", y cuando uno de ellos vuelve para agradecerle la salud devuelta, también lo aleja de su lado; a la mujer adúltera a quien nadie se atreve a acusar después de decirles: "El que de

vosotros esté sin pecado que le tire la primera piedra", con lo que el adulterio parece quedar impune y es pan nuestro de cada día, curando a los hombres de necias honrillas, también la aleja, diciéndole que se vaya en paz y no vuelva a pecar.

Jesús parece no querer que le recuerden la virtud curativa y absolvedora que poseía o asocia los males físicos a desacuerdos con la divinidad, como en el caso del paralítico de la piscina a quien invita a no pecar más.

Lo cierto es que para todos los beneficiados con su intervención tiene, como para Satanás, un suave "Vade Retro".

La única excepción es María de Magdala, y se explica, pues ésta, con los mismos ojos que hasta entonces había ofrecido el latido de su cuerpo a otro, a El le daba el alma. Y El pudo ver que sólo era una pecadora en lo exterior, en la letra, y, como un rabdomante, sintió la viveza del agua oculta y dió con el manantial sin necesidad de remontar la corriente.

¡Cuánto habrían de maravillarse los que habían estado remontándola sin hallarlo!

A los demás los va poniendo aparte cuidadosamente, porque ésta era su manera, como a flores de invernáculo.

¿Por qué?

Solamente un texto (Luc. VIII, 1, 2, 3) nos habla de mujeres, tres de ellas nombradas —Juana, mujer de Chüsa, mayordomo del rey Herodes; Magdalena y Susana—, que lo acompañaban, "y de otras muchas que lo asistían con sus bienes".

Aparte del problema difícil de ubicar a las tres Marías, la curada en casa de Simón, Magdalena y la hermana de Marta y Lázaro, confundidas en una por algunos comentaristas y no suficientemente distinguidas en los Evangelios, ¿qué quiere decir Lucas en "muchas mujeres que le asisten con sus bienes"? Lo cierto es que la conducta de Jesús para con las mujeres, sobre todo para las pelanduscas y

las campesinas (Am-Haerez), es completamente opuesta a la de los fariseos. Los escribas aconsejaban a sus discípulos no casarse con ellas, porque es un desatino "vivir con una serpiente en el mismo cesto", y repetían con el Eclesiastés (XLII, 13 y 14): "Pues como de las ropas nace la polilla, así de la mujer, la maldad del hombre. Porque menos te dañará la malignidad del hombre que la mujer benéfica, la cual acarrea la confusión e ignominia".

Hemos visto que cuando Jesús se acerca a las mujeres, siempre lo hace a las repudiadas, y las elige y sienta a su mesa, contra las costumbres de la época.

¿Qué tendrán las pecadoras, las de antes y las de hoy, para ser las más atraídas por el lenguaje figurado y tentador de las parábolas?

Es que han sido hechas para ellas.

Jesús no quiere a los puros, a los inmaculados, a los que no tienen mucho que reformar, y sí a los endurecidos en la concupiscencia, a los atraídos por el demonio de la carne, que no es otra cosa que el ángel de la perduración de la especie deformado.

Las pecadoras que convirtió deben haber sido lindas, espirituales y galantes, y, en consecuencia, no podían ser pobres, pues, de todos los pecados que se cometen contra los demás o con la complicidad de los demás, éste quizá sea el único que se tome como favor y se pague.

Todas ellas han olvidado su cuerpo y su fortuna frente al hombre que sabía despertarlas a nueva vida y no las usaba como estaban acostumbradas a ser usadas.

El les devolvía el equilibrio y la armonía perdidos, ayudándoles a levantar lo que necesitaba ser levantado y socorriendo lo que necesitaba socorro: el espíritu.

Así como la suavidad del rabí se esfumaba cuando veía a un hipócrita, a un doctor o a un rico, su corazón se enternecía en presencia de un efebo, de un perfume o de una mujer.

Al ser conducido al suplicio, se dirige a las mujeres que lloran, de esta manera llena de elegancia (Luc. XXIII, 28):

"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí..."

Es desde aquí que las mujeres lo prefieren entre los numerosos dioses que hay (sin contar los que han muerto) y sin que les importen las distinciones que pueda crear la moral particular de cada uno de ellos, porque cualquiera que sea la moralidad a que se acostumbren de acuerdo con las religiones adoptadas, lo importante es que las restricciones no las hagan desdichadas del todo.

Y esto no es difícil, pues si es la fortaleza de las pasiones, antepuestas a lo demás, lo que las ha hecho vivir, siempre les queda, cuando se reforman, la pasión de arrepentirse o la pasión de pensar, como a tanto filósofo..., y casi siempre lo que piensan es que no hay más pecados que los de omisión.

L A S   P A R A B O L A S

La misión principal del profeta es profetizar, manifestar el porvenir.

De ella surge el enseñar. Así lo hizo Jesús.

Pero el camino de la profecía lleva a la divinidad. Todos los profetas siempre han estado expuestos a eso, pues los hombres, después de ver extraordinarias dotes de genio en los profetas, de comprender la poco común profundidad moral que en ellos hay y de dejarse conmover por esas sensibilidades sobrehumanas, llegan a concebirlos divinos.

En Jesús, la profecía queda casi exclusivamente reducida al reino de los cielos, al que se acoge, amedrentada y esperanzada, la humanidad salvacionista.

Y el reino de los ciélos es la envoltura de una enseñanza simple, nada sistemática, con cierto contenido ideológico y preceptivo de magnitud no desarrollada del todo aún, en lo político, en lo económico y en lo social.

Pero la forma, la oportunidad, el misterio, lo que de sí pusieron los evangelistas, sustituyendo a veces la personalidad y la palabra de Cristo, el acento de convicción con que

aparecen sus anuncios y sus sentencias, hacían superfluo el desarrollo de doctrinas teológicas, cosa que no entendieron sus continuadores, exégetas y detractores, salvo rarísimas excepciones.

Por otra parte, la teología y las abstracciones habrían colocado a Jesús en la misma postura y a la misma altura de los doctores de la ley, con lo cual su misión se habría perdido, desvirtuada, entre la de muchos que por aquella época habían limitado su pensamiento al escaso ambiente que la jaula de la vieja ley les permitía.

A Jesús le bastó anunciar el reino de los cielos, con lo que Renan llama "une resolution personelle fixe", y comunicar a sus discípulos la atracción irresistible que El mismo sentía de una vida futura.

La Iglesia, luego, en razón de su constancia y de su espíritu batallador, hace el resto en torno a la doctrina de Jesús y entre la efusión de éste y la doctrina de la Iglesia, desde que nace el cristianismo se cava una cesura que llega a tomar caracteres abismales.

Sin embargo, la espúrea asociación de la Iglesia y Jesús permanece inalterable para el cristianismo.

Hombre seguro de sí mismo, dueño de una confianza completa en su propia autoridad, atraía sin necesidad de convencer, de argumentar, de explicar.

Le parecía natural que se le siguiese y se le aceptase por la fuerza de comunicación de su propia fe, una fe constantemente atenta a la voz de Dios que escuchaba en las intimidades de su conciencia, que no se inquietaba por la lógica; una fe que, no es aventurado asegurar, consistía, más que creer en Dios, en creer en la fuerza de la fe.

Por ello, los mejores cristianos son los que, más que en el Cristo, creen en la bondad de Jesús, y en lo que respecta a la divinidad de la vida de éste, hacen fuerzas para creer que creen.

En Marcos (IX, 24) leemos que un candidato a creyente dice:

"Creo, Señor: ayuda a mi incredulidad."

Esto es clarísimo. Cuanto más se cree, más ayuda se necesita, pues la fe se alimenta de duda, de derrotas de la duda.

Una fe sin obstáculos y que se lo explica todo lleva en sí misma el principio de su muerte.

Fe es creer en lo que no se ve; de aquí es que necesitemos que nuestras retinas espirituales combatan con las tinieblas permanentemente.

Creer en lo que se entiende o parece entenderse es razón. Creer en lo que deseamos es esperanza. Y creer en lo que nos parece imposible es estupidez. La conquistadora, ingenua elevación de la prédica de Jesús, en el centro de la cual coloca su propia personalidad como relevante ejemplo y canon para la imitación, nace de su fe.

Por ello, aun los que tienen movimiento del alma que no corresponde a nada, aun los que sienten la profunda inutilidad de todo, son despertados en su palabra.

Puesto El, antes que todo, en sus discursos, como nervio del conjunto, envuelve la médula de su enseñanza desprovista de abstracciones con simples y ordinarias palabras y elementos circunstanciales de la vida corriente.

El mundo material es reflejado en su verbo con frecuencia y hasta con método, porque para El este mundo, donde el hombre se mueve necesariamente como las figuras en los límites de un cuadro, no es el dominio de Satán, como lo piensa más tarde la Iglesia, sino el único donde encuentra goces comprensibles y una manera, a su alcance, de conciliar la felicidad personal con los compromisos para con los demás.

Y las parábolas, que quieren hacerle ver al hombre, sobre todo al desgraciado, la posibilidad de otra felicidad superior, se valen de imágenes directamente tomadas de este

mundo, gráficas y prácticas, para que comprenda y se pueda consolar con la esperanza.

Son composiciones de cierto desarrollo, destinadas a aclarar el pensamiento y no a velarlo, como sucede con algunas alegorías usadas en la época, pues en el caso de Jesús estaban dirigidas a un auditorio reacio a las abstracciones.

Marcos (IV, 33) dice: "...con muchas palabras semejantes a éstas les predicaba la palabra conforme a la capacidad de los oyentes."

Guignebert, que estudia las parábolas detenidamente, arriba a la conclusión de que en los evangelios sinópticos hay varios recitados desarrollados que no deben ser confundidos con parábolas verdaderas, y cita estos cuatro: El Buen Samaritano (Luc. X, 29), El Rico Insensato (Id. XII, 16), El Rico y Lázaro (Id. XIX, 16) y El Fariseo y el Publicano (Id. XVII, 9).

Con respecto a las parábolas propiamente dichas, la exégesis patrística, apoyada en el texto que Marcos pone a continuación de la parábola del Sembrador, cree ver oscuridad voluntaria y esoterismo intencional.

He aquí el texto de Marcos (IV, 10 y 12).

"Estando después a solas los doce que estaban con El, lo interrogan sobre las parábolas. Y El les decía: a vosotros se os ha concedido saber el misterio del reino de Dios, pero a los extraños todo se les anuncia en parábolas: de modo que, viendo, vean y no reparen; y oyendo, oigan y no entiendan; por miedo de llegar a convertirse y que se les perdonen los pecados."

Pero este texto es escandaloso y monstruoso en boca de Jesús.

No es posible que El rehusase a alguno la posibilidad de ser entendido ni la de ser convertido, porque no quiere que se le perdonen los pecados.

Entonces, ¿es que Jesús toma partido entre los hombres?

Pensemos en error de los copistas o en deficiencia de Marcos para explicar el pensamiento de Jesús.

Puede ser que Jesús haya pensado en la conversión de algún timorato y esto le haya parecido repugnante tráfico.

En realidad, el espectáculo de un pusilánime, como el de un esclavo voluntario, da lástima, del mismo modo que produce risa el espectáculo de los endurecidos en el vicio que se convierten para recomenzar al otro día.

En resumen de cuentas, la cristiandad está dividida en estos dos partidos: el de los que renuncian a todo por miedo y son desgraciados, y el de los que no pueden gobernar sus pasiones, lo que los hace tan felices, aunque de vez en cuando vayan a buscar una componenda lustral con Dios.

De cualquiera manera, fué a todos, sin distinción, a quienes Jesús dirigió sus parábolas, dichas en la primera oportunidad, desde una barca que estaba a orillas del mar, para los doce discípulos predilectos y para la multitud agrupada en la costa.

Como en muchos otros puntos, los sinópticos no están de acuerdo ni en las ocasiones escogidas por Jesús para decirlas ni en el texto de las parábolas; pero ésta no es cuestión que deba ser estudiada aquí, desde que este libro no está escrito con espíritu policíaco.

PARABOLA DEL SEMBRADOR

A raíz de la conversión de la primera pecadora en casa de Simón, los Evangelios traen la más antigua de las parábolas cristianas.

Parece que Jesús se aficionó a este género tan vivo y acicateador de curiosidades, aun de las más elementales, y lo utilizó con frecuencia y éxito.

Quizá muchos de los mismos temas habían sido ya empleados por rabinos de la época o de un tiempo próximo anterior al nacimiento de Jesús, pues la historia nos revela que los judíos eran muy aficionados a este género.

En la primera parábola (Mat. XIII, 3), la del Sembrador, Jesús dice:

"Salió cierta vez un sembrador a sembrar, y al esparcir sus granos, algunos cayeron cerca del camino y vinieron las aves del cielo y se los comieron."

Salió a sembrar, es decir, a confiar al misterio algo que esperamos nos sea devuelto multiplicado, porque, ¿para qué serviría el misterio sino para esperanzarnos?

Si no prometiese algo de mejoría, ha tiempo que nos habríamos olvidado de él...

Y el mayor de los misterios, el de la muerte, es una multiplicación, la más fructuosa de todas.

Ella queda bien entendida por lo que en el Evangelio, según San Juan (XII, 24), dice Jesús:

"En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto."

Verdaderamente es demasiado desconcertante para que parezca escrito por una mano humana. Y más desconcertante y terrible es todavía que haya sido pensado por un hombre que le buscaba explicación a la vida para enseñar a los otros cómo debe ser vivida...

Y los hombres, empavorecidos, toman revancha de la desazón que él produce llenándose de las certidumbres que proporciona el conocimiento científico, de manera que no quede sitio para ningún saber súbito.

Continúa la parábola:

"Otras cayeron en pedregales donde había poca tierra y luego brotaron por estar muy someros en la tierra; mas, nacido el sol, se quemaron y secaron porque casi no tenían raíces."

Hay que arraigar para permanecer, tener algo constante mientras el resto aparenta cambiar y oculta bajo la tierra los fundamentos de su identidad cubierta bajo limitada variedad de formas.

"Otros granos cayeron entre espinas y crecieron las espinas y los sofocaron."

El dolor es fecundo, se ha repetido mil veces. Andad entre espinas, se nos ha dicho.

¿Fecundo en qué?

En quejas. El débil es ahogado por el dolor y al fuerte le hace perder preciosas energías.

No conozco otra fecundidad clara del dolor que la de los

lamentos literarios, aunque la mayoría de ellos no sean hijos de uno de esos grandes, verdaderos dolores, a veces útiles, pero muy temidos por los hombres, sino del esfuerzo enliterado.

Cuando un elegíaco alcanza altas cimas poéticas, ha hecho de su dolor una virtud, un placer.

La fecundidad del dolor reside en que no conviene descuidar su experiencia para poder disfrutar de la alegría.

Amemos las espinas, sí; pero apartémoslas de nosotros.

"Otros, en fin, cayeron en buena tierra y dieron fruto; donde ciento por uno; donde sesenta y donde treinta."

La buena tierra es la felicidad. ¡Ay de los que no cuenten con ella para la sazón y para la madurez! ¡Ay de los que no sepan abandonarse a la felicidad y defenderla celosamente!

Ella es, de entre todas las cosas de la tierra, la que más tiene del reino de los cielos.

"Quien tenga oídos para entender, entienda."

Homenaje de Jesús, frecuentemente repetido en las parábolas, a la inteligencia de los hombres, tan mal distribuída y tan mal usada por éstos.

(Mat. XIII, 24 y s.): "El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero al tiempo de dormir los hombres, vino el enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué."

Los que siembren buena simiente han de estar despiertos para que el enemigo no les promedie el trigal con cizaña, que a los que siembran mala, si ha de venir alguien a trocársela buena, lo hará cuando no duerma, para que vea, medite y agradezca...

"Estando ya el trigo en yerba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familia acudieron a él y le dijeron:

"Señor, tú sembraste buena simiente en tu campo, ¿pues cómo tiene cizaña? Respondióles: Algún enemigo mío la habrá sembrado. Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos a cogerla? A lo que respondió: No, porque no suceda que, arrancando la cizaña, arranquéis juntamente con ella el trigo."

Es que siempre el mal y el bien han de andar acoplados

y apoyándose el uno en el otro, ¡y cuidado que al extirpar uno no se mate al otro!

¿Qué hacer?

Ahogar al mal en la abundancia del bien.

"Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega, yo diré a los segadores: coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego y meted después al trigo en mi granero."

Es que lo bueno y lo malo deben de ser cosechados al mismo tiempo, aunque no juntamente.

Ambos fructifican y ambos dejan desecho.

El desecho de lo bueno es lo malo que en trigo hay.

El de lo malo, es lo que tiene de bueno.

Así, en la parábola, sirve la cizaña para hacer fuego, y, aunque se omita referirlo, el desecho del trigo, para ser arrojado a él.

PARABOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

(Mat. XIII, 31 y s.): "El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y le sembró en su campo, el cual es, a la vista, menudísima entre todas las semillas; mas en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres, y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas."

No quisiera decir aquí que Jesús, para ponerse al alcance de inteligencias infantiles, haya asaltado al propio corazón de la puerilidad.

Por eso pienso que éstas y otras parábolas no tengan más finalidad que la de preparar ciertos bocados, con lo cual intentaba abrir el camino del alimento verdadero, aunque sólo consiguiese fatigar el gusto de algunos.

Hay que morder directamente en el pan mismo y no provocar esa especie de fiebre que trae el sueño codiciador de un pan que mejoramos en la imaginación, para luego experimentar desilusión en el instante de probar.

PARABOLA DEL TESORO ESCONDIDO Y DE LA PERLA

(Mat. XIII, 44 y s.): "El reino de los cielos es también semejante a un tesoro escondido, que si lo halla el hombre, lo encubre y, gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo."

"Es asimismo semejante el reino de los cielos a un mercader que trata en perlas finas. Y viniéndole a las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene y la compra."

Probablemente en todo cuanto Cristo dijo, o en todo lo que los evangelios dicen por El, no se encuentran palabras de un idealismo tan razonable como éstas.

Pero si es necesario desconfiar de la razón, más lo es todavía de las ideas razonables.

Una cosa es usar de la razón y otra tener ideas razonables. Estas tienen demasiado sentido común y acusan la falta de proyecciones de todo lo que es promedio. Terminan en sí mismas. Son infecundas.

La ventaja que lleva la razón, por lo que parece mejor,

es la de juzgar autónomamente las cosas, sin dar cuenta a nadie.

¿Y no es esto una toma de posesión violenta, "de facto", justificada por el hecho mismo? ¿Quién es que juzga un acto de la razón, sino la razón misma?

Las ideas razonables circulan, en cambio, por el mundo sin preocuparse siquiera de la razón.

Los hombres de sentido práctico, que son legión, venden, sí, las perlas pequeñas cuando antes les ha venido a las manos una de gran valor y se deshacen de todo lo suyo para adquirir el campo con el tesoro escondido, pero no creen en las imágenes...

Ellos no corren tras la esperanza futura del reino de los cielos, pues es un veneno que hace desdeñar el disfrute de lo presente, y no se resignan a engañar con él unas sensibilidades demasiado afinadas en los goces materiales de todos los días y las horas.

A ellos dénseles postulados, irreales sí, pero raciocinables.

No se les dé nunca nada irreal irracional, porque no lo toleran.

PARABOLA DE LA RED LLENA DE PECES

(Mat. XIII, 47): "También es semejante el reino de los cielos a una red barredora que, echada en el mar, allega todo género de peces; la cual, en estando llena, sácanla los pescadores, y, sentados a la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá el fin del siglo; saldrán los ángeles y separarán los malos de entre los justos y arrojarlos han en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes."

Ha quedado fundado el reino de los cielos, fundación de sueño, de ideal y de esperanza, cosa inasible, como todo lo divino, basamento de una moral empeñada en persistir desde hace siglos en la sociedad humana.

Es el reino de los cielos realmente pobre y desnudo como una losa de vereda, pero en la que cada cual se empeña en descubrir lo que puede, y cuando no en imaginar que al romperse mostrará un tesoro..., siempre que se siga escarbando bajo ella.

Sobre esta losa de vereda pasaremos sin fijarnos en ella muchas veces, arrastrados hacia el taciturno torbellino del

cielo, donde anhelamos sumergir nuestras esperanzas para retirarlas refrescadas y seguir el camino hacia un fin que no puede avizorarse desde acá, porque no se ha descubierto resplandor capaz de iluminarlo.

Jesús nos ha dicho que debemos esperar el reino de los cielos.

Por ello fué mirado con horror por algunos, con estupefacción y con sorna por otros.

La Iglesia, para fabricar pacíficos, enseña que debemos esperar ese reino, y lo prepara dando soplos de vida sobre nuestros errores cada vez que los ve moribundos.

La cristiandad espera; pero sabe de la inanidad de todos los esfuerzos lógicos para descubrirlo, y espera como la Iglesia lo quiere e inculca: espera como sistema.

Ha conseguido, con ello, hacer que haya quienes creen en Dios, pero no en la Iglesia, del mismo modo que ateos, pero católicos.

¡Feliz el que sin esperar el reino de los cielos se dirige a su propia conciencia y lo halla!

LAS INSTRUCCIONES A LOS APOSTOLES

Cuando inicia su tercera misión por tierras de Galilea, Jesús se dirige resueltamente a las ciudades más populosas de la región; pero siempre su palabra está destinada preferentemente a los desamparados.

(Mat. IX, 35 y 36): "Y Jesús recorría todas las ciudades y villas enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y al ver a aquellas gentes se compadecía entrañablemente de ellas, porque estaban mal paradas y tendidas, como ovejas sin pastor."

Y siendo que sus tareas iban a sobrepasar sus posibilidades, pues eran excesivos los que necesitaban su auxilio, resolvió comisionar a los doce discípulos para la obra de proselitismo y conversión.

Pero las gentes, de cualquier manera, y la posteridad les da sobrada razón, habrían de querer llegarse a El y no a sus reemplazantes, aunque buscaban, como lo buscan hoy, que se les ame en lo físico, que se les quiten los dolores y se les aplaque el hambre.

La conversión moral ha de venir después por súbita comprensión o por simple agradecimiento.

Ni la lectura de los Evangelios, ni los misioneros, ni los santos han convertido a uno sólo que ya no tuviese bien adelantado dentro suyo a Cristo, o que no hubiera sentido antes la evidencia de sus milagrosos poderes en carne propia.

Otra cosa es catequizar o enrolar en la muchedumbre que se satisface con ritos.

No se cree en El a fuerza de buena voluntad, de elocuentes sermones o de literatura impresionadora; se cree como se es, contrahecho o bien trazado: es un don.

La naturaleza, que hace misántropos y sociables, idiotas e inteligentes a los hombres, también hace cristianos.

Por ello, Jesús confiere a los doce poderes semejantes a los suyos, sobre todo en el orden que más impresiona a los infelices: curar en lo físico y encender la esperanza de una futura dicha. (Mat. X, 1): "...habiendo convocado a sus doce discípulos les dió potestad para lanzar los espíritus inmundos y curar toda especie de dolencias y enfermedades".

Así armados, ellos han de lanzarse a la calle para afirmar la "buena nueva", tratando de que en su fórmula cada cual halle la medicina que necesita o espera.

Y la "buena nueva" para una sociedad de hambrientos, ante todo, es pan; para una sociedad de esclavos, es libertad; para una sociedad de locos, es salud mental; para una sociedad de afligidos por taras físicas, es la salud del cuerpo, y para gentes moralmente enfermas y desesperadas, la "buena nueva" es la promesa de una futura vida y de una segura salvación.

Cada cual, en el naufragio, coge la tabla que le hace falta, y si la tabla lo salva, cree.

Los que disfrutan de los bienes y goces terrestres, los que tienen fortuna, belleza y salud física y mental, siempre fueron los clientes más difíciles de Jesús, porque, ¿qué les impediría creer que en la otra vida, dado el caso de que

la hubiese, no iban a disfrutar de los mismos goces que en ésta?

Y, ¡cosa rara!, estos mismos son la clientela más fácil de la Iglesia...

Jesús, en ellos, los fariseos de todas las épocas, encontró y encuentra muchas dificultades para la conversión, por lo que hubo de hacerles sentir que habría de negárseles, entre otras cosas, por ricos, el reino de los cielos.

La Iglesia les ofrece justamente lo que les hace falta.

¿Y qué le puede hacer falta al que tiene el disfrute de todo lo material que hay en esta vida, al que se ejercita en el salteamiento legal de cobrar sus rentas y no alcanza a comprender la existencia de algo más?

Pues desear algo, para que así la vida no resulte perspectiva cerrada, cosa cabal y seca sin otra promesa que el temor de no poder satisfacer las necesidades del cuerpo, temor que a unos hunde en tráfago de brutal labor y a otros en indecente avaricia.

La Iglesia hace por ellos lo que puede en el sentido de proporcionarles la ilusión de espiritualidad que está al alcance de ambos. ¡Y es digno de verse cómo hace que estas gentes sientan algo de frescura en las raíces de su vida, sumergiéndose en las pilas de agua bendita o comiendo solemnemente el cuerpo de Cristo!

Para que pudiesen llevar a término su misión entre los hombres, de una diversidad felizmente llena de distingos y matices, Jesús instruye a los doce.

Ya sabemos que los doce son también hombres, y, en consecuencia, capaces de entender de diferente modo lo que el Maestro diga, y que entre los doce está también Judas, que oye, con todos, lo siguiente:

(Mat. X, 5): "No vayáis a tierra de gentiles, ni tampoco entréis en poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad diciendo que se acerca el reino de los cielos. Y curad

enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje ni más de una túnica y un calzado, ni palo tampoco..." "Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habréis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Recataos, empero, de los hombres."

Imaginemos a estos discípulos abocados al ensanche de la perspectiva de Cristo, sin más bagaje que su fe y debiendo zahondar en todo terreno y enfrentar toda clase de dificultades morales y materiales, entre las cuales la del ridículo no era la menor, y la de la incomprensión de Cristo la más cierta.

Y ellos, aun Judas, cayeron en el heroísmo, pero en vez de hacer la senda más anchurosa y multiplicarla para que recorriese con los siglos continentes y océanos, pusieron lo de ellos con interés y pasión.

¡La eterna historia de los discípulos! Incubaron el error, para que a medida que fuese descubierto se mezclase a la conciencia de los hombres formando la más hipócrita de las levaduras.

No debemos olvidar que cuando Cristo anuncia su próximo fin y su propósito de volver a Jerusalén, donde se encontraban sus mayores enemigos, y donde ya habían sido sacrificados otros mesías, Pedro y los apóstoles, todos, le aconsejan prudencia y hasta casi le insinúan la humilde sumisión a los sanedritas, los amos del día.

Quieren que gambetee, que ponga sordina a sus ideas y, ¡quién sabe si no han llegado a proponerle planes de venganza por la espalda!...

En los consejos de Jesús, conocedor de los lobos, hay una regla de conducta social: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas."

Y como las serpientes son algo más que prudentes y

las palomas algo más que sencillas, discípulos hay que son serpientes como las del Paraíso, incluso la prudencia, y palomas como la de Venus, incluso la sencillez.

Más tarde les dice (Mat. X, 24 y 25):

"No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo; baste al discípulo el ser como su maestro y al criado como su amo."

Y ellos siguieron al pie de la letra las indicaciones que el rabí les dictaba.

Vieron el águila y, para imitarla, algunos hubo que llegaron a volar como ella, vuelo que tiene algo de grotesco, porque para volar como el águila debe vivirse como ella.

Y no podía pedírsele más, ni menos.

Y Judas estaba entre ellos, y oía, y no era el peor, a pesar de que era el ecónomo.

Aquellos hombres que sabían que "no es posible agregar un codo a sus estaturas con discursos", creían crecer predicando la "buena nueva", repitiendo en alta voz los anuncios del Mesías y enseñando a los hombres a esperar.

"Lo que yo os digo de noche, decidlo a la luz del día, y lo que yo os digo al oído predicadlo desde los terrados."

Se ha dicho que es más fácil hacer una corona que encontrar cabeza que le venga bien.

Cristo hizo una, que no es la de espinas que El usara y que nadie sabe si queda bien o mal, pues no hay quien se anime a probar, una que es halo, nimbo, cerco, aureola que la Iglesia hace resplandecer sobre la cabeza de muchos de sus discípulos, menos sobre la de Judas, y que a tantas viene bien que en todas parece postiza.

Las cosas ya están preparadas para que el flamante movimiento se eche a correr mundo, con el ánimo de desparramar virtud.

Pero si es un dogma de química moral que Cristo, en presencia de la virtud, jamás llega a la saturación, para los hombres no sucede ni puede suceder lo mismo; porque para

nosotros la virtud no es nada más que una serie de compromisos contraídos frente al pecado.

Desde los Apóstoles lo hemos venido viendo, y sabemos que la virtud, sin el resplandor del pecado, hiela la vida.

Estaban los doce esperando y oyendo para salir a predicar (Judas con los ojos y los oídos bien abiertos), cuando les dijo (Mat. X, 34 y s.):

"No tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra; pues he venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre y a la nuera de su suegra; y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa." "Y quien no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí."

Y los discípulos salieron de dos en dos a recorrer la Palestina.

Todos cargaban a gusto su cruz, menos uno, que tendría que esperar todavía su hora para llevar la más pesada de la traición, la que haría cargar a Cristo con la suya.

De la prédica de estos discípulos, ya sabemos que a veces salió la paz, a veces la guerra y a veces nada, pues, como en la parábola de la semilla, los terrenos eran distintos y los sembradores también..., y lo han seguido siendo.

Al tiempo volvieron para anunciarle que a Juan el Bautista le habían cercenado la cabeza.

Entretanto, Jesús se había quedado solo, meditando.

¿Qué?

No es posible saberlo.

Aquel ser extrahumano que tuvo mediocres parientes, mediocres adversarios, mediocres discípulos, ningún amigo, ninguna amante, ningún apetito y un asomo de indescifrable nostalgia, tomaba impulso en la soledad para lanzarse en busca de la conversión de los mismos hombres que habrían de provocarle angustias y la muerte.

Pero ni Cristo, ni Buda, ni Mahoma, ni Zaroastro, ni Con-

fucio tienen realidad objetiva en lo que respecta a las conversiones.

Hay muchas sí, producidas bajo presiones imperialistas o por tiranías económicas; pero sólo valen en lo formal.

Si es difícil que un civilizado, que un hombre moderno de buena capacidad comprensiva, entienda a Cristo o a Buda, o a Mahoma, o a Zoroastro, o a Confucio, los que ni en sus épocas fueron comprendidos, ¿cómo es posible que comprendan nada de ellos, cuando llegan a través de las deformatorias monsergas de los catequistas?

Es cosa que mueve a risa la conversión al cristianismo de algunos idólatras semisalvajes, papúes u onas, con los que la Iglesia enriquece sus huestes.

Los convertidos de otras religiones al cristianismo reciben a un dios en estado tal de mixtura y confusión, que sus conversiones importan solamente cambio de ídolo, donde nada más que el nombre es trocado, la más de las veces.

Al abandonar la tierra, después de habernos preparado una inagotable nutrición de esperanza que ayuda a vivir, abrió bien los asombrados ojos en la montaña donde lo flanqueaban dos ladrones y nos dejó a cuidar el secreto de su propia perplejidad...

¿Cómo es que ha podido aumentar tanto la hoguera por El encendida y prolongarse tanto su revolución?

Porque aun no ha sido bien esclarecida.

Evidentemente, la doctrina de Jesús todavía pugna por desprenderse de la torsión y del falseamiento en que la tienen reservada los encargados de defenderla e implantarla para una sociedad que no quiere ver, que no quiere revisar, que no le conviene aclarar, y se conforma con una vaga promesa latente, con un acariciador sueño de salvación que a nada compromete.

Y si algún raro se empeña todavía en debelar este secreto de su perplejidad, que sospecho debe estar relacionado con nuestra fortuna de no saber cuál es la muerte,

días hay en que prefiere buscarlo remontando el río hasta la fuente, y días en los cuales prefiere que la corriente lo lleve hasta la desembocadura, sin salir nunca de la sombra en que todo queda envuelto, y que estas palabras de Jesús a sus discípulos se empeñan en prolongar (Mat. X, 39): "Quien conserva su vida, la perderá, y quien perdiere su vida, la volverá a hallar."

C O N T I N U A R L O

Todos los relatos que contienen los Evangelios acerca de los milagros y de la prédica de Jesús, las enfermedades que curó, los bienes materiales y espirituales que prodigó y los espirituales sufrimientos en el jardín de Getsemaní, donde sintió su alma "triste hasta la muerte", nos indican que su mayor deseo fué el de querer hacer feliz la vida de los hombres.

Su promesa de una futura existencia mucho mejor fué para que por comparación mejorásemos ésta, y a esa sola condición quizá.

Una piedad activa era la que lo movía, la piedad de los fuertes y de los héroes; la misma piedad por la que Prometeo nos llenó de dones y pagó con indecibles sufrimientos.

Si los hombres hubiesen comprendido a ese inigualable espantador de tristezas, el mundo habría sido una fiesta, desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte, una fiesta en la que los hombres se encariñasen los unos con los otros,

en la que el rico recordase al pobre y el fuerte se compadeciese del débil.

Desde su primer milagro, la curación de la mano a la incrédula Salomé (Prot. Eva, de Sant. Cap. XX), hasta su muerte, y aun después, ha trabajado para hacernos dichosos con deseos conciliadores y con intenciones revolucionarias. ¡Muchas veces golpeó, viajero silencioso y extravagante, extranjero sin prisa, en las casas de los hombres pidiendo posada, y muchas veces fué desconocido!

Y fué desconocido para que la ayuda y compasión del rico hacia el pobre pudiese seguir siendo sólo una especie de amor propio, y la bondad del fuerte hacia el débil, una forma de superioridad y de orgullo.

Por eso al débil no le importa que el fuerte sea fuerte y al pobre no le importa que el rico sea rico.

Lo que les importa es que el fuerte sea benévolo y que el rico sea generoso. Con ello se pierden los dos: el que recibe, porque agradece mal, y el que da, porque no medita.

Visto todo esto y comprendido, no fué obstáculo para que siguiese, incansable, paradigmático, sin paz, sin hogar, reanudando su empresa todos los días y todas las noches; tratando de levantar lo que los hombres asentaban, de aventar lo que agrupaban, aclarando lo que ensombrecían.

Extraía sus fuerzas de las profundidades insondables del mundo interior y de un Más Allá en los cuales no creen el opaco egoísmo y el frío escepticismo.

Trabajó siempre con la esperanza, aun no lograda, de poder algún día reclinar su cabeza en la almohada de un corazón que comprendiese lo que quería, tanto como para comprometerse a relevarlo y poder decir con El: "Sólo el Hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza", sin que en ello fuesen ni queja ni reproche.

¡Relevarlo a El!

¡Tener facultades humanas capaces de un desarrollo tan excepcionalmente raro!

¡Salir por los caminos del mundo, la conciencia misteriosamente recatada bajo una capa de solicitud y secreto, dejando que la rumia patética del pasado dé tiempo para el sueño profético del futuro!

¡Tender las manos a los hijos de la angustia al mismo tiempo que a los hijos de la alegría!

Servir a los que caminan ciegos, con el apresuramiento de la corriente del mundo, y a los que miran sentados a la orilla; a los que pasan sin mirar y a los que ven sin pasar; a los que están en la luz obscura y a los que están en la obscuridad iluminada, sin que ellos hayan intervenido jamás en la elección de ser como son o de estar donde están.

Relevarlo a El, sabiendo que se puede terminar en una especie de espantapájaros humano, en un bausán relleno de aserrín colgado en andurriales de la historia, hasta el cual vayan a deshacerse los avisados en placeres y los curtidos en tristezas para pedir consuelo, olvidados de que El dijo que todo lo debemos encontrar en nuestra conciencia y nada más que en ella.

¡Ser un rostro para todos los rostros, ser el rostro de todos!

Permanecer en esa inmovilidad semejante a la de la eternidad, en una cumbre, sí, pero desde la que se contempla en una de las escarpadas y abruptas cuestas a una muchedumbre que aborrece y odia, y en la otra, a una muchedumbre que se aflige y ama.

Y saber que la eternidad no es una dirección, ni una función, ni un itinerario, sino el ensanche y madurez de nuestro espíritu en la prolongación del tiempo.

¡Perpetuarse, sabiendo que se es lo invisible que hay en todo lo visible y lo único visible que hay en lo invisible!

¡Refugiarse en la seguridad de poder ser un nuevo Adán y esquivar el Purgatorio del orgullo y el Infierno del servo arbitrio!...

¡Inclinarse a cumplir todo el sueño que la tierra le enco-

mendó al hombre cuando fué hecho, para que ese sueño lave de nuestra frente la aflicción del nacimiento doliente y la maldición de los excesos de gozo o de pena!

¡Relevarlo a El!

¿Hay quién pueda hacer una tela con hilos arrancados al corazón sabiendo que nadie ha de ponérsela nunca?

¿Hay quién pueda construir una casa con amoroso desvelo sabiendo que nadie la querrá habitar jamás?

¿Hay quién pueda echarse a sembrar con toda la ternura de su alma, en un campo interminable, sabiendo que no habrá cosecha?

¿Y hay quién pueda permanecer vigilante junto a estas tres obras mientras el viento vuela al lado nuestro, mientras el agua canta cuando corre cerca de nuestros pies, mientras la luz tienta cuando brilla en lo alto, mientras la felicidad o el hambre, el dolor o el placer tiran hacia todas partes?

Y saber que la paciencia que se necesita para no naufragar en esta espera inacabable puede resumirse en la sentencia de Job (IV, 17 y 18):

"¿Acaso un hombre parangonado con Dios será tenido por justo, o podrá creerse más puro que el hacedor? Mira que no lo han sido sus mismos ministros y que halló culpa hasta en los mismos ángeles."

En esta lucha de la tierra, que no sólo se ha hecho posible sino que es originada por las fuerzas espirituales que pretenden haber creado el mundo, el destino humano sólo parece gobernado por el azar, y la vida, una siniestra trampa.

Por ello, El esgrimió la perplejidad, levantó hasta convertirla en arma a la perplejidad que flota sobre los Evangelios, esa especie de ícono verbal del cristianismo, como le llaman los ortodoxos.

Cuando miramos en nuestro tiempo a las cosas y los conceptos que cambian con impresionante y absurda rapi-

dez de sentido y demuestran lo precario de su utilidad y lo pasajero de su operancia; cuando vemos que fuerza y derecho, amor y odio, traición y lealtad, imperialismo y democracia resultan expresiones falsas, palabras huecas, yacentes, que mudan de piel, usados por los hombres desorientados en una sociedad atónita; cuando vemos yacer inertes, caídas desde cumbres donde otrora tuvieran significado, a las más universales fórmulas de vivencia, produciendo verdaderas catástrofes; de lo que el Perplejo dijo no extraemos, ¿por culpa de quién?, nada más que perplejidad, una perplejidad al mismo tiempo vaporosa y anegadora.

Sin embargo, al perseguir la interpretación de lo que Cristo significa, vemos que allí no hay la maleza confusionista de un mentiroso, ni el éxtasis jadeante de un visionario enfermizo, sino una realidad metempírica, que desprende de entre los dobleces de lo humano el misterio de lo divino.

La realidad que hay en El es tan inmensa que parece fantástica a los ojos acostumbrados a tintes mediocres, a líneas equilibradas, a perspectivas ostensibles, a ordenamientos cómodos y a formas palpables.

Cuando comprendemos que no quiso ser solamente salvador de almas, sino de cuerpos también, y que se esforzó por santificar a toda la naturaleza, de la que El comprendía que su humanidad había salido como de una gusanera, para arrastrarse hasta la crisálida de la Cruz y gritar ¡Hossanna!; cuando observamos lo desmesurado de su ser que se aventura por un camino que le ha sido revelado a su alma a fuerza de meditar en ella misma, y no en un camino dado con anterioridad; cuando lo vemos dispuesto a torcer los cantones morales de los hombres, a veces hacia lo que nos parece matorral, otras hacia torres de protección, no podemos concebir que haya quienes guarden la llama del amor a El, que es el amor a todos y el amor a sí mismos, en una simple hornalla alimentada con artificial combustible, y mucho menos quienes la oculten en un altar lleno de sa-

grados vedámenes, donde todo es generalmente falsificado, con inconsciente histrionismo.

¡Ah!, es que no podemos adivinar nada y queremos saberlo todo...

Erramos cuando vamos a descubrir la verdadera identidad de Cristo en la obra perfunctoria de los Evangelios, si primero no hemos sabido hacer caer las escamas que nos obscurecen las pupilas.

Yerra aquél, aunque haya sido desesperadamente incrédulo, a quien El dice: "Cierra los ojos que tus pies te conducirán a mí", porque oye, sí, y va, sí, y llega también, pero como si no hubiese entendido nada más que con los pies... Va a perderse en El, cuando el problema reside en encontrarlo.

¡Y cómo va a perderse en El! La más de las veces suméndose en éxtasis provocados por la vigilia o por los artificios físicos y morales de que se valen para los suyos algunos expertos en deformaciones que viven permanentemente en las fronteras de la sinceridad.

A pesar de todo, conocemos aquí, en la tierra, a personas que no son como nosotros, tangibles ciudadanos de algún país, ordenados contribuyentes de algún Estado, súbditos de infinidad de personas y cosas, gentes con alguna ciudad nuestra permanente, palpable, que nos absorbe y preocupa todas las horas de nuestra vida; conocemos aquí a personas que tienen su ciudad invisible en el cielo, peregrinos infatigables, fantasmas sin hogar, gentes que tangencian a todas las evidencias de este mundo, "locos por Cristo", sin bienes y casi hasta sin ropas; hombres a quienes repugna la frenética persecución del sustento y siempre dispuestos a dejarse morir de hambre o de vida, porque el entusiasmo de la muerte se apodera de ellos antes de haberse despedido de la vida.

Se les conoce por la luz esperanzada de sus ojos, por la humildad de sus palabras, por la suavidad despreciativa

de sus sonrisas y por el inviolable silencio de sus bocas, que sólo se humedecen para la locura y el gozo de musitar algún sueño comunista.

Son los únicos que saben por qué sonreír es mejor que reír, balbucear que declamar, y admirar que amar.

Parece que esperasen la liberación completa de sus almas por el fuego de la esperanza y el impulso de la voluntad.

De vez en cuando, las turbas que no saben más que tener hambre y odio, y se revuelven en la angustia y la desesperación, y las otras turbas que no saben más que adorar riquezas y saciarse de comida y vivir en palacios tan bien asentados en la realidad terrestre, como ellos, porque fué dicho (Gén. I, 28): "...henchid la tierra y enseñoreaos de ella", salen a la calle corriendo, como lobos, detrás de uno de estos "locos" para darle cacería.

Más de una vez las indignantes expresiones de los deseos reaccionarios de estas turbas mixturadas, cercando al que sueña, al "loco", pueden traducirse en este grito feroz, el mismo que se encuentra, velado, en las leyes y en los códigos:

¡Que lo crucifiquen! ¡Que lo crucifiquen!

L A G R A N P R O M E S A

La ola crece y anega; su rumor va más allá de los límites de la Palestina. En una oportunidad se juntan más de cinco mil personas detrás de Jesús.

Cada vez tiene menos tiempo de reposar, y los instantes de soledad, tan necesarios para la meditación de sus planes, le son hurtados.

En adelante, difícilmente podrá substraerse a la sociedad que el éxito de su misión le imponía.

Hasta en los momentos de la muerte, a El, que era único, lo obligarán a soportar compañía, y eso que la muerte es el acto fisiológico que los hombres verdaderamente grandes deberían afrontar en perfecta soledad, aunque sólo fuese para eximir de teatralidad a una de las pocas cosas definitivas que hacen en su vida.

Con cinco panes y dos peces, Jesús llena cinco mil estómagos vacíos que andaban tras suyo, nos dicen los Evangelios.

Milagro ejemplar, pues aprendemos que cuando las cosas se tienen en común, aunque sean menos, alcanzan para

hartar a todos y sobran, lo que no sucede si cada cual tiene y usa lo suyo para sí.

Camina sobre las olas, y hace caminar a Pedro sobre ellas. Sosiega huracanes.

¿Qué más?

La materia parece dócil a sus órdenes.

Sin embargo, tiene que ocuparse de algo más importante, de las esencias, de otra clase de hambres y de otra clase de huracanes que sacudían y consumían las almas de los hombres.

Y sobre todo, no es posible retroceder, ni entretenerse demasiado en controversias con fariseos, ni en juegos milagrosos.

Puesto a trabajar entre los hombres, como Cristo, debe seguir en tal calidad hasta el fin.

Por esa época, Jesús se reúne al pueblo que lo esperaba en Cafarnaúm y se dirige con él a la sinagoga.

Allí algunos le dijeron (Juan VI, 25): "Maestro, ¿cuándo viniste acá?"

Observó detenidamente a aquellas gentes a quienes arrastraba, pero que le acosaban, y comprendió lo que pasaba en sus almas.

"En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad, no para tener el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os lo dará el Hijo del Hombre, pues en éste imprimió su sello el Padre, que es Dios."

Palabras tan enigmáticas son incómodas.

Así como pan de la tierra y que les quiten dolores y perdonen defectos, los hombres quieren palabras claras, comprensibles, seguros amarraderos a los que asirse.

Los métodos lentos y confusos, las promesas vagas que suelen adaptarse bien a las mentalidades impresionables, no los satisfacían.

El hombre es un animal razonador, que quiere hechos que se expliquen por A o B, aunque A o B no sean otra cosa que un absurdo del que se ven forzados a partir para todo, por costumbre o por cobardía.

Ni siquiera para afirmarse en el derecho a tener miedo creen en otras cosas, pero cuando el miedo les gana antes de haber pensado en el derecho a tenerlo, entonces sí creen, mas ya sin derecho.

Jesús, que es la intrepidez, no busca atemorizar, que ello hubiera sido fácil; sino hacer entender algo de lo que El estaba convencido y que no podía presentarse envuelto en la débil fraseología lógica de los hombres, red que aprisiona nuestro pensamiento, sino en la que El sentía y quería hacer que los otros sintiesen...

Terrible problema es ya de por sí enseñar colores y sonidos a ciegos y sordos de nacimiento; que no otra cosa son los que tienen limitada su conciencia a un arbitrario mínimo indispensable de vida; pero aun están, además, los que la han asesinado, los que llevan en el costado izquierdo, a la altura del corazón y en su reemplazo, el garabato caprichoso pero matemático de la razón.

¿Cómo remover esos tímpanos, entreabrir esas pupilas y resucitar esos cadáveres?

Ellos dijeron:

"¿Qué es lo que haremos para ejercitarnos en obras del agrado de Dios?"

¿Jesús lo sabía?

Todo nos induce a pensar que la pregunta se refiriese a una conducta, a descubrir juntos una norma que habría de brotar de la misteriosa coincidencia entre el Hijo del Hombre y los ahijados de la Nada.

Para ello les contesta:

"La obra de Dios es que creáis en aquel que os ha enviado."

Pero, ¿por qué? ¿Para qué?

¡Ah!, los hombres quieren saber y, sobre todo, pruebas, ¡y qué clases de pruebas, pan y milagros!

"Dijéronle: ¿pues qué milagros haces Tú para que creamos? ¿Qué cosas haces? Nuestros padres comieron el maná del desierto, según está escrito: dióles a comer pan del cielo."

Y Jesús no titubea. Les da palabras y les niega lo que estaba escrito...

Mas los hombres no creyeron todavía y pensaron que les hablaba de un pan que podía llenarles el estómago, pues las palabras, que ya de por sí son representaciones deformadas por el espesor de los cerebros, se hacen, además, víctimas de la comprensión a que se ven sometidas por los que entre lóbulo y lóbulo albergan arsenales de contrabando capcioso.

"En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dió pan del cielo; mi Padre es quien os da a vosotros verdadero pan del cielo. Porque pan del cielo es aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo."

Ellos quedaron extrañamente conformes y lo pidieron: "Señor, dadnos siempre ese pan."

Pero el que no ha mucho acababa de multiplicarlos (sin multiplicarlos), dejando a todos saciados y a todos con fe, ahora va a parecer indigno a los sordos y a los ciegos, porque es de otro pan del que habla y a almas inapetentes. Habla de un pan que sólo es útil a los que saben acogerse al refugio sombracular de la fe, y no temen, al aceptarlo, que mañana pueda ser substituída la manifiesta ignorancia de sus almas por la decepción, pues la desgracia de los avisados hace precario todo consuelo y frustranea toda esperanza.

"Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás."

¡Hay que tener fe!

¿Pero qué es una fe que no se prueba, que no se usa?

Hay fes como hay razones y se sigue que es en el uso donde se siente la bondad y calidad de ellas, sobre todo cuando, al usarlas, se les confía el riesgo de la vida.

Lo otro es credulidad y razonamiento, que dan dicha barata, como la euforia del borracho.

Además, tiene sus peligros individuales y sus inconvenientes sociales.

Una sociedad de crédulos o de argüidores más o menos felices sería un disparate y una desgracia incalculable.

¿Pondríamos hoy día nuestras esperanzas en un hombre que cree o que arguye o en un hombre que piensa y siente y, por lo tanto, duda?

Después de las citadas palabras de Jesús, parecería que fuese a abrirse una puerta muy grande y necesaria, una puerta que diese luz y desalojase toda la sombra que envuelve a la humanidad.

Pero, ¡no!

"Ya os he dicho que vosotros me habéis visto y no creéis."

No se muestra con estas palabras muy desdeñoso, porque siempre la piedad veló su desprecio. Además, habría sido inútil mostrarles desprecio, pues los hubiera regocijado...

Prefirió decirles dignamente:

"Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo", con lo que los judíos se pusieron a rosigar:

"¿No es éste aquel Jesús, hijo de José, cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos? ¿Pues cómo dice El que ha bajado del cielo?"

Oído esto por Jesús, comprendió que se le empezaba a admirar, pues los vulgares no tienen otra manera de empezar a manifestar su admiración que murmurando.

Y, entonces, sí, la gran promesa brota de los labios del Hijo del Hombre, para satisfacer el hambre de eternidad de las gentes:

"En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí,

tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera. Quien comiere de él, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo."

Aquello era magnífico. Se les ofrecía lo que pedían: ¡no morir!

Y aunque realmente lo que necesitaban era vivir, se echaron a creer como locos.

Como siempre, en seguida de la fe vino la teología, prueba de que los hombres consideran superfluos el tonel y la linterna de Diógenes; desde que con el espíritu tienen, asaz, la fe en Cristo, todavía en vida suya, comenzó a convertirse para la inmensa mayoría de los hombres en un almacén de corrupción solitaria donde la conciencia podía entretenerse en inacabables exámenes.

Otros de los que oyeron al rabí se dijeron (Mat. VI, 61): "Dura es esta doctrina, y ¿quién puede escucharla?

Dura e inaudita. San Juan comenta:

"Desde entonces, muchos discípulos dejaron de seguirle y no andaban con El."

Es que, además de ser difícil creer, Jesús es claro nada más que para los hombres que quieren gozar de su gracia y no de sus secretos, de su perdón y no de sus proyectos; para los que prefieren amar sin comprender a comprender sin amar.

Simón Pedro, a su requerimiento, le aseguró que los doce Apóstoles no se retirarían, porque "tú tienes palabra de vida eterna", y Jesús le replicó:

"Pues, ¿que no soy yo el que os acogió a todos doce, y con todo uno de vosotros es un diablo?"

Como la promesa de no morir no estaba rodeada de muchas pruebas y seguridades, trajo la desilusión y la disolución.

Desde entonces las gentes siguieron hasta hoy, manoteando entre el antro de Trofonio, de donde los hombres salen graves y melancólicos, llenos de oráculos, de los tristes oráculos de la razón, y el reino de los cielos, y la esperanza de la vida eterna, con la que algunos pueden vivir felices y despreocupados.

"Yo soy el pan de vida. Quien comiere de él vivirá eternamente."

Entre los judíos, donde no existía culto alguno por los muertos, donde todo se reducía a expulsarlos de la casa de los vivos y alejarlos a lugares abandonados, sin árboles, ni monumentos, ni jardines, ni visitantes, la promesa de eternidad equivalía a no ser olvidados, como Abraham se olvidó de Sara apenas muerta; como Jacob, que sólo se detuvo un instante sobre la tumba de Raquel, para poner una piedra encima, y prosiguió sus tareas pastoriles.

Millones de seres se acercan hoy, temerosos y temblorosos, con la conciencia transfigurada, a ese pan extraño que encierra promesa de eternidad, seguro de que les hace grandes dones.

¿Los dones esenciales de la existencia?

¡No! Los dones esenciales del sueño.

Y de nuestra absoluta incapacidad para separar la vida y el sueño, vemos que consiguen una idéntica estabilidad, unos con la evidencia y otros con la ceguera.

LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS

De entre las tres principales festividades del mundo judío, la que gozaba de mayor popularidad era la llamada de los Tabernáculos.

Todo el judaísmo participaba de ella, porque fué instituída en memoria del éxodo de Israel al desierto; pero le consagraban más fervoroso júbilo los campesinos. En los ocho días que duraba, agradecían a su dios cosechas y vendimias y hacían rogativas para que lloviese y prosperasen sus haciendas. Esta celebración coincidía con el fin de los más arduos trabajos rurales, de manera que les servía de solaz y reposo, al mismo tiempo que de premio.

Jerusalén y sus alrededores se llenaban de forasteros y peregrinos, la mayor parte de los cuales habitaban tiendas simplemente en descampado, siendo este género de vida considerado como representación de la que el pueblo hebreo hiciera en el desierto.

Las casas de Jerusalén y los pueblos vecinos estaban empavesados y adornados con ramos de árboles y por las

calles gentes de todas las razas se mezclaban bulliciosamente.

Las mujeres se ponían los más ricos vestidos y usaban los más finos y embriagadores perfumes, y los hombres se entregaban a grandes convites y libaciones, donde corrían abundantemente los mejores vinos de Siria y de Grecia. El lujo y las licenciosas costumbres romanas, que hacía tiempo habían sido introducidos en la tierra conquistada, se sumaban a la lujuria y a la sensualidad de los judíos, que en estos días gozaban de absoluta libertad.

La alegría chisporroteante y fugaz del libertinaje estallaba impúdicamente en el pueblo, que siempre procede emulado por las clases superiores, en las que el ocio enciende, junto a la llama de la filosofía, la hoguera de la prostitución en toda su diversidad de formas y caprichos.

Las perversidades de la carne y del pensamiento que corroían a las razas del mundo se daban cita en Jerusalén para esos días, durante los cuales el terrible Dios de los judíos dormía profunda siesta.

La urbe era un hervidero de pasiones contrarias, de creencias distintas, de absurdos apostolados, de inesperadas sofisticaciones, de místicas incongruencias, de desenfrenados egotismos, de teorías imbuídas de fiebre sensual, pues todo género de predicadores aprovechaba las aglomeraciones para hacer sus conquistas y difundir sus enseñanzas.

Los curiosos que oían a los maestros, a los rabinos, a los doctores, a los cristos disimulados, caían a menudo en alguna de las muchas redes que se les tendían, después de andar de un lado a otro escuchando discursos y envenenando sus corazones inconscientemente.

Aquellas gentes tenían prisa por saber, esperaban revelaciones de las palabras de los otros y no las buscaban en sí mismos.

La lectura era privilegio de muy pocos, de manera que no quedaba otro recurso que satisfacer la necesidad de cultura

oyendo a los sabios que querían salvar del naufragio a una religión vieja y en desacuerdo con los tiempos que corrían.

Las páginas del Pentateuco ha mucho tiempo eran devoradas por la polilla, pues los hombres ni las leían, ni las deseaban..., más o menos tal cual ahora.

Jesús llega a Jerusalén promediadas las festividades e instala su cátedra a las puertas del Templo de Salomón.

El escenario es completamente distinto al de las ciudades adonde había actuado hasta ahora.

La complejidad de ese mundo nuevo, del cual sin duda alguna ya había tenido noticia, fué directa y rápidamente penetrada por El.

Su mirada, que calaba en las almas y cristalizaba en ellas y que no había encontrado hasta entonces corazones opacos, tiene oportunidad de medir abismos inmensos.

El Mesías comprende de inmediato la dirección que debe tomar.

Es natural que donde tantos predicaban de tan distintas maneras sobre las mismas cosas, los oyentes dudasen y vacilasen, negasen y se burlasen y, en la mayoría de los casos, diesen en tomar a juego, lo que si bien en algunos predicadores era entretenimiento intelectual, cinismo u orgullo, en Jesús se elevaba a inaccesibles cimas de grandeza moral.

De El, unos decían ser hombre de bien y otros afirmaban ser un engañador.

Por momentos debió sentir que el cielo se le cubría de nubes, como en Galilea, y necesitar gran esfuerzo y habilidad para dominarse.

Entonces era cuando su cólera estallaba subterráneamente, en forma de parábolas, como la de El Buen Samaritano, con la que arroja a la cara de los sacerdotes y escribas su desprecio por ellos, a tiempo que no tiene reparos en alabar a hombres de una vieja raza odiada y maltratada, conocida manera de zaherir ponderando lo que otros odian, exaltando lo que es objeto del desprecio de los demás.

Es egotizando con uno de esos doctores en presencia de numeroso público que refiere la parábola, para enseñarle qué es el prójimo, después de haberle hecho confesar, en la necesidad de amar a éste, la raíz de su moral (Luc. X, 30 y s.):

"Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones que lo despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron dejándole medio muerto. Bajaba por el mismo camino un sacerdote, y, aunque le vió, pasó de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio y le miró, pasó adelante. Pero un pasajero, de nación samaritano, llegóse adonde estaba, y viéndole, llamóse a compasión. Y arrimándose vendó sus heridas bañándolas con aceite y vino; y subiéndole a su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y dióselos al mesonero, diciéndole: "Cuídame a este hombre, y todo lo que gaste de más yo te lo abonaré a mi vuelta". ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?"

El judío tuvo que reconocer su parentesco humano con el hombre de repudiada raza y de extraña religión.

Estas intrépidas argumentaciones del Mesías acaloraban a los fariseos, encendían odio en sus almas y alentaban sus deseos de venganza, para lo cual se confabularon con el objeto de prender al osado y conducirlo ante el Sanedrín para que fuese juzgado.

Pero, al mismo tiempo, muchos sensatos, muchos pobres y muchos hombres cuyos intereses materiales no eran puestos en juego por las doctrinas revolucionarias del rabí de Nazaret, lo entendían y admiraban.

No todas las almas estaban encallecidas y comprometidas.

La polémica fué tomando proporciones inusitadas, y Jesús era el centro de ella.

Entre los fariseos y doctores se hablaba de matarlo, y hasta los esenios, que bregaban por la independencia política

de los hebreos, encontraron en la pacífica prédica de Jesús un estorbo para sus intenciones.

Pero todavía no había llegado su hora.

Quizá Jesús se oculta para retardarla.

No debía morir, como tantos otros audaces profetas, sin dejar estela.

Estaba obligado a dar fruto hasta en la muerte, y cuidó bien de ello.

La muerte de los grandes es cosa que requiere grandeza. Ni deben morir al pie de la letra como los que al pie de la letra vivieron, ni encontrar en la muerte el fin de una revuelta, como los que contra la ley se revolvieron.

Su promesa de resucitar al tercer día tiene este sentido ideal.

Su muerte ha de producirse en una atmósfera apoteósica, donde el remorder de la conciencia (dado el caso que en los finales donde se revisa la trayectoria de la vida la haya para todos) tenga un expresión de renacimiento. Hasta ahora hemos visto a Jesús frecuentemente contestar con evasivas ingeniosas y substraerse a compromisos con hábiles posturas controversiales; pero en adelante, el cerco de los creyentes que le exigen se imponga y el de los incrédulos que quieren saber en qué terminará todo ello lo apremian.

El Sanedrín tiene claras pruebas de su herejía y resuelve prenderlo y juzgarlo.

Para el Sumo Sacerdote y para el Sanedrín, del mismo modo que para todos los judíos creyentes, lo que decía ese heterodoxo tenía grandes visos de verosimilitud y un peligroso sentido justiciero.

Muy distinta es la posición de Pilatos, luego. Este era un incrédulo perfecto para el cual era evidente que el mesianismo de Jesús no pasaba de una de las tantas ilusiones que padecemos los hombres.

El Sanedrín creía que ese profeta era verdaderamente

el Cristo y había que terminar con él, porque, de lo contrario, El iba a terminar con ellos...

¡Pero todavía no había llegado su hora!

Los alguaciles que habían sido enviados para que lo prendiesen se desaniman en su presencia y no satisfacen la misión que se les confiara.

Recriminados por el incumplimiento de este mandato, responden:

"—Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre."

Nicodemo era quizá el único sanedrita que no creía peligroso a Cristo, y hasta es probable que abrigase la esperanza de convencerlo de que su doctrina era falsa, aunque los fariseos de entonces, como los creyentes de ahora, dijesen que empezaba a creer en El.

Las disputas de Jesús con los irreductibles judíos que ponían en duda su mesianismo se prolongan y hacen más ásperas. Les llama "hijos del diablo", "mentirosos", "esclavos del pecado", etc.

En una oportunidad se proclama ante numerosos oyentes "Hijo de Dios" y dice que quien observa su doctrina "no morirá para siempre."

Ante las burlas de algunos que no podían contenerse cuando Jesús afirmó haber conocido a Abraham, sin vacilar, completamente dueño de sí mismo y consciente de su papel, contesta:

"En verdad os digo que desde antes que Abraham fuera creado, yo existo." (Juan, VIII).

"Al oír esto, cogieron piedras para tirárselas: mas Jesús se escondió y salió del Templo."

En seguida abandona a Jerusalén. Está más de dos meses recorriendo Galilea y Samaria; cruza el Jordán para ir a la Perea y otras regiones vecinas, hace dos o tres milagros y vuelve a la populosa urbe para otra festividad, la de la Dedicación, recientemente instituída, que se destinaba a recor-

dar la nueva consagración del Templo después de las profanaciones de Antíoco, unos doscientos años atrás.

Había anunciado que no volvería, pero vuelve para triunfar y morir.

"¡Oh, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados! ¿Cuántas veces quise recoger a tus hijos a la manera que el ave cubre su nidada debajo de sus alas, y tú no has querido? He aquí que vuestra morada va a quedar desierta. Y os declaro que ya no me veréis más, hasta que llegue el día en que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor." (Luc. XIII, 34 y 35.)

CAMINO ADELANTE

Muchas cosas habían acontecido desde la aparición pública de Jesús para que las gentes anduviesen asombradas, extrañadas o temerosas.

Por la calidad de las profecías, por las opiniones concernientes al orden práctico y por la exaltación de un amor sin clase alguna de frontera racial, geográfica o religiosa, lo que Jesús enseñaba era realmente inusitado.

Sin embargo, había que hacer algo más, y sobre todo dejar bien afirmada la preparación de los corazones que habrían de sucederle y continuar su obra. El espíritu de Jesús, elástico ya de por sí, que recurría a mil prestigios para esquivar la cólera frente a los incrédulos inveterados, a los hipócritas y a los irónicos, ágil en materia de dar trasentido a las respuestas para zafar compromisos, fué haciendo cada vez más seductor su acento y reticentes sus promesas para que los hombres creyesen sin ver, ya que no podían entender ni su actitud, ni las soluciones que proponía y para las que pedía colaboración.

Hasta entonces, su misión había quedado reducida a

pueblos de menor significado, y el anuncio de la buena nueva del reino de los cielos, fuera recibido bien o mal, se circunscribía a sociedad muy limitada.

Galilea era, por otra parte, la tierra de los mesías, la tierra de los judíos hambrientos de Dios y necesitados de consuelo.

Pero Jerusalén era donde los mesías chocaban con el desprecio, con el ridículo o con la muerte, la urbe donde se cruzaban las razas del mundo con sus dioses diversos, irreductiblemente distanciados entre sí y distanciando a los hombres, con lo que demostraban que no son estos hechos a semejanza de Dios, sino los dioses a imagen de los hombres.

Jerusalén era donde prosperaba más rápidamente el odio entre hermanos y donde la lucha por la vida encendía los egoísmos más feroces y las más enconadas venganzas.

Allí era donde se consagraban las vocaciones terribles y donde naufragaban las necesidades de los sin defensa.

Y allí era adonde iba a dirigir sus pasos el Cristo.

Mas antes va a dejar un sucesor, medida previsora, un sucesor que luego la Iglesia hará perpetuar.

Simón, a quien el rabí bautiza con el nombre de Pedro, es el agraciado, pues ha reconocido, con más viveza y fe que los otros, al Cristo, Hijo de Dios.

(Mat. XVI, 17 y s.) "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Cefás (Pedro) y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en los cielos."

De estas palabras, transmitidas por Mateo y en las que por primera vez aparece el nombre de la Iglesia, tienen origen muchas de las conclusiones dogmáticas sobre las que se asientan las diversas sectas cristianas.

Pero al proceder así, las intenciones de Jesús no fueron

las de abandonar el seglarismo y mucho menos las de hacer sacerdotes profesionales, que todo profesar es deshumanizar.

Jesús fué perfectamente anticlerical y antiteocrático.

Fué enemigo de privilegios, empezando por sí, que pagaba sus impuestos ante el asombro de Pedro, que ya estaba mordido por un veneno de escalafón.

Jesús daba al César lo que era del César.

A esta altura de su vida el partido de sus amigos se concreta.

Reúne a los suyos para El y para ellos, y contra los otros.

¿Qué otros? ¿Los incrédulos?

No, que Dios de ellos se sirve también. Los otros eran y son la costumbre, la tradición ciega, los intereses materiales dominantes, los egoísmos sórdidos, la roca que no quiere mostrar el manantial, las familias que se limitan, las castas que se aíslan, las conciencias que se cierran.

Creyó en la posibilidad de organizar esto para que continuase, y ya sabemos cómo vienen pasando de mano en mano, entre los sucesores de Pedro, las llaves simbólicas que pretenden abrir puertas en el más allá y cuidan celosamente otras, acá, sobre todo después de la traición de Judas, el tesorero de los Apóstoles, quien, una vez excluído de la cristiandad, facilitó que en Pedro y sus sucesores fuese unificada la administración de lo incierto que esperamos para después de la muerte y de lo fugaz y tentador de que disfrutamos en vida.

Luego de confiar tan importante primado a Pedro, Jesús manifiesta deseos de ir a Jerusalén a toda costa, lo cual escandaliza a los Apóstoles.

¡Claro! Jerusalén es la gloria, pero es la muerte también.

Es el final que debería hacerse principio y la prueba que no debería volver a verificarse.

En Pascua, la ciudad se llena de evocaciones del fin del

cautiverio del pueblo judío y Jesús no va allí a evocar nada, sino a predecir y a reformar. Con duras palabras convence a Pedro y a los que se oponían a su decisión. ¿Cómo no le ha de ir mal allí, pensarían sus discípulos, si en las tierras donde están los mejores judíos, donde nos conocen a todos nosotros, se han burlado de El y no le han creído?

Allí están los fariseos legalistas, los saduceos desconfiados y entregados a Roma, los fanáticos esenios y multitud de alegres y vividores paganos.

Pero Cristo no dependía de ellos, ni de El...

Debería seguir elevándose como el rayo, a las regiones del rayo, para iluminar con sus fulgores y truenos.

Además, su desenvolvimiento no podría alargarse mucho so pena de disminuir en importancia o de disolverse como el de tantos otros.

Es natural que su trayectoria, echa de tolerancia, de amor, de bondad, de perdón, de paciencia, en medio de un pueblo carcomido por la superstición, el temor, el abuso de la fuerza, el odio y la crueldad, necesite ser larga: pero también hay que cuidar de que no se pierda el impulso original.

Y como todo se anda, hasta para los dioses, así habría de pasar, El también, a mayores cosas, en mayor escenario.

Ser grande entre los de Nazaret, entre los de Cafarnaúm, entre los de Gorozain y Betsaida, es ser grande, sin duda alguna, pero el que se proclama Hijo de Dios no puede quedar en rey de enanos.

Y no han debido parecerle otra cosa poblaciones donde por un hombre que lo comprendía encontraba miles que lo ponían en duda no porque dudasen, sino porque no pensaban.

Por ello, Gorozain, Betsaida y Cafarnaúm, chicos para el profeta, son reconvenidos y execrados (Mat. XI, 20 y 24).

El ha dicho de sí mismo que es más que Salomón (Mat.

XII, 42), y en prueba de ello, a mayores cosas que Salomón debe abocarse.

Sus palabras, sus promesas, sus hechos, más los creyentes, los ambiciosos, los curiosos y hasta los enemigos, lo comprometen, obligan y empujan a ellas, sin excusable salida lateral.

Es imposible detenerse.

No tiene otro remedio que terminar como Hijo de Dios, lanzado hacia adelante con la intrepidez y la seguridad del que debe ratificarse en todo, hasta la muerte y más allá de ella.

Su decisión está tomada. Los estímulos que lo empujan toman altura en su corazón.

Anuncia su viaje a Jerusalén, sus futuros padecimientos, las persecuciones que ha de sufrir de parte de los ancianos, de los escribas y del príncipe de los sacerdotes y su muerte y resurrección al tercer día, propuesta esta última que cualquiera de nosotros puede albergar en su corazón, para sí. Luego se transfigura en presencia de Juan, Pedro y Santiago, a quienes ha conducido hasta una montaña cercana, probablemente para evitar que los otros viesen, pues exige a los tres testigos, como si un profundo pudor lo cubriese, el más grande secreto sobre lo que han presenciado.

¿Qué presenciaron?

Al Hijo del Hombre que se vestía de luz...

Y, en adelante, revelándose algunas veces, velándose las más, pero nunca debelando su secreto esencial, prosigue su camino.

Es más parsimonioso que antes; hace milagros con menos frecuencia; cerca toda su persona de reposo y misterio y condiciona todas sus relaciones a más estricta observancia de la fe.

De Galilea, parte por caminos recatados para que nadie supiese adonde iba. Paga su tributo del impuesto a los

recaudadores del santuario de Jerusalén para evitar toda sospecha acerca de su identidad.

Quiere desvanecerse en la sombra y hace que sus pensamientos replieguen las alas con académica solemnidad.

Parece que estuviese preocupadísimo en la ordenación del mundo de esencias que lo regía.

Es entonces cuando menos lo comprenden sus discípulos que clavan en El miradas atentas, pero viles, y le prestan oídos prevaricadores.

¡Va a sufrir! ¡Va a morir!

¿Y el reino de los cielos?

¿Por qué haber prometido a los conejos que se harán leones?

¿Por qué haber fomentado en los grajos la audaz esperanza de ser águilas?

LA ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEN

Está resuelta la vuelta de Jesús a Jerusalén, que se efectúa, según la puerilidad justificadora de Juan, así (XII, 14):

"Halló Jesús un jumentillo y montó en él, según está escrito: "No tienes qué temer, hija de Sión. Mira a tu Rey que viene montado sobre un asnillo."

Parece que la misión de Jesús, según los evangelistas, excepto Marcos, a quien debemos agradecer no remitirnos nunca al Antiguo Testamento, se hubiese desvirtuado de no cumplir con triviales requisitos de forma enunciados en la Biblia.

Antes de entrar triunfante en la ciudad que habría de serle fatal, Jesús dice todavía algunas parábolas, conversa con Marta y María en la pequeña aldea de Betania, que "distaba de Jerusalén unos quince estadios" y "resucita" al hermano de éstas, que estaba enfermo (Juan, XI, 3):

"Las hermanas enviaron a decirle: Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo."

Después de recibir este aviso y esperar dos días para hacer este milagro, dice a sus discípulos: "Nuestro amigo Lá-

zaro duerme, mas yo voy a despertarle del sueño; a lo que contestaron los discípulos: Señor, si duerme, sanará."

Parece que cuando Jesús llegó, hacía cuatro días que había sido enterrado y hedía, con el cual hedor el evangelista nos quiere dar una seguridad completa de que estaba muerto.

Entonces, a requerimiento de las afligidas hermanas, lloroso Jesús mismo, pues era muy amigo suyo, con lo cual no nos quedan dudas de que Lázaro había sido un gran pecador a quien Jesús había reformado, es decir, *vuelto a la vida verdadera*, hizo levantar la losa del sepulcro y dijo:

"Lázaro, sal fuera."

Según San Juan, salió.

Todo lo que nosotros podemos hacer para desentrañar el misterio de esta historia, es tomar en cuenta la mentalidad de San Juan, único relator de este suceso maravilloso capaz de poner de relieve, al mismo tiempo, la potencia necrobiósica de Cristo y la tontolatría de los hombres.

El mismo Juan dice (XII, 10) que los sacerdotes pensaron quitar la vida a Lázaro nuevamente.

Si lo pensaron así, para con ello apartar creyentes de la nueva doctrina, demostraban, además de inefable estupidez, absurdo ensañamiento, pues si temían los poderes de Cristo, sólo hubiesen logrado, matando de nuevo a Lázaro, que aquél reeditase la resurrección y, en consecuencia, que multiplicase su crédito.

En cuanto a Lázaro, ¿alguien podría saber mejor que él lo fácil que es no morir?

Mientras Jesús se preparaba para hacer su entrada triunfal en Jerusalén, muchas madres acudieron donde el profeta, que ya gozaba de gran popularidad, para que bendijese a los niños.

Los discípulos quisieron evitar que esta multitud de mujeres con sus hijos se allegase a Jesús y riñeron a las ma-

dres (Marc. X, 13), "con ásperas palabras", dice Lucas, sin que ninguno de ellos se explique las causas.

Jesús, "advirtiéndolo, lo tomó muy a mal, y les dijo: Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el reino de Dios". "En verdad os digo que quien no recibiere como niño el reino de Dios, no entrará en él."

Es a la inocencia a la que Jesús ofrece el reino, excluyendo ex profeso a los hombres que no conservan dentro de sí al niño.

Y no contó Jesús, cuando esto dijo, con el espíritu de contradicción que hay en los niños y en los hombres que han sabido conservar el frescor de la niñez intacto en sus corazones.

Pasa en su camino hacia Jerusalén por Jericó. Se le invita a casa de Zaqueo; sana a dos ciegos que se lo piden, y un día domingo por la tarde hace su aparición en Jerusalén.

Le queda solamente una semana de vida.

Durante ella ha de alcanzar la cumbre de su gloria terrestre y la cima del sufrimiento humano.

Los que en El creían tendrán momentos de terrible vacilación y experimentarán el cruel consuelo de tener que postergar, ¿hasta cuándo?, la realización del reino de los cielos, pues no supieron oír cuando les dijo que el reino de los cielos está dentro de cada cual.

Ellos se lo representaban como una especie de Paraíso, con vívidos colores y abundancia de bienes materiales en sus sandias imaginaciones.

Cada cual hacía del reino de los cielos un complemento de la vida terrestre, donde encontrarían lo que les faltaba en ella, donde se les compensaría ampliamente de cuanto habían sufrido y sufrían, ¡y hasta había quienes se buscaban sufrimientos para luego tener derecho a compensación!

Seguramente hubo quienes soñaron al reino de los cielos en forma de cuerno de la abundancia: los hambrientos;

y quienes en forma de harén: los dejados de la mano de Venus.

Tan sólo los ricos han pensado en él como en un lugar donde lo suyo podría ser de cualquiera, con lo cual la propiedad perdería, dado el carácter egoísta y salvaje de los hombres, la más halagüeña de sus cualidades: la de privilegio o exclusividad.

Mas, entre los creyentes que seguían a Jesús no había un solo rico, excepto el de Iscariot, tesorero de los Apóstoles.

Y éste no iba engañado, sino a engañar.

El nombre del Mesías está en todas las bocas de Jerusalén y sus alrededores, en las de los que lo decían con esperanza y en las de los que lo musitaban con temor.

La publicidad de los milagros había hecho su trabajo admirablemente, y lo seguía haciendo la promesa del reino de los cielos. Pero, como Jesús no creía en la fuerza material, las autoridades romanas, Pilatos, no tenían ni por qué creerle, ni por qué temerle, y las judías, el Sanedrín, podían osar cualquier cosa contra El, sin riesgo.

Las multitudes pregonan la llegada del Mesías a voz en cuello y aclaman su nombre por las calles.

Jesús ya no puede recatarse, como otras veces, y recomendar discreción y silencio a discípulos y creyentes.

El mismo toma la iniciativa de hacer una entrada triunfal en Jerusalén, y hace traer la cría del jumento a un lugar próximo al Monte de los Olivos, después de haber dejado el pequeño pueblo de Betania, gastando, por excepción, cierto aire de vago atruendo.

El séquito es numeroso, y las turbas que esperaban la asombrosa aparición del reino de los cielos y se calentaban al fuego de lo que sus imaginaciones les prometían, gritaban, delirantes: ¡Hosanna!, ¡Hosanna!, y "tendieron sus vestidos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían por donde había de pasar Jesús". (Marc. XI, 8.)

Entretanto, los príncipes de los sacerdotes y los escribas trataban, alarmados, de llegar a un acuerdo para poner dique a la ola que amenazaba sepultarlos.

Y el único modo de contener a Cristo consistió en la manera de hacerle cumplir su propio anuncio (Juan XII, 23 y s.): "Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto."

Estas palabras provienen de que Cristo tuvo la real visión de su próximo fin, en medio del triunfo, y tuvo miedo de que la semilla no fuese a germinar.

¿Quién que es hombre no tiene miedo de algo?

Y los que estaban con El oyeron decir:

"Pero ahora mi alma se ha conturbado y, ¿qué diré? ¡Oh, Padre, líbrame de esta hora! Mas para esa misma hora he venido."

Pero todavía no había llegado.

Es cosa perfectamente sabida que la tradición cristiana gusta asociar toda la naturaleza a la tremenda hora en que el Justo expiró, vejado y humillado por los que no lo entendieron.

Es de toda evidencia que aquélla no pudo ser una hora de júbilo, ni siquiera una hora indiferente, como las que nuestra atención deja escapar todos los días.

Por otra parte, pocas veces vió Jesús júbilo en torno suyo, salvo, quizá, cuando transformó el agua en vino, cuando la distribución de los panes y de los peces y cuando la pesca milagrosa, que a los hombres de entonces, como a los de ahora, la alegría les llega casi exclusivamente por el conducto de la felicidad material.

Es una suerte, además, que Jesús se haya librado de contemplar el alborozo de los que corren tras el éxito, excepto cuando entra triunfalmente en Jerusalén, alborozo venal y sucio como un desagüe.

Sabemos también que el corazón de los hombres se entumecía de respeto y temor frente al Cristo.

Algo semejante debió sentir El, en su alma conturbada, cuando se amargó pensando en su próxima muerte, muerte consentida y querida y que, sin embargo, producía en los que la buscaron la ilusión de que estaban haciendo un final, ¡un final!

El cielo de su alma en ese instante permaneció obscuro y cubierto de nubes; su firmeza acostumbrada y mil veces puesta a prueba vaciló; rayos de sorda angustia tronaron en su corazón, como si mordientes ácidos hubiesen corrido por los canales de sus venas; sus pupilas temblaron y volvieron la luz hacia dentro para intentar sorber inútilmente las nubes de congoja que le producía la visión de su suplicio, y dijo:

"¡Oh, Padre, líbrame de esta hora!"

Mas, cuando murió en la Cruz, porque en ella no perdió su serenidad, las gentes suspendieron todas sus esperanzas, un silencio preñado de amenazas impidió moverse a los discípulos alelados e intimidados, que sintieron el arrebatado martillar del pulso y alzaron los brazos como para acogerse al vacío, mientras el agua se revolvía en los manantiales, la brisa quedaba suspensa en los valles y el mundo vegetal contenía su habitual respiración.

Según San Juan (XXII, 28), entonces se escuchó esta voz del cielo:

"Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía más."

Pero ya sabemos lo que son las voces de Dios.

No que El hable en nuestro nombre, sino que cada cual hace hablar a Dios en nombre suyo, con lo que se explica que Dios glorifique, condene y excomulgue. "Unos creyeron que fué trueno", otros decían: "un ángel le ha hablado".

Admitamos que Dios, a los treinta y tres años de haber ocurrido en la tierra la más misteriosa de las natividades, en la vecindad de la muerte de aquel hombre que había hablado en nombre suyo con tanta autoridad y con un tono opuesto al de la indiferencia, el de la impasibilidad, al ver

al rabí nazareno en esos instantes de humana flaqueza haya necesitado, como nunca, la urgencia de una aparición, para explicarse, justificarse y reivindicarse casi.

Pero entonces ha debido decir:

"—Yo no lo he enviado."

Por única vez, frente al axioma de la divinidad, y antes del supuesto de la resurrección de aquel hombre que había desarrollado el teorema de la vida más llena de sentido moral que conoce la historia de todos los tiempos, Dios ha sentido el imperioso apremio de romper su sacro silencio.

Pero, entonces, ¿en nombre de quién fué que actuó y habló Cristo?

Los que afirman que lo hizo en nombre de su conciencia, no pueden menos de admitir la excepcionalidad de ésta.

Y, a una cosa de tal entidad, como a cosa única, señera e incomunicada, es a lo que llamamos Dios algunos.

Aunque veinte siglos han corrido sobre el secreto de la divina autoridad y de la humana actividad de Cristo, los problemas que planteara permanecen sin solución.

Peor aún, se han complicado, complicación en la cual se ve la necesidad de hallarles solución extrahumana.

La de la voz de Dios, por ejemplo, sería una, y más que una solución, un armisticio, una detención eventual.

Y la voz de Dios no ha vuelto a hacerse sentir, porque la voz de Dios sólo se dirige a los que son capaces de comprender que El es lo menos milagroso, lo único inmilagrero entre lo existente, lo que no admite aberraciones, porque tampoco admite leyes..., y los hombres no podemos vivir sin ellas, para nosotros mismos y para los demás.

Salvo la mejor opinión de alguien que espere, como San Juan, el Paracleto, o, como Dante, el descenso del Veltro y su invisible pero eficaz rondar entre los hombres, Dios ha debido hablar como lo he dicho.

¿No es acaso que todos somos en mayor o menor gra-

do sus enviados, que no hay aquí partícula de luz o de obscuridad que no provenga de El?

¿No somos todos criaturas suyas, la errabunda nube, el ondulante gusano, el agua musical, la venosa hoja de la planta y el altanero pájaro?

Por algo es que en San Mateo (VI, 9), el modelo de oración que Jesús propone empieza: "Padre nuestro..." y no "Padre mío".

Y, más adelante (VI, 15): "Si no perdonáis a los hombres las ofensas que cometen, también *vuestro Padre...*"

El es el Padre de todo.

¿Cuántos se han sentido llamados por Dios? Y, ¿cuántos saben, como lo supo Jesús, que El no escucha?

Todos hablamos en su nombre, todos amamos en su representación, todos odiamos por su mandato, todos temblamos vilmente cuando nada sabemos de sus inapelables determinaciones y de nuestro mísero libre arbitrio.

Sí, todos somos hijos suyos, porque al principio de todo El puso la Paternidad.

Quizá sea por esta razón que sus elegidos se sienten más asegurados para el reino del cielo, cuando el sufrimiento de paternidad reemplaza al sufrimiento de sexualidad, en este desvelo de la tierra en que nos suponemos la existencia del cielo.

Pero Jesús tuvo la voz menos terrestre, el corazón menos pasajero y sintió con menos exigencias la mediatez de la carne y la inductividad del alma. Sin embargo, en aquella hora tremenda, más que la hora en que Sócrates, el inventor de la duda, bebió la cicuta, Dios ha debido gritar al propagandista de la afirmación de la eternidad:

"—Yo no lo he enviado."

Por ello se observa que en ninguna otra circunstancia de su vida Cristo reveló tan plenamente su humana perplejidad.

Entonces una parte de los hombres que lo escucharon,

en vez de quedarse preguntando, como San Juan lo quiere, si aquello era trueno o voz de ángeles, ha dicho para sí:

"Cuando Dios se ocupa de Cristo como si precisase defender su trono de un asalto, muy importante debe haber sido la señal que trajo dentro de su corazón el Hijo del Hombre."

Y conformaron sus conciencias acomodando al Cordero con el Padre.

Otra parte de los hombres escuchó reverentemente aquella voz del cielo y se refugió con tenacidad desesperada en la caprichosa fortaleza de la Tora.

Para ellos, Dios había desautorizado al tentador rabí de Galilea.

Y todavía sobró humanidad que no pudo oír aquella voz y encontró sitio junto al Corán, sin contar muchas otras alternativas obvias, existentes de antiguo o nacidas luego.

Dios había logrado aparecer para dividir: ¡era Dios!

Mas, ¿cómo es que el Hijo del Hombre había querido ser El solo, y por sobre todos, Hijo de Dios?

Aunque su discípulo Pedro se lo hubiese asegurado, El debería saber que Dios, su Dios, había hablado en otra oportunidad y dicho :

"Escuchadme, ¡oh, Jacob!, y tú, ¡oh, Israel!, a quien doy nombre yo mismo, yo el primero y yo el último". Y en el Deuteronomio (XXXII, 39): "Ved cómo yo soy el solo y único Dios", y en Isaías (XLV, 5), "Yo soy el Señor y no hay otro Salvador que yo".

¡Ah!, los demás, los mesías, pueden tener muchas respuestas para nuestras preguntas; pero ninguna de ellas definitiva; pueden venir a acentuar nuestras cavilaciones con las suyas, y a hacernos temblar ante el milagro, que es la violación de las que llamamos leyes naturales, aunque nosotros las hemos hecho, violación que las más de las veces nos la explicamos atribuyéndola a voluntad divina; pueden venir para juzgar y combatir montados sobre un caballo blanco y llamarse Fiel y Veraz, y traer en los ojos llamas de

fuego y en la cabeza muchas diademas, y un nombre escrito que nadie comprenda sino ellos mismos, como nos lo enseña el Apocalipsis; o hacer su entrada en un manso asno, sin otra luz en sus ojos que la del amor o el perdón, y sin otras armas que las de su sacrificio; pueden traer una exhortación al arrepentimiento relacionada con el Juicio Final o el anuncio de la Salvación o la promesa del Paraíso, para los que, buenos o malos, han sabido escuchar con atención la voz de sus conciencias; pero la presencia de Dios en ellos nunca es absoluta y menos exclusiva.

Puede, en algunos, lo divino llegar a inaccesible elevación, tanta que los perdamos de vista y sintamos que vuelan por las regiones de la locura; en otros, y Jesús es el caso, la presencia de la divinidad puede hacerlos pegarse tanto a nuestras carnes, agitar tanto las aguas de nuestra vida, remover tanto en nuestras almas, que terminen identificándose con las necesidades y los olvidos de nuestra humanidad.

Pero nadie puede hablar en nombre de Dios, ser Dios mismo, pues al hombre, y más lo divino, todo le es dado en prenda...

Jesús es hombre y en ello radica su extraordinario poder de sugestión, sobre todo cuando despliega a la vista de las gentes su fortaleza espiritual y la extiende desde el arcano de su alma hacia la periferia, para que de todos sea comprendida, como si la vida y la cultura, en vez de haber depositado sus monstruosas estratificaciones en ella, corriesen siempre vivamente cambiantes, sin raíz y sin otra forma que las formalidades de la esencia.

Es entonces cuando más impresionan su rebeldía y su agitación, al extremo de que parece quisiera librarse del importuno dios soterraño que lleva dentro de sí y lo compromete, como a una mujer el fruto de su pecado.

¡Ah!, y es la presencia de ese Dios, y de ese Dios encarnada y el trasplante que de El hacen los siglos, los hombres,

aunque con El tampoco hay reparación para las infinitas injusticias que padecemos, ni sentido para la moral, ni seguridades sobre la esencia de la verdad, y solamente leves esperanzas de perdón para los equivocados.

Aun con El, persiste el temor horrendo de que estemos cruzando por la vida, como San Bernardo en su bote por el lago de Lucerna, sin ver que hay montañas con la cumbre helada arriba y rumorosas aguas verdes abajo.

El primer cristiano, que debe ser más fácil encontrar que el primer hombre, que el primer pagano o que el primer budista, haya salido de entre los esenios, de entre los nazarenos o de entre los fariseos, llámese Juan Bautista, Hillel o Filón el Judío, hállese entre los apóstoles famosos o no tenga siquiera nombre histórico, sea un señor de la aristocracia palestina o un humilde pastor de los campos de Galilea, ha respondido a la necesidad de tener alguien presente a quien embellecer con la gracia del sueño, alguien finito y existente a quien atribuir la gracia absoluta: Cristo:

Para unos, una respuesta a preguntas de raigambre milenaria pululantes en la Biblia; un hábil sopesador de las realidades políticas de su tiempo, la cintura del cual había escapado a la medida de cientos de mesías de brazos cortos, para otros; un visionario del futuro panorama universal, sin estrecheces de fronteras nacionales ni problemas económicos, ni ataduras de familia, ni mezquindades de razas, para otros aún.

Y para todos, un explorador de conciencias, un traspasador de almas, un Dios más, pero tan complejo, que de la poda y el trasplante que de El hacen los siglos, los hombres, a medida que obtienen el fruto que más necesitan, la libertad, más añoran la servidumbre y se desesperan por reconciliarse con ella.

Este hombre, que es azote si se topa con mercaderes; ala, si con soñadores; medicina, si con enfermos; colador ante Judas, simiente cuando habla desde la montaña, y cosecha

en el Calvario, este hombre, en fin, suplemento para media humanidad, no importa que no sea el único Dios, que participe o no de todas las condiciones de la divinidad, que sea hijo real, espiritual o figurado de Dios. Los hombres, ávidos de doctrinas, como los miopes de gafas, están dispuestos a negarle todo ello, pero no se resignan, ocultamente, a perder la fe en El, aunque con ello dejen de ser razonables, que es lo que más temen...

Por El escapan a la tiranía de facto de la razón.

Y los otros, hombres que no hacen más que estrujar en sus bocas las palabras que El dijera, o que le atribuyen los Evangelios, están dispuestos a ponerlo por encima de todo; pero alientan la secreta esperanza de que estrujar esas palabras baste para la prosperidad de los intereses de sus cuerpos y de sus almas, sin necesidad de llevar a la práctica lo que dicen, y cuando lo practican calculan bien a su favor la ventaja del trueque.

Para conseguir este triste homenaje de la posteridad, El, que no tuvo ascos para pulsar las miserias físicas y morales más repugnantes de sus contemporáneos; El, que se desesperó por mostrar a los hombres que el error por el cual perdimos el Paraíso y tuvimos que restringir nuestro conocer al menguado de nuestra ciencia no fué pecado de nuestra carne sino del alma que elevó a la categoría de virtud la vergüenza, nos habló y sigue hablando, y sus palabras se esparcen por todas las venas del mundo como un resplandor de lo que los hombres más anhelan y menos comprenden: de la eternidad.

Y habló de ella con tal simplicidad, aunque una voluntad pesada como el hierro se ocultaba bajo el raso de sus palabras imbuídas de luz, que los hombres lo escucharon y entendieron como si estuviese hablando de un cobertor.

Como la araña en la obscura celda donde el presidiario pasa el último día, dejó la larga hebra de lumbre blanca que pretende unir la tierra al cielo, pero por la que nadie puede

subir sino con miradas ensoñativas, es decir, cendrado en absoluto.

Este tanteo irracional de lo razonable que hay en Cristo trajo como consecuencia que los cristianos hiciesen una religión así, capaz de evolucionar en conformidad con la razón humana, una religión hecha de transgresiones particulares que siempre encuentran acomodo dentro de una lógica general.

De otra manera, el cristianismo no sería como es, un prudente deísmo, una juiciosa moral, una patriótica observancia de ciertas fechas y la esperanza de un comunismo tan hermoso que admita todas las diferencias sin menoscabo de la igualdad.

Pero los hombres tienen urgencias de no atenerse a lo palpable, de vivir atados a un dios invisible, sordo y cambiante que los ponga perplejos hasta la inebriedad.

Por eso no comprendieron que lo que Cristo les ofrecía era lo único que no les podía ser quitado: la libertad.

Sin embargo, cuando, a pesar de todas las prohibiciones y restricciones de sus doctrinas, hacemos lo que queremos frente a El y aún con El, con tal de sentir plenitud en la plenitud y mengua en la mengua, si de llenos se trata o de hueros, pensamos en nuestras ataduras.

Jesús buscó a las almas simples, desechando a las tortuosas, al campo, alejándose de las ciudades, como si estuviese obsesionado por una lucha contra la variedad, para crear ese poderío espiritual que arrastró a tantos hacia su fórmula divina, porque a Dios no se ha de llegar solo, no se puede llegar solo sin que la sublimación del tedio nos inunde.

El es, ciertamente, la soledad, pero la soledad universal.

A los primeros que le siguieron y preguntaron:

"—Rabí, ¿dónde vives?"

Respondióles:

"—Venid y lo veréis."

Vivía en el desierto. Y el desierto es el más grande de

los caminos, la zona de mayores contingencias, vial que saben hacer silenciosamente los que pueden acompañarse a sí mismos, el lugar donde hay que hacerlo todo, desde la transformación de las piedras en pan, hasta la conversión del odio en amor.

Allí fué donde Cristo encontró las fuerzas necesarias para su empresa, para transformarse en un ser al que los padecimientos y derrotas ayudarán luego a que se sienta invulnerable y capaz de experimentar, cuando exhaló el último suspiro, una sutil complacencia física, en el instante mismo en que fué a quebrarse la frente en las rodillas, libertada su alma en el cerro de la crucifixión, sobre el que planean y crascitan aún cuervos orantes.

Por ello Dios ha debido clamar, cuando Cristo sintió la proximidad de ese instante:

"—Yo no he enviado a nadie", y no las palabras foscas de trueno o de blandura de limaza que pretende Juan.

De esta manera tiene sentido esa pregunta que pusieron en sus labios de moribundo, al llegar la hora nona, y que estaba ya en un salmo del Antiguo Testamento:

"—Eli, Eli, ¿lamma sabastana?": "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

EL GENIO IRACUNDO

No es posible encontrar una explicación satisfactoria a la maldición que arroja sobre la higuera.

Marcos (XI, 13) dice que tenía hambre, y como la higuera no tenía frutos, "porque no era tiempo de higos", Jesús la maldice:

"Nunca jamás nadie coma fruto de ti."

Más adelante (XI, 21), Pedro hace notar a Jesús que la higuera se ha secado. No sería difícil que fuera un tipo de higuera estéril, de las que hablan Plinio (Lib. XIII) y Teofrasto (Lib. IV), que solamente tienen espeso follaje. La sorpresa que esta maldición produjo en sus discípulos es justificada.

Aparte de la de un hambre que no se le ve a Jesús en ningún otro momento y que no es razón valedera, ya que la higuera no podía dar fruto fuera de estación, no nos podemos explicar semejante repudio, ya que el rabí no era hombre de hazañerías de repulsa.

En cambio, es explicable lo que profetiza a Jerusalén (Marc. XIII, 2 y s):

"Ved todos esos magníficos edificios, no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada."

Inmediatamente insiste en su ira contra la Ciudad Santa, desde el Monte del Olivar, anunciando alarmas y rumores de guerras:

"Se armará nación contra nación y reino contra reino y habrá terremotos en varias partes y hambre. Y esto, el principio de los dolores."

A sus discípulos también les profetiza males:

"Habéis de ser llevados a los concilios y azotados en las sinagogas..."

"Entonces, el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre, al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres y les quitarán la vida", y aún:

"¡Ay, de las que estarán encinta y de las que criarán en aquellos días!"

"Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, los cuales harán milagros y prodigios para seducir, si pudiese ser, a los mismos escogidos."

"El sol se obscurecerá y la luna no alumbrará."

Esta profecía del fin del mundo ha de haber aterrado a los hombres, sobre todo porque estaba anunciada para muy pronto (Marc. XIII,30):

"En verdad os digo, que no pasará esta generación que no se hayan cumplido todas estas cosas."

Y les aconseja velar y estar alertas para no ser cogidos en sueño.

Con ello parece indicar que solamente vendría para los dormidos el fin del mundo.

Los hombres de aquella generación no vieron cumplirse estos anuncios, que hasta ahora no han tenido siquiera indicios de proximidad.

O Jesús se equivocó, o no perseguía otra cosa que man-

tener temerosos y sobrecogidos a muchos, cosa lograda hasta en nuestros días.

Estas maldiciones revelan un estado de iracundia que no es el propio de la inexhausta bondad de Cristo.

Por más desolado que estuviese debido a la incredulidad y maldad de los hombres, por inútiles que juzgase todos sus esfuerzos y sacrificios, por estéril que creyese la paciente siembra de su doctrina, no nos es posible concebirlo haciendo sonar a destajo la terrible trompeta de Isaías, ni pensar que pudiese confundir sus vehementes deseos, dado que fuesen éstos, con las realidades.

Por otra parte, a los ojos cerrados, a los oídos tapados y a los corazones paralizados por el amor o roídos por el odio que los rodeaban, no habrían de hacerles mucho las amenazas y los terrores para conducirlos hacia donde El quería.

El combate entre Jesús y sus enemigos recrudece y adquiere contornos épicos. El Templo, al que concurría diariamente, era lugar de agria controversia.

De ahí salía irritado para pasar la noche en la paz del olivar o del vecino pueblecillo de Betania.

Al día siguiente, restablecida su serenidad en la dulzura de aquellos solitarios parajes, volvía más fuerte, y la polémica se reanudaba.

El día martes anterior a la crucifixión toma parte en el debate toda categoría de adversarios del Maestro.

Los delegados oficiales del Sanedrín le tienden pérfidas redes para que confiese su calidad de profeta o de mesías, y hacer, con esta confesión pública, cabeza de proceso.

Jesús se defiende con parábolas, y contestando las preguntas con repreguntas que revelan su gran arte de abreviatura y elusión.

El ejemplo del Bautista, en el que muchos creyeron, le ayuda para incitar a las gentes a que tuviesen fe en El, antes de que más tarde se viesen obligados a arrepentirse.

"En verdad os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de los cielos. Porque vino Juan a nosotros por la senda de la justicia y no le creísteis, al mismo tiempo que publicanos y rameras le creyeron, más vosotros ni con ver esto os movisteis después a penitencia para creer en él."

El anzuelo del gran pescador lleva siempre el cebo del reino de los cielos, mas los hombres no pican.

Entonces, enhebra parábolas, todas destinadas a confundir y condenar a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, como la de los viñateros, la del banquete nupcial y la de los colonos homicidas.

La exasperación de los fariseos aumenta, pero aún temen apoderarse de El y condenarle.

Postergan sus proyectos.

Las indirectas de Jesús, cada vez más ofensivas para los enemigos de su doctrina, se hacen reticentes y harto molestas cuando el predicador alude a la segura salvación de los paganos que se convirtieran.

San Lucas (XX. 20), con mayor precisión que los otros evangelistas, dice que los fariseos "como andaban acechándole, mandaron espías que hiciesen de virtuosos para cogerle en alguna palabra, a fin de entregarle a la jurisdicción y potestad del gobernador."

Buscaron entonces hacerle incurso en alguna de las muchas faltas de carácter político para con las cuales era implacable la dominación romana; pero ni aun de este momento en que su estado mental acusa cierto desequilibrio, los fariseos pudieron obtener el resultado que perseguían.

Por el contrario, Jesús les sorprende y confunde.

Intentaron luego que protestase por los pagos de impuestos y tributos, pesada carga contra la cual el pueblo judío se sublevaba con inútil frecuencia. El rabí adivinó los proyectos solapados de sus enemigos y encontró la famosa evasiva:

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios."

De esta manera dejaba establecido entre el reino material y el espiritual un distingo acorde con su doctrina, aunque la posteridad, en parte torpe y en parte interesada, lo haya interpretado en el sentido de negar derechos al primero.

Frustrada la intención de los fariseos, un escriba, de labios enjutos, artero sonreír y ojos siempre recogidos, como todos ellos, le pregunta:

(Mat. XXIII, 36) "Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?"

Respondióle Jesús:

"—Amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón y con toda tu alma y tu mente. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada la ley y los profetas."

Confundidos los fariseos con las admirables respuestas, la última de las cuales recuerda una anécdota de Hillel, que dijo a un extranjero que quería convertirse al judaísmo siempre que se le explicase la ley en el tiempo en que podía sostenerse sobre un pie: "Lo que a ti no te agrade que te hagan no lo hagas a tu prójimo. Esa es toda la Tora y lo demás es comentario."

Después de haber perturbado a los fariseos con sus contestaciones, Jesús se siente acrecido y seguro.

Hace una requisitoria en regla contra sus adversarios.

El tono que aquí emplea, como el aconsejado por la elocuencia clásica, tiene un "increscendo" patético y un final vigoroso y convincente.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el cielo a los hombres, porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que lo desean!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que de-

voráis las casas de las viudas con hacer largas oraciones, por esos recibiréis sentencia más rigurosa!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis diezmo de la hierba buena, y del eneldo, y del comino y habéis abandonado las cosas más esenciales de la ley, la justicia, la misericordia y la fe! Estas debierais observar sin omitir aquéllas.

"¡Oh, guías ciegos que coláis un mosquito y os tragáis un camello!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por de fuera la copa y el plato y por dentro estáis llenos de rapacidad e inmundicia!

"¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa y el plato si quieres que lo de fuera sea limpio!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por de fuera aparecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre! Así también vosotros, en lo exterior os mostráis justos a los hombres, más en lo interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que fabricáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas. Con lo que dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres.

"¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo será posible que evitéis el ser condenados al fuego del Infierno? Por esto os enviaré profetas y sabios y escribas, y de ellos degollaréis a unos, crucificaréis a otros, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y los andaréis persiguiendo de ciudad en ciudad para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre

el Templo y el Altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán a caer sobre la generación presente."

Ya no ha de hablar más en esta tesitura el diserto rabí de Galilea, pues deberá encaminarse, vacilantes los hinojos, a la cátedra última que todavía yergue sus maderos, arañando la obscuridad del mundo, en el Monte Calvario.

L A C E N A

El día martes, doce Nizán, primer mes del año judío, Jesús se retiró del Templo para ya no volver más a él, y pernoctó en Betania, como acostumbraba. Pero antes, vuelve a anunciar la proximidad de su fin (Mat. XI, 2):

"Bien sabéis que de aquí a dos días debe celebrarse la Pascua y que el Hijo del Hombre será entregado a muerte de cruz."

Al tiempo mismo que esto decía a sus discípulos, en el palacio de Caifás, Sumo Sacerdote de los judíos, se reunían príncipes sacerdotales, escribas y ancianos para decidir qué se haría con el rabí.

Había que proceder con astucia y cautela para evitar que los secuaces de Jesús se sublevasen o que los esenios o los zelotas aprovechasen la ocasión para alzarse contra los dominadores romanos e intentasen vencerlos por la fuerza, contra la opinión de Cristo, que sabía a la fuerza enemiga del derecho.

Cuando ya estaba resuelto por los conspiradores espe-

rar que pasase Pascua, a fin de que la prisión del rabí no perturbase las fiestas, ocurre un hecho inesperado.

Uno de los amigos de Jesús, el que desempeñaba las funciones de tesorero de la pequeña congregación, se presenta ante los príncipes sacerdotales y les dice: (Mat. XXVI, 15):

"—¿Qué queréis darme y yo lo pondré en vuestras manos? Y se convinieron con él en treinta monedas de plata."

La operación comercial fué concertada con una simplicidad que habla bien elocuentemente del grado de impudicia a que habían llegado ambas partes contratantes.

Nadie hizo cuestión del valor de Jesús, para sí mismo, para sus amigos o para sus enemigos.

El de Iscariot tampoco habla de los apremios financieros que podían haberlo conducido a la traición, ni da razón alguna de su infamante proceder.

Las cosas sucedieron así por la necesidad de antítesis que da fuerza a los dramas.

Un vil es tanto más vil cuanto su vileza va dirigida contra un justo.

Como en el Exodo (XXI, 32), se dice que el precio de "un esclavo que fuere acorneado de buey" es de treinta siclos de plata, príncipes sacerdotales, escribas y Judas, creyeron que el rabí nazareno no debería ser tasado en más... El hombre de Iscariot no regatea, porque no le importa nada el precio que debía cobrar, y que luego abandona.

Era un títere que estaba desempeñando el papel de traidor, un títere que se movía como si se le hubiese dado prolija cuerda desde el Antiguo Testamento. Era un autómata que hacía rechinar orinados resortes...

De acuerdo con la técnica volatinera en que fueron escritos los Evangelios, lo hace muy imperfectamente endurecido en la idea de traicionar y sin más fin que la traición.

Ni siquiera se le ocurre pensar que el reino de los cie-

los (¡el rabí lo dijo!) es semejante a un tesoro escondido en los campos y a un mercader que busca buenas perlas...

Entretanto, Jesús prepara los detalles de la última comida que tomaría con sus discípulos el día jueves catorce Nizán, en un lugar misteriosamente designado por el azar.

(Luc. XXII, 10) "Así que entraréis en la ciudad encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua —dice a Pedro y a Juan—. Seguidle hasta la casa en que entre."

Designado de esta manera el sitio donde debería verificarse la cena, ya que contaban con la proverbial y obligatoria hospitalidad de los judíos, sobre todo en días de gran fiesta, Judas no podría saber el lugar donde iría a efectuarse la reunión hasta el último instante y debería postergar para después de ella su canallesco entregamiento.

Ya hemos visto en otro pasaje cómo veía Jesús las almas en los ojos de los hombres.

Es durante esta cena donde ve bien la del taheño Judas, en las recónditas pupilas.

Y dice: "—En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición."

Ninguno de los otros comensales veía nada. Quizá el propio Judas no sabía que era un traidor, a pesar de que ya estaba convenido con los fariseos, porque Judas no sabía leer en su miserable corazón de mayordomo y creía que lo pactado con los fariseos no era más que otra de las granjerías inherentes a su economato, y miraba sus manos pringosas, mercaderiles, rapaces, considerándolas limpias...

Es por ello que pregunta al Maestro:

"—¿Soy quizá yo?"

Y Jesús responde:

"—Tú lo has dicho."

¡Ah, el oculto enemigo que se revela inesperadamente en alguna frase suspensa, en algún gesto menudo, en alguna palabra de que se priva! ¡El oculto enemigo que frecuentemente se incuba en los que nos aman!

Este descubrimiento hecho por Jesús no levantó la menor manifestación de censura o de repudio entre sus amigos. Estaban entregados a una discusión entre ellos, sobre cuál sería el primero en el recuerdo del Maestro.

Disputaban la primacía en la continuación de la obra iniciada, tontamente presumidos. Ambicionaban la sucesión de la jefatura, visto que se acercaba a grandes pasos el anunciado fin.

La envidia roía sus parvas almas, los celos soplaban en sus oídos ideas de jerarquía y pravos estímulos encendían los tizones de bastarda ambición, que más tarde habrían de llenar de focos separatistas la historia de la cristiandad.

Ya sabemos lo que son capaces de hacer la ambición, la fatuidad y la vanidad humanas cuando de escalar el trono de Pedro se trata.

Jesús los aquietó y reprendió y luego se puso con humildad de azacán al servicio de los doce, de Judas también.

San Juan, único evangelista que narra el episodio, nos dice que Jesús se ciñó un toalla a la cintura y lavó los pies de los Apóstoles, incluso los del traidor.

Solamente Pedro hizo alguna resistencia, pero inútilmente, como en todo lo que intentó contrariar los deseos del ductor del grupo, llevado de su súbito talante.

Terminado que fué el lavatorio, Jesús, aludiendo a Judas, dijo (Juan XII, 10):

"—En cuanto a vosotros, limpios estáis, aunque no todos."

Tan pasmoso ejemplo de humildad fué impuesto por Jesús a sus amigos, para entre ellos, y convertido en rito del catolicismo.

Todos los años, el sucesor de Pedro, no en ajena casa como en la que fué hospedada la ambulatoria docena de discípulos de Cristo para comer, sino en su palacio romano, lava los pies a doce mendigos...

Es el de Juan también el único Evangelio en que Jesús hace salir a Judas antes de la cena (XXII, 27):

"—Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes." Con lo que el traidor fuése a lo suyo y dejó solos a los que habrían de concertar la Nueva Alianza en substitución de la Antigua.

Los fieles amigos que caminaban ciegos detrás de una idea, prepáronse, sin saberlo, para iniciar una empresa que se ha hecho de logro, y el hecho a logrerías hizo empresa de ideas, sin saberlo también.

Sin embargo, Lucas (XXII, 21) hace decir a Jesús, después de haberles dado el pan y el vino simbólicos a sus amigos:

"—Con todo, he aquí que la mano que me hace traición está conmigo en la mesa."

Al partir el pan ázimo, Jesús se despide de sus discípulos y, dando parte a cada uno de ellos, les dice:

"—Tomad, éste es mi cuerpo."

Coge luego el cáliz de vino y agrega:

"—Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remisión de los pecados."

Vedle con sus doce comensales en la flabelada armonía del cuadro de Leonardo da Vinci.

Los dos aforismos famosos llenan su boca; las manos extendidas hacia adelante están como esperando que sus amigos vayan a husmear en ellas la verdad.

Todavía no podía soñar en el momento en que animales menos familiares habrían de llegarse a ellas con un instinto olfativo más finamente desarrollado...

Otro rito del catolicismo, la eucaristía (del griego "bien" y "dar gracias"), tiene su punto de origen en las palabras que luego de distribuir el pan y dar a beber el vino dijo:

"—Haced esto en mi memoria."

En aquella sala misteriosamente escogida donde fueron comidos el pan cenceño, las magras hierbas y el cordero pas-

cual, para que quedase conmemorado en el mundo de manera tangible su paso por él, el descendiente de David fundó el primer Templo cristiano.

¿Lo sabía?

Siempre anunciando que se encontraba en los últimos instantes de su vida, Jesús profetiza a sus amigos la lamentable actitud que adoptarían con El:

"—Todos os vais a escandalizar por mí, esta noche."

Efectivamente, poco después, en el trance culminante de la prisión y en las horas del juicio, todos le abandonan, lo que no tiene importancia alguna, pues ya hemos visto que en su vida todos los que lo rodeaban y amaban tenían inconsistencia semejante a las viñetas de un libro ilustrado, sobre las que el lector pasa su mirada distraídamente, al volver cada página.

A Pedro, precisamente porque era de una fidelidad que llegaba a la ceguera, le anuncia que tendrá un momento de confusión y perjurio:

"—En verdad te digo que esta misma noche, antes de que por segunda vez cante el gallo, tres veces me has de negar."

Pedro protesta consecuencia y dice que ni la muerte le hará renegar del Maestro.

Pero Pedro sabía de la muerte tanto como aquellos que nunca la han visto rondar cerca suyo, e ignoraba que precisamente para quienes el amor se muestra más luminoso y grande es que con mayor facilidad ocurren pequeños eclipses.

La cena ha terminado. Judas tiene trazado su camino y va hacia él.

A Jesús le quedan pocas cosas que hacer.

Los restantes amigos permanecerán con la gran sábano blanca del futuro por delante de ellos, sin saber bien de qué llenarla.

Pensando en esto, Jesús da sus últimas instrucciones (Luc. XXII, 35):

"—Pues ahora, el que tiene bolsillo llévele y también alforja; y el que no tiene espada venda su túnica y cómprela."

La Iglesia ha comprendido esta orden del Dios del amor a su manera, perdiendo toda discreción y mesura en lo que respecta a llenar sus alforjas y armar sus huestes.

Hoy tiene en sus arcas los tesoros más grandes del mundo; cree en el "assem habear, assam valeam" y utiliza ejércitos en verdad menos brillantes que los utilizados en las cruzadas medievales, pero de semejante y terrible pegajoso rendimiento.

Además, ignora que cuando un navío se hunde bajo el peso culpable que conduce, no el oro, sino las maderas y el corcho son los que sirven de apoyo a los tripulantes que se salvan...

Parecería que para la Iglesia la religión se haya hecho política; el amor, especulación; el Verbo, Letra.

Por eso, buscar a Cristo en ella es como buscar el espíritu en un esqueleto o la poesía en un diccionario.

Admira a Cristo, pero de lejos, y le envidia.

No se aventura en los senderos que el rabí abrió en la selva humana porque son peligrosos.

Le asusta la ausencia de método en Cristo, lo que no impide que sufra la atracción de su encanto y lo explota.

Lo que El proclama es ley para ella; pero es tan dura que hace todos los esfuerzos imaginables por suavizarla, de manera que se pueda andar por la selva sin temor a las incómodas cardenchas y a las voraces fieras..., que no deben servir para nada, y sin embargo, sin las cuales, la selva, no es selva.

LA PRISION Y LOS PROCESOS

Después de la comida en compañía de sus adictos, Jesus hace una plegaria, con lo que prepara y tonifica su espíritu para el trance inminente.

Luego se dirige a la falda del Monte del Olivar, donde había un pequeño huerto o jardín, conocido con el nombre de Getsemaní, que en hebreo significa trujal o lagar de aceite, en el cual todavía pueden verse viejos olivos desnudos y secos, últimos retoños de los numerosos que debieron florecer allí en tiempos de la tragedia cristiana.

Al llegar a este sitio deja a la mayor parte de sus discípulos.

"—Estad aquí, mientras yo voy allá para orar."

Y se interna entre los árboles en compañía de Pedro y los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, los tres a quienes había distinguido en muchas otras oportunidades.

El fin, tantas veces presentido y anunciado, está muy próximo.

Son las doce de la noche del catorce Nizán.

Jesús hace que estos tres fieles amigos esperen, y se

adelanta algunos pasos en la obscuridad del monte, para estar más solo.

No ha de transcurrir mucho tiempo antes de que vengan a prenderlo y necesita, en la lucha que libra consigo mismo, soledad y testigos al mismo tiempo, vela exterior y aislamiento, para no ser cogido sin prevención y poder bucear en la hondura de su alma.

Aquella noche, allí la luna debe haber sido más íntima que cualquier otra luna de cualquier otra parte. En su pálido rostro copió, para transmitirla a través de los siglos, la pesadumbre profunda de aquella infortunada alma.

Desde donde quedan, los tres amigos pueden distinguirle y oírle:

(Mat. XXIV, 38) "—Mi alma siente angustias mortales. Aguardad aquí y velad conmigo."

Es que un dios debe ser así, algo doloroso. No es posible concebir un Cristo feliz, eufórico.

Hasta la penetración del júbilo debe ser sufrimiento en El.

Cuando algún excepcional cristólogo se empeña en mostrar aspectos felices de la vida de Jesús, uno se indigna.

Mostrarlo contento es infligirle la más infamante pena que se pueda dar a un hombre de su magnitud.

La leticia es cosa ilógica y tonta para las almas grandes.

Cuando un hombre nos dice: soy dichoso, nos dan ganas de reírnos, y no por escepticismo, sino por desprecio.

Realmente, nada hay más abominable que un hombre que se dice y cree feliz.

Una tristeza pálida como una vegetación de sótano había en su rostro madoroso, y en sus palabras, humedad de llanto.

El que quiere hacer llorar, debe llorar primero.

El que quiere hacer perder la cabeza a los hombres, debe perderla él también, como la perdió Jesús, testimonia Juan (XIII, 21):

"Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó en su corazón."

Pero Cristo estaba demasiado bien templado para llantos y desvaríos vulgares.

Esos amigos a quienes recomendó vela mientras meditaba no pueden cumplirla. Antes de pasar una hora están dormidos, y no sólo dormían, sino que sabían dormir, como que Cristo hubo de llamarlos tres veces.

Quizá les tenía muy en cuenta el reposo físico y no entendían nada de las perplejidades del rabí.

La especie humana tampoco ha perdido mucho el sueño por la pasión y muerte del Cristo.

No lo ha entendido, pues está dirigida a cosas demasiado altas o invisibles o fácilmente olvidables.

Sin duda alguna, entiende mucho más la separación de Romeo y Julieta, problema capaz de mantener desvelados a todos los hombres del mundo, o la muerte de Abel, por lo cainita que hay en toda alma, que la cesura que entre los hombres y la eternidad puede cavar una injusticia moral.

Jesús se aproxima a sus tres amigos y los despierta:

"—Velad y orad, para no caer en tentación. Que si bien el espíritu está despierto, la carne es flaca."

Ni siquiera tuvieron una pesadilla, como cuando en otra hora semejante creyeron haberlo visto conversar con Isaías.

¡Dormían, zahondados en el sueño, en presencia del que quería enseñarles a velar, a vivir... y a morir!

Dos veces aún vuelve donde sus discípulos y los halla en igual quietud de síncope.

A la tercera díceles:

"—Levantaos, vamos, ya llega aquel que me ha de entregar."

Esta falta de desvelo, aunque fuese sobra de sueño, cuando Jesús preparaba su muerte, tal como otras faltas de ayuno, aunque no fuesen ganas de hartura, cuando Jesús

devora sus propios pensamientos, dieron a Pedro y sucesores la autoridad terrestre que con sólo las llaves del cielo no podrían adquirir sin excesivo compromiso.

Desde este momento, los sucesos adquieren una celeridad extraordinaria a través de los relatos evangélicos. Son como las cosas que se entretejen al abrigo de contingencias.

El barbitaheño Judas, seguido de multitud de gentes armadas de palos y espadas, se acerca y dice al rabí, al tiempo de ofrecerle los gruesos labios de su cara de cascarria moral para darle un beso:

"—Dios te salve, Maestro."

Jesús, a pesar de que ya había anunciado la traición y señalado al traidor, contesta:

"—¡Oh, amigo! ¿A qué has venido aquí?"

Un pensamiento angustioso nubla la tersura de su frente bajo el sueño de niebla de sus cabellos: pero sonríe al tiempo de hablar, y esa sonrisa quema las entrañas de Judas; y lo mira, y esa mirada se deshace en el alma mezquina del entregador, como una queja.

Jesús se ha preguntado revolviendo en su memoria, sin acertar a comprenderlo:

"—¿Cuándo fué que le dije a este hombre: ¡ven y sígueme!, tú eres de los míos?"

De inmediato, a pesar de que Pedro quiere defenderlo empuñando una espada con la cual siega la oreja de un esbirro, Malcó, le prenden y llevan a casa de Caifás.

Todos los discípulos lo abandonan cobardemente. El traidor también.

Aquel ser en quien, como en ningún otro, había florecido tan extraordinariamente el amor fatídico de los hombres, quedaba en manos de los que le odiaban y envidiaban, para sufrir la última prueba que pondría de relieve el temple de su vocación irremediable.

Ya empezaba a brillar en medio del haz de poesía cre-

puscular que El hiciese resplandecer y la Iglesia cultivaría hasta hoy con empeño botánico y amplia granjería.

El juicio que ha de verse es sumarísimo.

Dos testigos le atribuyen haberse jactado de poder destruir el Templo y reedificarlo en tres días.

El Sumo Sacerdote lo conjura a que dijese si El era el Cristo, el Hijo de Dios.

A ello Jesús responde:

"—Tú lo has dicho."

¡Estaba perdido!

Su blasfemia era pasible del más severo castigo de parte de los que creían que el Templo, a pesar de ser negocio de los hombres, era obra de Dios, y de los que sabían que éste ni hace hijos a la manera de los hombres, ni prohija a nadie.

Los sanedritas, unánimemente le condenan a muerte, sin que valiese nada la intervención de Gamaliel, José de Arimatea y Nicodemo.

En lo referente a la conducción de Jesús a la casa de Caifás, antes de ser juzgado, los evangelistas dan variadas versiones de los sucesos.

Marcos (XLV, 51) es el único que habla de un mancebo que, envuelto en una sábana, le iba siguiendo, y al ser notado por los soldados que quisieron cogerlo, huyó desnudo, dejando la prenda en manos de los cómitres.

Juan (XVIII, 13) dice que antes de ser conducido a casa de Caifás lo fué a la de Anás, suegro de aquél, no se sabe por qué ni para qué:

La justicia judía sigue los consejos de Caifás, que esperaba, al suprimir a Jesús, evitar acontecimientos más lamentables (Juan XI, 50):

"—¿No consideráis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación se pierda?"

Cuando propuso ese sacrificio, porque le parecía excesivo matar mucho pueblo, no vió que iba a saciarse con un

solo hombre, al que se le trataba como a un antipatriota, por su humanismo, su comunismo, su universalismo.

Es que el mundo judío, profundamente dividido entre los que posponían todo a las tácticas políticas y los que soñaban con la restauración de la letra religiosa, tenía que unirse para combatir al que tomaba para sí el olvidado lugar de Dios.

Toda la responsabilidad recaía sobre el caudillo de la pacífica rebelión, sobre el que sabía que rebelarse no es, en sí mismo, más que someterse, pues ni rebelión ni sumisión significan nada en substancia, ya que dependen de aquello contra lo que nos alzamos o a lo que nos sometemos.

Y si El se alzaba contra un mundo, se sometía a otro, cambiando a Dios.

Para el Sanedrín no hay más culpable que ese jefe refractario, que aún sabiendo cuál sería su condena, se complace en contestar con evasivas al severo tribunal que tenía su suerte en sus manos, por lo cual "uno de los ministros que estaba allí dióle una bofetada". (Juan XVIII, 22.)

La tal bofetada Jesús debió haberla recibido como de ministro, es decir, no dada a él, ni por él, sino con el interés de que fuese vista y rebullese hediondo goce en las entrañas de la chusma farisea.

Este culpable a quien se puede abofetear impunemente es el que se ha convertido para la cristiandad en "el que Vigila la Culpa", en "el que responde del Ultimo Juicio", en la matriz de un ideal, en el arca de un sueño que debe esperar todavía el descenso de espesas aguas sofocantes y tumultuosas para cobrar realidad, en la estrella que se debate sola contra una murada noche.

Del aula del Pontífice, la víctima es conducida al Pretorio.

Caifás debe tratar con Pilatos.

Los sanedritas van en corporación conduciendo al reo,

para que la justicia romana apruebe y autentique la sentencia.

Jesús marcha silenciosamente desde el Monte del Olivar a la casa de Caifás, de la casa de Caifás al palacio de Pilatos, pegados a las piedras del camino sus pies desnudos de obediencia, porque en el fondo de su corazón sabía que Dios no pide imposibles.

El pueblo, que hasta entonces había escuchado la palabra del rabí y había seguido su prédica en gran parte, ahora está ausente.

Lo había seguido sin comprenderlo.

En cuanto a sus discípulos, se los ha tragado la tierra o el terror.

Es que el pueblo y los discípulos son siempre así, prestos y fáciles para andar detrás del que parece triunfar, del que promete maravillas, del que anuncia la eternidad del alma, del que transforma el agua en vino y del que multiplica panes y peces; y regañador, esquivo, dificultoso para seguir al que lleva consigo todas las de perder y es capaz de arrastrar con él y afrontar todas las realidades pingües de la vida, para que sobrenade, exclusiva, una esperanza engañosa o problemática.

De todas las seguridades que hasta entonces había dado Jesús a aquellos hombres, no permanecía en pie nada más que la que había reservado para sí mismo.

Los que le siguieron porque creían que en El estaba la salvación, habían confundido la salvación con el éxito.

Los inclinados al bien se daban cuenta de que hacer bien por el bien mismo es tan terrible como arrimar fuego a la mecha de un explosivo.

Sólo uno, el más miserable de todos, da señales inmediatas de su existencia: Judas.

Tenía prisa por desatar el nudo de víboras de su destino.

El traidor, enterado de la sentencia, se presenta a los

príncipes de los sacerdotes y les dice, no sabemos columbrando qué extraña sanción:

"—He pecado entregando una sangre inocente."

Pero nada importa eso a los que tienen de oficio el juzgar.

Ellos no podían concebir que los remordimientos de Judas debieran ser compartidos por alguien más.

¡Y pensar que de estos remordimientos se han venido alimentando hasta nuestros días millones de cristianos, sin otro fundamento que el de la divinidad de Cristo y la esperanza palingenésica!

La tardía pesadumbre del entregador no podría ser útil para rectificar una sentencia que estaba con anterioridad fundamentada en otras acusaciones y en intereses aparte.

Expulsado por sus cómplices, Judas fué a arrojar al Templo los treinta dineros del precio convenido y pagado, con los cuales, dice Mateo, los sacerdotes compraron un terreno llamado Haceldama, destinado a cementerio de los judíos.

Los escrupulosos sacerdotes del Templo no quisieron unir las monedas manchadas de sangre a otras, no se sabe de qué limpio origen, que guardaban en sus cofres.

Judas, entonces, sale del Templo, se dirige a las afueras de la ciudad, y en uno de los árboles que encuentra en su camino se ahorca.

Terminaba su vida, y se ganaba una bien triste inmortalidad, refrescada tan sólo por estar en la memoria, y en las oraciones de la cristiandad, junto al Hijo del Hombre.

Nada nos dicen los Evangelios sobre si dejó, como Cristo, discípulos o continuadores, pues los Evangelios son solamente biografía de Cristo, y noticia de "buena nueva".

Pero todos sabemos que anda por ahí mucho secreto defensor del hombre de Iscariot, y no solamente entre profesionales como él en tesoros y economato, que si bien es de ellos el privilegio de gastar garra de raposa, a nadie se impide te-

ner corazón aciago y lengua de ferocidad, siempre que los administre cristiana y legalmente...

En los Hechos de los Apóstoles (I, 18), Pedro, hablando por primera vez ante la madre de Jesús y los discípulos reunidos, unas ciento veinte personas en total, dice que Judas había adquirido "un campo con el precio de su maldad". Esta explicación, además de no admitir el arrepentimiento del traidor y callar que el dinero fuera arrojado en el Templo e invertido por los sacerdotes en la adquisición de un predio para cementerio judío, da pie a los hurgadores en el Antiguo Testamento para considerar cumplida una profecía de los Salmos (XLVIII, 26):

"Quede hecha un desierto su morada y no haya quién habite en sus tiendas."

Pedro nos da también detalles sobre la muerte de Judas:

"Reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas."

Todavía no habían comenzado los padecimientos físicos de Cristo cuando ya el cuerpo de Judas pendía de un árbol, pasto de los cuervos, porque no hubo quien se apiadase y diese sepultura a aquella carne podrida, a aquellos ojos desorbitados, a aquella boca amoratada, a aquellas manos hinchadas sobre las cuales rebullían moscardones de estercolero.

Poncio Pilatos gobernaba la Judea en nombre del emperador Tiberio.

Aunque habitualmente residía en Cesarea de Palestina, para las grandes festividades se trasladaba a Jerusalén con el objeto de vigilar de cerca al pueblo sometido, que en las grandes solemnidades religiosas era más propenso a la sedición.

Pilatos siempre se mostró hostil a los judíos, y reprimió con energía sus reclamos y levantamientos.

No es de extrañarse por ello que demostrase marcada simpatía por Jesús, una víctima de los judíos.

Anunciados los sanedritas en casa de Pilatos, sale éste

a las graderías exteriores a recibirlos, pues los judíos no entraban a domicilios paganos, que consideraban impuros.

La víctima ya está en manos de los soldados romanos.

Pilatos pregunta:

"—¿Qué acusación traéis contra este hombre?"

Como en esta pregunta parece esconderse duda o desconfianza, los del Sanedrín responden con altanera evasiva:

"—Si no fuera malhechor no te lo habríamos entregado."

Pero Pilatos no se conforma con esta respuesta.

Parece haber sido un hombre de flaca memoria. No recuerda que Herodes, hace apenas treinta y tres años, ordenó una terrible matanza sin otro objeto que el de suprimir al Mesías.

Y ahora que lo tiene al alcance de su justicia, no cree que ese pálido judío de infinita mansedumbre, mas de impasible y fría mirada penetradora, sea el Cristo.

Le parecía un ser inofensivo, un iluso y una víctima de la envidia de los fariseos.

Es corriente que los hombres teman más los anuncios que las realidades.

Cuando Jesús no era más que un recién nacido, pero señalado como enviado de Dios, y destinado a revolucionar el mundo judío de acuerdo con las profecías bíblicas, los romanos no se paran en obstáculos para suprimirlo, y se derrama mucha sangre inocente por la suya.

Y cuando es una realidad tangible el hombre que tiene en sus manos la mecha encendida que hará temblar los soportes de una civilización, ni se le teme ni se le cree.

Los romanos no ven nada, los judíos sí, por eso lo quieren matar.

Pilatos cree hallarse frente a un espejismo, y dice:

"—Tomadlo vosotros mismos y juzgadlo según vuestra ley."

Los judíos sabían que era el Mesías, y lo que querían no

era juzgarlo, que ya lo había sido, sino que se le suprimiese, y contestan:

"—No nos es permitido dar muerte a nadie."

Los fariseos consiguieron lo que buscaban: hacer un escarmiento ejemplar en la cabeza de Jesús, y que ya no viniesen más mesías a perturbar su tranquilidad y que terminasen, de una vez, los osados que hacían peligrar la autoridad religiosa del Sanedrín.

Organizaron, de inmediato, una acumulación de toda clase de acusaciones contra Jesús, sobre todo de aquellas que, por su matiz político, pudiesen inducir a Pilatos a considerarlo reo peligroso.

"—Hemos cogido a este hombre sublevando a nuestra nación, prohibiendo pagar tributo al César y llamándose Cristo Rey."

De esta manera, consiguen que Pilatos se interese.

El delegado de Tiberio ya no puede eludir su intervención sin comprometerse, y debe aclarar la situación de Cristo.

Entonces se decide a interrogarlo:

"—¿Eres el Rey de los judíos?"

"—¿Dices esto de ti mismo, o te lo han dicho de mí?" —le responde Jesús, como lo hacía casi siempre, con otra pregunta.

Pilatos no puede soportar que se le deje sin contestación y que, además, se le interrogue como si él fuese el reo, y le dice:

"—¿Soy acaso judío? Tu gente y los principales de los sacerdotes te han puesto en mis manos. ¿Qué es lo que has hecho?"

Entonces Jesús se resuelve a explicar la naturaleza de su título de Rey de los judíos:

"—Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros hubieran peleado conmigo para que no me entregaran a los judíos; pero mi reino no es de aquí."

El gobernador de Judea no debe haber entendido abso-

lutamente nada de este lenguaje sibilino, que sigue siendo obscuro para una inmensa cantidad de hombres, a pesar de todos los esfuerzos elucidarios realizados hasta el presente.

Una prueba de ello es la nueva pregunta de Pilatos:

"—Entonces, ¿tú eres rey?"

"—Tú dices que yo soy rey —contesta Jesús—. Yo nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad."

¿De qué puede ser culpable, ante los ojos de la autoridad romana, un hombre que se proclama rey de un pueblo esclavizado, es cierto, lo que implica reconocimiento de autoridad política, con lo que el pueblo cambiaría de esclavitud, pero que agrega no ser de este mundo su reino?

Pilatos manifiesta a los hombres del Sanedrín que no halla delito alguno en Jesús.

El delegado de Tiberio conocía una manera de gobernar a los hombres, que consiste en esclavizarlos "more pecudum", y Jesús, la otra, porque no hay más que estas dos, que consiste en impedir que los hombres se arrojen en la esclavitud.

En este punto podían haber chocado muy bien.

Pero Jesús no era rey de esta tierra, y Pilatos no podía entender la clase de política de otro mundo que hacía el rabí.

Además, "venía a dar testimonio de la verdad..."

Tenía que considerarlo inocente:

"—Yo no encuentro en él nada digno de muerte."

Los sanedritas, en cambio, veían a un enemigo insuperable.

Bastante tenían ellos con la esclavitud romana, que apenas si les permitía la libertad de esclavizarse al Antiguo Testamento.

De dejar seguir adelante a aquel amigo de astrosos, publicanos y rameras, ¡quién sabe de qué cosa preciosa podría llegar a manumitirlos!, ¡quién sabe de qué agradable y proficua coyunda podría llegar a desuncirlos!

¡Debía morir!

Y, sintiendo que la presa podía escapar, aunque Jesús no lo intentase en ningún momento, arreciaron en sus malsinaciones.

"—Subleva al pueblo, predicando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta nuestra ciudad."

Y esto no era mentira.

Aunque no se parecía a ninguno de los otros vulgares sediciosos, tan abundantes entre los zelotas y los esenios, Jesús era un caudillo que podría llegar quién sabe dónde, con peligro para todos, judíos y romanos.

Desde hacía tiempo, para con los judíos, sobre todo para con los fariseos y los saduceos, se había mostrado despreciativo, riguroso o violento, según las circunstancias.

Para con los romanos era sutil, esquivador, suave, insinuante, lo que no quiere decir que fuese menos sedicioso, aunque los romanos no se diesen cuenta de ello.

Pilatos no estaba bien informado de nada de esto, y le tenía simpatía por la forma cómo trataba a los fariseos, y quizá lo considerase un colaborador que pudiese ser útil oportunamente.

Lucas (XXII, 7) nos dice que Pilatos, en el afán de desentenderse de responsabilidad, al oír que Jesús era de Galilea, remitiólo a Herodes Antipas, que era gobernador de esa región.

"—Herodes holgóse sobremanera de ver a Jesús, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que había oído de El, y que con esta ocasión esperaba verle hacer un milagro." "Hízole, pues, muchas preguntas, pero El no respondió palabra."

Ofendido, sin entender ese convite de silencio que le hacía el reo, Herodes volvió a remitirlo a Pilatos, después de hacerle vestir la cándida vestimenta de los cuestores romanos que aspiraban preeminencia, para que las gentes se burlasen de El, por las calles de Jerusalén.

No sabía que Jesús era insensible al ridículo.

No conocía absolutamente nada del misterio de aquella alma de flagrante triplicidad, en la que radicaba la explicación de su lucha terrestre.

Un alma tenía Cristo, que quería con todas sus fuerzas la eternidad.

Otra alma, que sentía la inutilidad de quererla.

Y una tercera que asistía a la lucha entre las otras dos y le llamaba vida a eso...

Si observamos atentamente sus correrías, sus afanes redentoristas, su amorosa doctrina, su temple para el sacrificio, su promesa del reino de los cielos, comprenderemos bien esa triplicidad.

Es la misma que lo lleva a morir irremediablemente, la que le hace permanecer silencioso ante sus jueces, y ante el pueblo que, a pesar de las instancias de Pilatos para salvarle, haciendo uso de su prerrogativa de liberar a un reo de muerte, en ocasión de la fiesta pascual, se pronuncia a favor de Barrabás, y en su contra.

Esa misma triplicidad le impidió ser uno de esos hombres que hacen de su reputación una coraza que desanima a osados y ofensivos.

Después de muerto, ha seguido silencioso y sin defenderse.

Es por ello que aun Barrabás, la mediocridad interesada, la cobardía vergonzosa y calculadora, el espíritu acomodaticio, es el que se salva en este mundo, disfrazado de político, o de algo peor todavía, de apolítico.

Y quién sabe hasta cuándo ha de seguirse salvando, porque la culpa es liviana cuando está envuelta en oro, el pueblo sordo y ciego para con los que le aman, si no dejaría de ser pueblo, y Dios, mudo.

L A V E R D A D

"Yo nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad."

A esta manifestación de Jesús, Pilatos hace una fría burlona pregunta de escéptico, solamente citada por Juan (XVIII, 38), que queda sin contestación:

"—¿Qué es la verdad?"

¿Acaso Jesús lo sabía?

¿Podría haber contestado satisfactoriamente al pagano Pilatos, que entendía de fuerza, de derecho, de razón, y hasta de fe, puesto que mezclada a estas verdades accesibles había transcurrido su vida?

No.

Nada puede querer saber de la verdad quien está sumido en la foscura de los intereses políticos pasajeros.

Y si Jesús supiese lo que era la verdad, ¿cómo podría enseñarla?

¿Cómo puede darse a la conciencia común lo que es privilegio particularísimo de uno?

Enseñar la verdad es traicionarla, es venderla.

Someterla a leyes, hacer que otros participen de ella, es deformarla.

Si Jesús hubiese contestado:

—¿La verdad? Un pequeño ruido interior... Pilatos hubiese quedado igualmente sin entender nada.

Lo indefinido y lo indeterminado no pueden contar para él.

Es que la pregunta de Pilatos no es una pregunta, sino una burla, un juego que no tiene la trágica grandeza del juego de los filósofos, y sí la desenfadada insolvencia del que se va a lavar las manos.

Y aunque tanto para Pilatos como para los filósofos el preguntarse qué es la verdad es igualmente inútil, porque aunque ella se les apareciese repentinamente desnuda en medio de la calle no la verían, en los filósofos la pregunta es trágica, en Pilatos, estúpida.

La verdad de que Cristo hablaba es una verdad súbita, que siempre es ahogada entre los brazos de las certidumbres que proporciona el conocimiento científico. Ella no es sensible para los hombres que viven en un universo común.

Todo lo que hubiese podido hacer Pilatos para saber qué era la verdad, dado que lo hubiese querido saber, que demostrado está lo contrario, pues ni siquiera esperó respuesta de Cristo, habría sido inútil.

Los hombres como Pilatos sólo se interesan por aquellas cosas que dan algo.

Y la verdad no da nada; por el contrario, expulsa al hombre de toda sociedad y le obliga a crearse una propia. ¡Crearse un mundo!

¡Solamente Cristo!

El, a medida que fué viviendo tuvo menos de común con los hombres y sus ficciones.

Se había creado las suyas, por las que supo morir.

Es que, como la verdad, la mentira tampoco da nada, porque sólo podemos concebirlas en cuanto pasan por nuestra razón.

Quizá no haya nada tan grande en todos los Evangelios como esa pregunta de la que Pilatos no espera respuesta y para la cual Jesús no tiene contestación.

"¿Qué es la verdad?"

Y nosotros no tenemos otro remedio que seguir, presumidamente, llamando verdades a las certidumbres que proporciona la razón, y sólo en la excepción, embarcarnos, como del Quijote dice Darío:

"Contra las certezas, contra las conciencias,
Y contra las leyes y contra las ciencias,
Contra la mentira, contra la verdad."

Y... hay los que creen que se puede confiar en la razón para alentar la fe.

Hay los que creen que la razón no puede merecer mucha confianza, porque es extraña a la fe.

Hay los que dudan de la fe, por lo que tiene de irracional.

Hay los que sospechan de la razón, porque piensan que es una especie de religión, su absolutismo.

Hay todavía los que hacen su religión de lanzar alternadamente a la razón contra la fe, y a la fe contra la razón, en un malabarismo que juzgan de teas encendidas o de afilados puñales, y no es otra cosa que juego de nadas.

¿Qué es la verdad?

¿Qué es la mentira?

CRUCIFIXION Y MUERTE

Tocamos ya el punto más alto del drama que va a convertirse en tragedia.

Los intentos de Pilatos para salvar al Hijo del Hombre son tibios y vanos.

Hace salir al descendiente de David del Pretorio, y, sentado en el tribunal, Gabatha, en arameo, el viernes de la octava de Pascua, cerca de la hora sexta (mediodía), mostrándoles a Jesús, sobre la cabeza de quien los soldados habían puesto una corona de espinas entretejidas y un manto grana a manera de púrpura real sobre los hombros, dice a los judíos:

"—Aquí tenéis a vuestro rey."

Pero los príncipes de los sacerdotes, envilecidos inexcusablemente, respondieron:

"—No tenemos rey sino a César."

Todavía intenta un nuevo expediente para salvarle, haciendo que el pueblo haga uso de la prerrogativa de indultar a un condenado a muerte, con motivo de la fiesta pascual; pero el pueblo, esa humanidad seca y enemiga a la que Jesús, a pesar de todos los pesares, aun quería incorporar a la pal-

pitación de su vida restante, le condena (Juan XIX, 12): "Si sueltas a ése, no eres amigo de César", y salva a Barrabás.

Y la fórmula de la condena al humillante y cruel suplicio de la crucifixión es pronunciada por Pilatos.

"—Ibis in crucem."

Entonces, a la manera judía y de acuerdo con el salmista, el pagano delegado de Tiberio lavó sus manos sobre la cabeza laxa de la víctima flagelada y se proclamó inocente de su sangre.

Era un tormento vulgar y barato el de la cruz, y entre la sentencia y la ejecución no se hacía transcurrir tiempo alguno.

Los verdugos cruzaban dos toscos maderos, y el cortejo, encabezado por un centurión a caballo y un pregonero, iniciaba su negra marcha hacia el sitio designado para el cumplimiento de la sentencia.

La víctima era escoltada por los soldados que debían hacer guardia junto a la cruz hasta que expirase.

Con Jesús, como con todos los condenados, se cumplieron estos requisitos.

Antes de iniciar su camino se le despojó de la bufonesca púrpura, y se le puso una túnica.

Detrás de El marchaban dos ladrones que deberían sufrir la misma pena, y de la de los cuales la cruz del rabí iba a distinguirse por estar en el medio y ser más alta, y llevar una leyenda escrita por Pilatos que, en griego, latín y hebreo, decía: "JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS".

Los que reconstruyeron la ruta seguida por el Cristo hasta la Cruz, que se irguió en el Calvario, asignan al recorrido unos doscientos pasos.

Catorce estaciones se nos dice que hizo la víctima: nueve en las calles y cinco donde actualmente está la basílica del Santo Sepulcro, construída más tarde sobre el Gólgota.

Jesús camina cargando con los maderos hasta que a las

puertas de la ciudad hacen que un tal Simón de Cirene, que venía de las afueras, le ayudase a llevar la cruz.

Sin duda alguna, los esbirros romanos le vieron mansos hombros de bestia y cara de resignación y servidumbre, condiciones que, sumadas a la casualidad, sirven también para inmortalizar a un ser.

A cada uno de los costados de la cruz levantada para Cristo se yerguen las de los dos facinerosos que van a ser crucificados con El.

Durante el trayecto le escupen, insultan, apalean, manosean y ofenden, porque de esta manera no tenían tiempo para reflexionar sobre lo que estaban haciendo, y los ojos no veían que las espinas entradas en la frente ensarmentada del Rey de los judíos hacían manar una savia colorada que bañaba todo el rostro, mezclada al sudor de la ansiedad espiritual.

Y es clavado en los leños que se izan de inmediato. Su rostro y su cuerpo expresan un dolor de desgajamiento punzante y ahincado, un dolor de pesadez y de dispersión, un dolor de uñas encajadas en las vísceras y arañaduras por toda la piel, un dolor de revolución interna, un dolor de acartonamiento vocal y afasia, un dolor de sequedad y colapso de la lengua yerma y de hervor del cerebro y de devoración de la sangre, ¡el dolor de los dolores!

Y como los que le cuidaban y torturaban no sabían, ni veían, ni habían tenido tiempo de aprender que "no debemos juzgar", Jesús dice (Luc XXIII, 24):

"Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen."

Verdaderamente, ni en la tierra, ni en el cielo, nadie sabía lo que se hacía.

Crucificado, los soldados se reparten sus ropas.

Uno de los que con El estaba empalado, lo exhorta a salvarse y a que lo salve a él.

Al otro, que le pide ser recordado cuando haya llegado a su reino, le contesta (Luc. XXIII, 34):

"En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso."

El buscador de hombres había encontrado uno a última hora sobre la infamante cruz, y le prometía el Paraíso.

Esas fueron las últimas palabras que dijo a un hombre. Las que pronunció después estaban dirigidas a su Dios:

"—En tus manos encomiendo mi espíritu."

Y las aspas de las tres cruces se durmieron por igual, sin viento que las voltease, en quietud de espera.

El descendiente de David ya se había ocupado bastante de los hombres, y pensó en sí.

La tez se le empalideció, falta de sangre, y los ojos se le quedaron vidriosos como alabastro de miel.

Los que en este final esperaron un torneo inédito de su pensamiento fueron defraudados, pues, cumplido que fué su trabajo admirable en la tierra, quedóse clavado en la encrucijada del Gólgota para que los otros piensen en El y por El.

No pudo llevarse a los labios exangües, a la manera del Harpócrates griego, el índice de su mano derecha en demanda de silencio, y quedó inmoble, con los brazos alzados hacia un cielo vacío y los pies apuntando hacia la tierra hueca donde el silencio iniciaba una madurez viciosa.

No es nada más que una permanente presencia tomando el pulso moral de nuestro ser y soñando en la manera de arreglar para los demás una vida que El no ha vivido, con lo cual hace que debamos hallar en El la linde de nuestro redrotiempo.

Después de haber tratado a los hombres como a niños y de habérsele devuelto este trato infligiéndole terrible penitencia, sigue en su alta cátedra enseñando hermandad con conceptos que aun la más amplia de las sociedades modernas aparta de sí con desconfianza y temor, y predicando una modestia y una pobreza que ahora serían calificadas de exagerada reacción contra el orgullo y la plutocracia.

Ninguna de estas cosas fueron comprendidas de los

hombres que conocieron a Jesús, y la mayoría de los que hoy tratan de apartar de sí el verdadero sentido de ellas, porque saben que son cosa donde puede libarse una gota de luz que nutre o mata.

Los evangelistas, relatando la crucifixión, son de una sobriedad que debemos agradecer, pues dejan abiertas infinitas perspectivas a nuestra imaginación, perspectivas, desde luego, aprovechadas en la posteridad por intencionados historiadores y homiliarios para abundar en confusos detalles y grotescas exégesis.

Como la primera muerte humana, la de Abel, además de violenta, la de Cristo fué fratricida, y enseña que no debemos aspirar a morir de esa miseria que se llama muerte natural, tan deseada, pero repugnante como una hartura.

La verdad es que, después de haber sido usada por Cristo, la Cruz, que había venido siendo instrumento de tortura, se troca en símbolo del cristianismo. Y aunque muchos no comprenden la grandeza de este símbolo, y ni siquiera la distancia que media entre Cruz y Crucifijo —el instrumento de tortura, de tosca madera, elevado a la categoría de la creciente luna del Islam o de la llave griega, y el signo de la muerte del Hijo del Hombre, que suele ser placentero ornamento de oro—, todavía quedan quienes saben que en la Cruz murió alguien por una inmensa realidad, por la más grande realidad que pueda tener en su vida cualquier hombre. Nada hay tan real que merezca se muera por ello.

Por esta realidad es que sus traspasadas manos son fuentes que ofrecen su sangre para que las nuestras no castiguen ni imploren; sus horadados pies, descansados en la redilla, son surtidores que enseñan a fecundar la tierra y a que los nuestros no se tarden demasiado en un sitio gozando de las cosas creadas, pues son siempre menos que las a crearse; la herida en el costado es manantial de fuego que mana deseo de eternidad, ni caliente ni frío, y obliga a los incré-

dulos a decir que no fué descendido demasiado pronto, o que fué resucitado demasiado solo.

Desde que Cristo fué clavado, los dos maderos, unidos como si la idealidad del justo hubiese quedado pegada a ellos, han venido dando sombra y luz para todo un bosque en el que hay un sendero que no se puede ver, pero que se debe seguir, lo que ha hecho que solamente el buen lacayo de su sombra haya sido el único discípulo fiel hasta nuestros días.

Al abrigo de la Cruz, junto al moribundo, estaba su madre, única que comprendía la clase de inmortalidad de que iba a disfrutar el descendiente de David, porque era todo hijo del dolor suyo, y lo expresaba sin lágrimas, poniendo una densa mirada en la sangre de su sangre.

Estaban también allí la mujer de Cleofás, y madre de Santiago y Judas, María de Magdala, que quedó pura como si ningún hombre hubiese aspirado su olor antes, cosa que, con la semiseguridad de la historia, sabemos que no era cierta, y Juan el evangelista, según testimonio del mismo.

Además, estaban allí los soldados romanos, el que traspasó su costado y el que alcanzó a la sedienta boca de la víctima un hisopo empapado en vinagre, ambos de alma más negra que las lágrimas de los de Gomorra.

A la hora sexta, fué colgado y clavado. A la hora nona, tres de la tarde, expiró el inmaculado corazón subido a la garganta, que parecía querer vomitarlo.

De allí pasó a pulsar, en el centro de la corte celeste, que los hombres han imaginado con más viveza y calor de esperanza necesaria, el instrumento de nuestra cautividad...

Un frío profundo cayó en la tierra, donde los hombres se garrapiñan y endurecen, cuando su sangre la empapó, pero la circulación de esta sangre por las venas del mundo ha hecho manar el recuerdo, única cosa de permanencia que nos queda para calentarnos.

Una penumbra azulosa cubrió el mundo cuando sus párpados se cerraron, pero todo siguió igualmente detenido, de

tal manera que nuestras míseras nadas tienen demasiado con la imaginación para creer que las cosas cambian y que somos clarividentes.

Un silencio de plomo cerró sus oídos que no oyeron más la algarada del mundo. Entonces empezó a barrernos para dentro un vendaval que nos esforzamos inútilmente en transformar en canto.

Y vinieron los ángeles de la luz a apagarle los ojos.

Y vinieron los ángeles del amor a tranquilizar su corazón.

Y vinieron los ángeles de la fuerza a dormirle los brazos.

Y vinieron los ángeles de la fe a cerrarle los pulmones que habían soplado a la boca aquellas palabras de desconsuelo:

"—¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?"

RESURRECCION

Puede ser que algunos, crucificado el Cristo, hayan pensado que todo había concluído.

Estaban equivocados.

Puede ser que otros, llenos de implícita fe y de puro amor, hayan creído que iba a resucitar para continuar su obra y no dejar en nada sus promesas incomprendidas.

Estaban más equivocados todavía.

Puede ser que algunos otros aun hayan esperado con ansias la resurrección del Hijo del Hombre, y visto que ni el fin del mundo se producía para que lo viesen, más que sufriesen, los hombres de aquella generación, como El lo había predicho, transmitieron a las generaciones futuras el anhelo de sus corazones. Y ya sabemos el poder de arraigo que tienen en los corazones humanos los anhelos cuanto más irracionales son.

Estaban equivocados también.

Todas estas creencias son de hombres que esperaban cosas milagrosas, agenciamientos extrahumanos del que, si había hecho milagros, alimentado hambrientos y perdonado pe-

cados, no todos, habría procedido así porque era el único hombre que a cualquier otro interés oponía y anteponía su simple y magnífica humanidad.

Creyeron que era un dios, y lo esperaron y esperan todo de El, hasta lo indecente y lo abominable.

Si hubiera estado en su poder resucitar, viendo toda esa sombra en los caminos de la humanidad, espesa e indisipable, se habría convencido de que no valía la pena resucitar y comenzar de nuevo.

¡Comenzar de nuevo!, sin una sola posibilidad de variación. Es algo difícil imaginar lo que habría sido para El volver a lo que tenía que considerar como un hábito. ¡Un dios con costumbres!

Sin embargo, en el Calvario no era un fin lo que había habido.

Cristo murió con la seguridad de dos inmortalidades: la de su alma en el cielo y la de la gloria terrestre, y las dos fueron falsificadas por los hombres.

Después del acto divino de su muerte, los hombres han venido removiendo las cenizas, las peligrosas cenizas, aun no frías, sin otro resultado que el de seguir traicionándolo, como fué traicionado Empédocles al arrojarse al Etna para que los hombres creyesen que había ascendido al cielo, cuando el Etna devolvió sus sandalias intactas.

Pero Cristo fué traicionado al revés. Los hombres fueron los que se empeñaron en resucitarlo y en devolverlo al cielo, sin percibir que la alta enseñanza del Maestro, obra maestra como verja que construyera en torno al hombre para que se defendiese de intromisiones dañosas, no dejaba pasar entre sus aceradas barras y afiladas puntas nada más que la Muerte y el Futuro, y no dejaba escapar hacia afuera nada más que el Ayer.

Pero Pedro y Pablo, y todos los cegatos evangelistas, que tenían en los ojos y el alma mucho del óxido del Antiguo Testamento, y todo el cristianismo, ávido de extraordinario,

envenenaron su biografía con una resurrección que para El nunca pudo tener otro sentido que el de la vivencia eterna de sus ideales, el de la continuidad de su enseñanza.

La resurrección no consiste en sacar al cuerpo del reposo físico en que se halla, y no tiene sentido ninguno para el que no se preocupa de asegurar inmortalidad por obra del espíritu.

San Pablo dice: "Si Cristo no resucitó de entre los muertos, vana es nuestra predicación y vana es también nuestra fe". (1.a Cor. XV, 14.) Y agrega en el versículo 19: "Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres".

Es aquí confesada la gran verdad de la resurrección, la necesidad angustiosa de no parecer tan miserables...

Habían quedado, además, incompletos el mito bíblico de Caín y el de la pérdida del Paraíso, pues si por un hombre vino la muerte al mundo, por otro tenía que venir la resurrección, y si el morder en el fruto del árbol de la ciencia dió a los hombres este menguado conocimiento en que nos debatimos infructuosamente para quererlo saber todo, la promesa de otro conocimiento, profundo, total, súbito, es lo esperado de la resurrección de Cristo y de la resurrección de nuestros cuerpos y de nuestras almas.

Mal hacemos, como Ulises, en echar sangre en la boca de Hades, para dar un poco de vida a difunto que no la necesita, porque su yácija es una alborada. Y no en el sentido literal de la resurrección de la carne que dice el Credo, sino en el de la vida perdurable con que continúa y termina.

Por haber hecho del cristianismo una religión de resurrección es que a menudo nos resulta una religión de muerte, cuando no, lo que no es poco, un simulacro de vida, en el que se pretende dar animación a un montón de ornamentos sagrados mal olientes a simonía, al mismo tiempo que se hace una excursión turística a las fronteras de la locura, que son las mismas de que El quiso sacar a los saduceos que negaban

la resurrección, pero estaban dispuestos a considerarla como posible (Mat. XXII, 32):

"Dios no es Dios de los muertos, sino de los vivos."

Resurrección y Ascensión no son nada más que un intento fraguado para desfigurar al que es hoy todavía, después de veinte siglos de muerto, oriflama del Verbo, pendón de pálida carne colocada entre este mundo y el desafiado otro, sin saber si volver a éste para desatarnos, o esperar en el otro a que nos desatemos...

Y se mantiene así, irresoluto, asombrado, constatando la flagrante inutilidad de su empresa, pues los hombres han hecho intransitable su puente tentador.

Es que debemos saber empezar a usar un puente de amor entre nosotros, para poder acercarnos al que nos ofrece El.

Pero entre nosotros hay quienes piensan en la posibilidad de crucificar al amor también, y trabajan obscuramente para ello...

Son las mismas gentes de la época de Cristo, que no saben ni lo que hacen, ni lo que quieren, ni qué es una muerte, ni qué es una resurrección.

Para Cristo llega la hora en que la muerte era la única manera de seguir vivo.

Ya se había enajenado muchas voluntades. Había sido insultado y apedreado por las calles.

Estaba perdiendo terreno y tenía necesidad de dar un decisivo paso de propaganda: morir.

Le era hasta fisiológicamente imprescindible huir de la existencia que había llevado entre sus discípulos. ¡Y pensar que la muerte iba a ser para El una sobrevida organizada por la Iglesia!

Y aquellos ideales de paz y de salud física y moral, aquella doctrina de amor y de fuego por la que fué a morir con admirable serenidad, que, para ser más admirable aún, tuvo su segundo de flaqueza, se extraviaron canalizados en el curso de la utilidad general y de la experiencia común.

Hoy puede observarse que esos ideales que sostuvo para los hombres, para los más desgraciados sobre todo, perduran solamente para comprobar que no elevan ni liberan, sino que humillan y atan. Y no por los ideales, sino por la condición propia de los hombres.

En los mejores, esos ideales no han pasado de ser más que terrible pesadilla.

Cuando vió brotar la suya y las de los dos ladrones, las tres cruces, en la cumbre del Calvario, no estaba más asombrado que del florecimiento de las plantas o la sazón de los frutos.

Y no otra cosa que ver ajarse una flor y podrirse un fruto ha debido ser para El el episodio sin importancia del acabamiento del cuerpo.

Esta es cosa fácil de decir, y hasta puede ser agradable la muerte para muchos espíritus a quienes incomodó la vida; pero para la carne siempre es seductor vivir y repugnante la muerte. Y es en la carne donde el espíritu alienta, en la carne, Templo de Dios, como le llamó San Pablo, en la carne, ardiente maravilla para aquellos que pueden leer de corrido en ella como en el manuscrito de Heráclito, donde se proclama el Reino del Fuego, y helado tembladeral para los otros que solamente la sienten tránsito.

Así, cuando la existencia ha sido una llama viva y poderosa, la forma de vida que el espíritu cree descubrir en la muerte toma los caracteres de una continuidad de esta vida. Por lo mismo, cuando la existencia se redujo a un columpiar del pie, no puede ser más que una oscilación pendular.

Un destello de la conciencia debe hacernos igualmente abominable, entonces, la muerte del espíritu y la de la carne, porque el espíritu es oteador de lejanías, en las que condensa rezuma de vida la memoria de la carne.

Sabiendo esto, la mirada que por última vez arrojemos sobre el mundo intente ser ilativa, por sí.

El duelo que debamos hacerle a Cristo tenga más de pensamiento que de esperanza.

El concento de todas nuestras voces sea un canto de frontera en el umbral mismo de la resurrección.

La cita que tengamos con El sea una cita para con nosotros mismos, y diferénciese de las de la tierra en que siempre sea para mañana y a no encontrarse nunca.

Enero de 1939.

FIN